



Lo Que
EL JEQUE
Quiere

ALEX ANDERS

LO QUE EL JEQUE QUIERE

Alex Anders

BRT Publishing

Publicadas por

BRT Publishing

Derechos de autor © 2018

Consigue 5 libros gratis al inscribirse para la lista de correo del autor
en: AlexAndersBooks.com

Sitio Web Oficial: www.AlexAndersBooks.com

Podcast: www.SoundsEroticPodcast.com

Visite el autor en Facebook en: Facebook.com/AlexAndersBooks

Tabla de contenidos

[Descendiente Para el Heredero del Jeque](#)

[Livro 1](#)

[Livro 2](#)

[Livro 3](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Emparejada con el Jeque](#)

[Emparejada con el Jeque 2](#)

LO QUE EL JEQUE QUIERE

Descendiente Para el Heredero del Jeque

Emma se resistía a volverse para mirarlo, aunque no era fácil. Era como si todo su cuerpo estuviera siendo empujado hacia su enigmática presencia y sus ojos se esforzaban por mantenerse alejados de los suyos.

Había pasado una semana desde que había llegado a Dubai en busca de un poco de paz y tranquilidad. Había estado luchando para encontrar tiempo en su agitada vida y esperaba con ganas este tan deseado descanso. El hombre de cabello oscuro, a quien veía allá donde fuera, estaba perturbando su paz mental. Después de una pocas coincidencias parecidas, Emma se preguntó si ella no lo estaría siguiendo inconscientemente.

Emma, intentando sacudirse al seductor hombre de la cabeza, se concentró en el menú. En cuanto comenzó a relajarse, el cabello de la parte de atrás de su cuello se erizó. Incapaz de resistirse, Emma miró alrededor, y encontró al hombre mirándola fijamente. Era la primera vez que sus ojos se encontraban desde la primera vez que lo había visto. Fue en el aeropuerto donde le vio cuando ambos llegaron. A pesar de que ella había sonreído

descontroladamente al desconocido de piel dorada, él le había devuelto una mirada de indiferencia. Emma había asumido que no la había encontrado atractiva.

Pero aquí estaban los dos de nuevo, y esta vez su mirada no era indiferente. Era una que decía que la deseaba y que estaba acostumbrado a conseguir lo que quisiese.

Emma continuó mirando al hombre a los ojos, que cautivaban como remolinos de chocolate derretido y brillaban con confianza y fuerza. La mirada de Emma se retiró de sus ojos y examinaron su cara. Su nariz era recta y potente y su mandíbula cuadrada. A juzgar por su constitución, ella supuso que tendría unos treinta y pocos, pero no podía estar segura. Fuera lo mayor que fuera, era bello como los hombres que se immortalizaban en mármol. Y mientras le miraba fijamente su corazón latía hasta quitarle el aliento.

Sin poder apenas respirar, Emma se levantó y se alejó de él hacia el bar de la forma más natural que pudo. Incluso después de haber entrado por la puerta, seguía sin poder quitarse de la cabeza la imagen del hombre. Era alto con hombros anchos y la impecable camisa blanca que llevaba contrastaba maravillosamente con su piel dorada y sus vaqueros azules casuales. Cerrando la puerta tras de ella, Emma se dirigió inmediatamente al lavabo.

Mirando fijamente su reflejo en el espejo, examinó la cara de la persona que devolvía la mirada. Casi no podría reconocerse a si misma. Su cara resplandecía y brillaba. Y cuando recordó el sueño que había tenido la noche anterior, las mejillas se le pusieron aún más rojas.

En el sueño, un hombre de pelo oscuro como el desconocido había entrado en su habitación mientras ella dormía desnuda. Fingiendo estar dormida, ella observó cómo el hombre deslizaba su grueso dedo por su cuello hasta su pecho, y más abajo hasta la cúspide de sus muslos. Sintiendo su dedo continuar hasta los suaves rizos de entre sus piernas, ella jadeaba salvajemente en un deseo ardiente.

El sueño había parecido tan real que podía recordar cuánto quemaba el rastro de sus caricias. Y cuando sus dedos se habían deslizado dentro de ella, estaba segura de que en realidad había cerrado las piernas de golpe. En el éxtasis de la pasión, estaba aterrorizada de que con la examinación él pudiera descubrir que aún era virgen. No quería que pensara que era una niña pequeña. Quería que él le viera como una mujer.

Separando sus piernas con curiosidad, el amante de su sueño deslizó el dedo fuera y volvió a meterlo. Emma gimió sin control hasta abrir finalmente

sus ojos para no encontrar a nadie. “¡Eres mía!” había recordado ella escucharle decir mientras jadeaba y el jugo de sus labios se le escurría por la pierna. Incluso cuando se agarró el coño palpitante, lloró por la necesidad de sentir de nuevo su poderoso contacto.

Emma continuó mirando fijamente al espejo cuando se agarró de nuevo el coño de excitación. Apretando los muslos, buscaba la forma de aliviar el dolor de la ingle. Nunca antes alguien le había hecho sentir así. La sensación era insoportable y nunca habría seguido siendo virgen si sus deseos hubieran como esos. En contra de todo pensamiento racional, le necesitaba. Girándose hacia la puerta del baño decidió que haría lo que fuera necesario para tenerle.

Emma abrió de golpe la puerta del baño. Para su desconcierto, se encuentra frente a un hombre cruzado de brazos. Era él. Había venido buscándola. Ahora confrontada por la realidad de tenerlo frente a ella, el miedo le recorrió como una onda de calor. Emma retrocedió tropezando hacia dentro del baño.

El hombre de mirada férrea se acercó amenazadoramente como quien acosa una presa. Emma reculó como un conejo asustado. Su corazón latía violentamente y su cuerpo se estremecía de la excitación. Acorralada contra la pared, inclinó la cabeza para mirar la cara del hombre. Sus rodillas temblaban amenazando con ceder, y cuando la enorme mano del hombre envolvió su pequeña cintura, parecía una muñeca de trapo en su intenso abrazo.

El desconocido atrajo el cuerpo de Emma hacia el suyo. Extasiada por su cara, examinó su cuerpo para determinar qué estaba ocurriendo. Presionada contra su estómago, notó lo que tenía que ser su polla endurecida. Al pensarlo, se le entrecortó el aliento y la sangre le subió de pronto a la cara. Se sintió mareada incluso cuando anhelaba explorar más su grandiosidad.

Aturdida, Emma se estiró para alcanzar su boca. Quería que él le consumiera y lo único en lo que podría pensar su mente inocente era en su beso. Todo dentro de ella reclamaba que besara al desconocido, y deslizando su cuerpo junto al de él, cerró sus ojos esperando que él se inclinara hacia ella.

“No,” dijo el hombre en una voz que sonó lejanamente familiar al hombre de su sueño.

Emma abrió los ojos sorprendida por su contestación. Buscando su cara para obtener una respuesta, aspiró bruscamente cuando de repente le levantó la falda y le agarró el coño con su mano libre. Desprevenida, la sensación le atravesó el cuerpo y le explotó en la cabeza. Nunca antes le

habían tocado ahí. La sensación era abrumadora.

Emma se quedó helada cuando las chispas de deseo le recorrieron el cuerpo por primera vez. Se estaba volviendo como de goma en sus brazos, y cuando movió dentro de su raja, su cuerpo se movía hacia delante y detrás en sumisión. Prácticamente desconectada de su cuerpo, observó sus gemidos mientras él movía un dedo conocido dentro de ella.

“¿Cómo puedo estar haciendo esto?” se preguntó. “No le conozco. Ni siquiera se cómo se llama.”

“Aaah,” gimió cuando volvió a ser una esclava de sus deseos.

Con su verga cubierta por el vaquero rozando suavemente su estómago, sintió una explosión creándose dentro ella. Rodeándole con sus piernas, gimió más fuerte. Cuando su polla dura palpité violentamente contra su estómago, un orgasmo explotó dentro de ella.

“Ohhh,” gritó sin importarle que pudiera oírle. “Ahhhh,” grito como nunca lo había hecho antes. “Síiiii,” gimió cuando sus piernas se convirtieron en gelatina y se derrumbó sobre sus brazos.

Manteniéndose pegado a ella sólo durante unos segundos, el hombre retiró el dedo de dentro de sus hinchados pétalos rosas. Frotando su palma contra su carne empapada, quitó la mano y la llevo a la vista. La levantó entre los dos, y el corazón de Emma se tensó cuando le enseñó sus jugos.

Sintiéndose cohibida inmediatamente, se preguntó qué iba a hacer. Su mano contenía es olor puro de su sexo y su cuerpo se tensó cuando se preguntó cómo reaccionaría. Pero cuando él cerró los ojos e inhaló con deleite, ella se relajó y volvió a estar atrapada de nuevo por la fuerza gravitacional de su encanto. No había nada que pudiera hacer para escapar.

“Estás tan apretada, Emma,” susurró lentamente.

“¿Cómo sabe mi nombre?” se preguntó entre pulsos de pánico. “¿Nos hemos encontrado en sueños? ¿Puede mi sueño haber sido real?”

Tanto como Emma necesitaba respuestas, necesitaba que le besara más. Elevándose sobre los dedos de los pies, volvió a intentarlo de nuevo. De nuevo el se negó, mirándola fijamente a la cara en su lugar con sus labios separados, concentrado.

“Por favor,” suplicó calladamente sin recibir respuesta.

El hombre miraba en silencio los grandes ojos de Emma. Para Emma, parecía que estaba mirando dentro de su alma. Él parecía absorto en sus pensamientos, así que por más que Emma quisiera declararle su inquebrantable devoción, se mantuvo en silencio.

“Llámame amo,” dijo finalmente en un autoritario acento americano.

Emma se desconcertó con su petición. Fue entonces cuando recordó que estaba en tierra extranjera a cientos de miles de kilómetros de la suya. Fue entonces cuando se dio cuenta de que este hombre, tan encantador como era, podría ser cualquiera. Podría estar en peligro y quizás no viera de nuevo a ninguno de sus seres queridos.

Incluso ante el peligro inminente, era incapaz de resistirse. Antes de que pudiera examinarlo y parar, abrió la boca y la respuesta llegó. “Sí, amo,” susurró.

No sabía por qué lo había dicho, pero lo había hecho. Era como si se hubiera entregado a aquello que fuera lo que el destino le había traído. Para Emma, parecía como si ya le perteneciera.

“¿Te llamas Emma, correcto?” preguntó el hombre cómo si aún hubiera dudas con respecto a ello.

Emma aún quería saber cómo él sabía su nombre, pero tenía demasiado miedo para preguntar. “Sí, amo,” ronroneó.

“Te recogeré en tu habitación del hotel mañana a las 8 de la mañana. ¿Lo has entendido?”

“Sí, amo” balbuceó ignorando todas las cosas que en otro momento habrían saltado como banderas rojas.

“Ahora, mi pequeña virgen, ¿te entregas a mí?”

Ella se quedó en silencio, incapaz de procesar nada más.

“¡Respóndeme!” ladró él devolviéndola a su orden.

“Sí, amo,” dijo finalmente.

Cuando el hombre la soltó y se alejó, una deliciosa combinación de miedo y excitación le recorrió todo el cuerpo. La estancia parecía dar vueltas y ella se sintió como si hubiera entrado en un sueño. “Sí, amo,” se susurró a sí misma para saborear las palabras mientras salían en sus labios.

Emma se giró hacia el espejo para ver qué parecía cuando pronunciaba las palabras. “Sí, amo,” repitió observando sus labios a medida que formaban las palabras.

Dejando que sus ojos se perdieran mirando hacia arriba, se quedó paralizada por su imagen. Parecía una ruina. Despertándose de su sueño, se peinó el pelo. Después, examinó su blusa, y se colocó ésta y la falda para que todo pareciera alineado.

Mirando al espejo, se preguntó si estaría esperando por él a las ocho de la mañana del día siguiente. No podía imaginar un disparate mayor, pero

aún así, incluso en la sombra de su deseo inexplicable, algo le dijo que lo haría. Había algo en su interior que no quería, pero el deseo que le atravesaba le dijo que debía.

Emma se buscó a si misma de nuevo en la imagen del espejo. No estaba ahí.

Emma no estaba segura de cuando se había decidido definitivamente, pero por la mañana ya sabía que iría con él. Se despertó pronto, y sólo tenía una cosa en mente: lucir lo mejor posible para su amo. No sabía a dónde la iba a llevar, pero era temprano así que se pondría algo casual.

Emma se afeitó las piernas de forma rutinaria, mientras navegaba su cuerpo que se contraía esporádicamente de la excitación. Vistiéndose con una vaporosa falda corta azul y una blusa blanca, la anticipación era demasiado para ella. No podía permanecer sentada. Así que, aunque no era lo que él había dicho, decidió bajar a la recepción del hotel y esperarle allí.

Cuando Emma abrió su habitación, gritó de la sorpresa. Allí estaba él vestido con vaqueros desgastados y una camisa blanca. Parecía un modelo de revista.

“Hola Emma,” dijo, pasando sus ojos lentamente desde lo alto de su cabeza hasta sus zapatos de bailarina. “¿Estás preparada?”

“Sí,” dijo ella suavemente antes de agrandar los ojos al recordar.

Sin vacilar, el hombre agarró a Emma y la empujó contra la pared. Sintió su aliento cálido sobre la cara mientras la agarraba, casi jadeando.

“¡Amo!” añadió Emma rápidamente, mientras su cuerpo se llenaba del tipo de temor que hacía que su coño se hinchara.

No tenía ni idea de por qué él tenía ese efecto demencial sobre ella. Simplemente había algo de él que le llamaba y que hacía que quisiera obedecerle. Su presencia le hacía olvidar todo sobre quién era y la convirtió en una persona tímida y desesperada.

“Sólo te lo recordaré una vez. La próxima vez que te olvides, te castigaré.”

“¿Castigarme?” susurró Emma, con las piernas temblando y su sexo entumecido por la excitación. “Cuando se le provoca, es incluso más sexy de lo usual”, pensó.

Su mano recorrió su espalda hasta el cuello y envolvió su nuca firmemente con los dedos. “Sí Emma, castigarte. No me gusta que se me desobedezca. La próxima vez que me desagrades, te castigaré hasta que no te

puedas sentar. ¿Lo entiendes?”

“¿Querrá decir fustigarme? ¿O azotarme? ¿Es eso lo que me va a hacer?” se preguntó mientras su piel se calentaba.

“¿Tienes miedo de mi, Emma?” susurró, apretando la mano alrededor de su nuca.

¡Sí! Quiso gritar, pero tenía miedo de dar la respuesta incorrecta y ser castigada. Él le aterrorizaba. Su enorme y dominante cuerpo emanaba masculinidad y quería sentirle cubriendo su cuerpo. “No, amo,” respondió suavemente.

Él sonrió por primera vez, mostrando sus perfectos y blancos dientes. “¡Deberías!” le susurró antes de sus labios abiertos tocaran los suyos.

Emma gimió, agarrando su camisa con las manos en una apuesta desesperada por controlar su salvaje reacción. De repente su cuerpo ardía y sus bragas estaban empapadas. Los labios de él se movieron sobre los suyos, saboreando los contornos y dejando tras de sí su inconfundible aroma. Ella movió los labios contra los suyos y su atrevida reacción pareció divertirlo. Él gruñó fuertemente y estrujó las caderas contra las suyas. Su verga endurecida se apretaba contra su estómago y sentía mover sus caderas contra ella en círculos.

Emma gimió cuando introdujo la lengua en su boca. Él exploró su boca y sus lenguas se enredaban de forma salvaje. Súbitamente se retiró y Emma se quejó en un suspiro por la pérdida.

“Ahora no,” dijo cuando vio su expresión suplicante. “Eres tan receptiva, Emma. Sigue así y tendré un regalo para ti; algo que apreciarás durante toda tu vida.”

Emma dejó escapar una sonrisa antes de recordar que aún no sabía nada de él. Las mejillas le quemaban al darse cuenta de que había dejado que le metiera el dedo y besarle sin ni siquiera haberle preguntado su nombre. Ella sabía que nunca había estado tan desesperada por un polvo. Siempre había sido la casta y controlada.

“¿Puedo preguntarle algo, amo?”

Él sonrió. “Sí, puedes.”

“¿Cómo se llama?” añadió tímidamente.

Él sonrió frotándole un nudillo a lo largo de su mandíbula. “Nadim,” contestó con expresión tierna.

“¿No eres americano?” preguntó, incrédula. Hubiera jurado de que era americano debido a su perfecto acento.

“No, Emma. Soy árabe. Dubai es mi hogar.”

“Oh,” dijo en voz baja, y de repente su mente se encontraba en una vorágine. Le había enseñado a no confiar en nadie cuando estuviera viajando.

“¿Eso te da miedo?” preguntó él, divertido.

Sí que lo hacía, pero estaba demasiado preocupada por el castigo como para admitirlo. “No, amo.”

“Bien,” dijo él examinando su cara buscando la verdad. “Y si eres suficientemente afortunada para conseguir mi regalo, verás por él que no tendrás nada que temer durante el resto de tu vida.”

Su tono era decidido. Parecía decirlo de verdad, pero Emma no estaba segura de que pudiera hacerlo. Y, en lugar de pensarlo, se quedó hipnotizada con la grandiosidad de su rostro. Tenía la mandíbula apretada y parecía invencible. Ella deseó que él le besara de nuevo, pero la sacó de la mano de la habitación y bajaron a la recepción. Un Lamborghini les esperaba frente al hotel y abrió los ojos, alarmada.

Cuando entró al coche, su mente estaba inundada con preguntas, aunque estaba segura de que Nadim no estaría contento con ellas. Alejándose rápido en el maravilloso coche de lujo, miró de reojo al lado para contemplar su perfil. Lucía tan imponente como de costumbre y quiso acariciarle la mejilla para suavizar su expresión.

El corazón de Emma dio un vuelco cuando tuvo la oportunidad de examinar el cuerpo musculoso de Nadim. La forma en que controlaba el monstruo que rugía bajo ellos hacía que tuviera que tensar sus muslos para lograr aliviarse. Podía sentir cómo de su coño palpitante escurrían jugos. Supo que sus bragas estaban empapadas y rezó para que no arruinaran la piel del asiento.

Emma quiso quitar los ojos de él y en su lugar se concentró en la carretera. Habían estado acelerando a lo largo de la autopista pero ahora habían salido de ella. El bullicio de la ciudad había quedado atrás y se encontraban cerca de una entrada.

Cuando el portón se abrió, apareció una carretera privada. Acelerando, pasaron la carretera de tres carriles; atravesando las curvas, la carretera se volvió recta y sus ojos aterrizaron sobre una mansión gigante en la distancia. Fue entonces cuando ella se dio cuenta de que el estaba planeando estar solos.

Ella no había planeado quedarse a solas con él. No estaba segura de que a solas pudiera ser capaz de resistirse. Los resquicios de su lado racional

quisieron pedirle que le llevara a algún lugar público, pero su cuerpo palpitante le obligó a mantener la boca cerrada.

Nadim aparcó justo en frente de la entrada principal y un grupo de personas bien vestidas se apresuraron hacia el coche. Un hombre abrió su puerta mientras otro abría la de Nadim. Una mujer con la cabeza cubierta por un pañuelo se acercó y le entregó a Emma una copa de un líquido espumoso con color de champán. Emma la tomó y miró a su alrededor.

Escudriñando el terreno, la mente de Emma se encontraba paralizada por el nivel de opulencia. La mansión que había visto desde la distancia era más bien un palacio. Sintiendo su contacto, sus ojos se clavaron en los de Nadim cuando le tomó de la mano y la llevó por las escaleras.

“¿Dónde estamos?” preguntó con la voz temblorosa de inquietud.

Nadim se giró hacia ella mientras se colocaba en el centro de un ejército de hombres uniformados. No dijo ni una palabra.

Emma miró hacia arriba para encontrar dos escaleras curvas que dominaban el espacio.

Él comenzó a llevarla hacia arriba de forma casual por una de ellas. Mientras ascendían, Emma se fijó en el techo abovedado iluminado por la luz de las altas ventanas en el pasillo de la segunda planta. Estaba cautivada por su belleza.

De pie en el rellano del segundo piso, Emma miró alrededor. El resplandor del mármol y el oro era asombroso.

Nadim la llevó hacia una de las inmensas suites y sus guardias se retiraron. Dentro Emma encontró una cama de cuatro pilares que dominaba la espaciosa habitación. El interior en azul marino y dorado daba cuenta de una riqueza que nunca antes hubiera imaginado.

“¿Qué es este lugar?” preguntó finalmente.

“Este es mi hogar, Emma.”

“Usted... ¿usted vive aquí?” preguntó, con los ojos de par en par.

“¿Quién es usted?” espetó en alto.

Nadim agachó la cabeza como sumido en sus pensamientos, “Soy el jeque Nadim. Soy el príncipe de la corona.”

Emma se quedó helada con sus palabras, incapaz de recobrar el aliento. “Claro, por supuesto,” pensó mientras todas las piezas se unían en su cabeza. “Por eso es tan intimidante. ¡Es un príncipe!”

Emma no sabía mucho de la realeza saudí pero un príncipe era un príncipe estuviera donde estuviera. Y juzgando por su “hogar”, su nivel de

riqueza tenía que ser mayor del que ella pudiera imaginar.

“¿En qué estás pensando, Emma?” preguntó en un tono casi condescendiente.

“¿Por qué yo? ¿Por qué me ha traído aquí?”

Sonrió y se bajó de la silla de respaldo alto en la que se había sentado mientras ella daba vueltas por la habitación. Se acercó a ella y le cogió la cara entre las manos, elevando su cabeza para mirarle a los ojos. “Estás aquí porque eres especial. Yo te elegí. Y ahora todas las presentaciones y charlas están fuera de lugar, llámame amo.”

Emma se quedó sin aliento por su cambio repentino. Sabía que el juego había comenzado de nuevo y la brusquedad le había hecho temblar las rodillas en miedosa anticipación. Sabía que él quería follarla y por mucho que quisiera ser su amante sexualmente experimentada, sabía que no lo era. Era una virgen y estaba aterrorizada con decepcionarlo.

Con el corazón a cien de miedo y deseo, otra parte de ella luchó por reconocimiento. La voz de “niña buena” gritaba de agonía porque iba a entregarle su virginidad a un hombre que acababa de conocer. Emma quería ser una buena chica, la que había sido durante tanto tiempo, pero su tacto fuerte y su poderoso encanto ganaron.

“Especial,” pensó. Nunca le había dicho eso. El deseo hervía muy dentro de ella.

“Quiero complacerle, amo,” dijo ella reverentemente.

Nadim sonrió y atrajo a Emma más cerca. Él la hipnotizaba. Era como si estuviera bajo un hechizada. Ni siquiera se sentía como ella misma. La Emma real no estaría en un palacio con el príncipe de la corona Saudí llamándolo “amo”.

“Voy a saborear cada centímetro de tu cuerpecito virgen y luego te follaré,” susurró como el tacto de plumas ligeras sobre su cuello. “Te penetraré y te llenaré como un guante. Sentirás cada movimiento de mi polla, y tus carnes temblarán con las mías.”

Perdida en su visión, Emma jadeó, intentando respirar. Infló sus pulmones y se giró ofreciéndole a él su boca. Le giró la cara con la mejilla y le mordisqueó la mandíbula. La sensación húmeda y cálida de sus labios le hizo agarrarle más fuerte, con las rodillas temblando.

Nadim dibujó un sendero húmero hasta su oreja y luego hacia abajo hasta la curva de su cuello. Abrió los labios y recorrió la suave columna de su cuello con sus dientes. En algún lugar de la confusión de sus sentidos, Emma

se dio cuenta de que su respiración era furiosa. Su deseo por ella le llenó de orgullo y arqueó la espalda contra su cuerpo, apretando el estómago contra el bulto de excitación.

“Eres mía, Emma,” susurró.

“Sí, amo,” contestó, entrecortada.

“Haré lo que quiera con tu cuerpo. Lo que quiera. ¿Entendido?”

Las lágrimas caían por las mejillas de Emma cuando el placer y la indecisión se fundieron en una, “Sí, amo”.

De repente la empujó, agarró su camisa y se la quitó levantándola por la cabeza. Su carne clara se interrumpía únicamente por un sujetador blanco de encaje. Agarrando su pecho, empujó su cuerpo contra el suyo. “Éstas son mías.”

Emma no tuvo la oportunidad de contestar, porque en un movimiento reflejo, tenía la falda alrededor de los tobillos.

“¡Quítate los,” ordenó Nadim.

Las piernas le temblaban mientras se quitaba la falda. Se libró de ella y dio unos pasos hacia atrás. Le dolía el corazón de la pérdida de su tacto.

“¡Los zapatos!” ordenó mirándole a los ojos.

Emma se agachó y se quitó sus bailarinas planas plateadas. Levantó los brazos cohibida cuando su ardiente mirada vagó por sus tetas. “¡No te cubras!” dijo severamente, y su voz resonó a través de la espaciosa habitación.

“Sí, amo,” contestó con una voz que apenas llegaba a ser un susurro.

“Quítate el sujetador,” fue su siguiente orden. Inmediatamente, llevó las manos a la espalda. Desenganchándolo rápidamente, dejó que cayera al suelo.

Liberadas, sus pechos estaban firmes e imponentes. Los picos rosas se endurecieron para formar pequeños puntos. Ella observó cómo inspiraba ante su visión y lo miró cómo bajaba la mano para desabrocharse el cinturón.

Nadim se bajó la bragueta pero no se quitó los pantalones. Tenía la polla dura y erecta, apuntando hacia Emma, apretándose contra la tela con urgencia buscando liberarse. Emma se quedó sin respiración al ver el tamaño del bulto y, asustada, clavó sus ojos en los de él.

Nadim sonrió lentamente, comprendiendo su conmoción. Él estaba muy bien dotado y eso estaba poniéndola tensa. El silencio llenó la habitación mientras ambos miraban fijamente la piel desnuda del otro. Aún con las bragas puestas, Emma se quedó de pie, temblando, decidiendo que esperaría a su próxima orden antes de quitárselas. Esos segundos en silencio le pesaban

como horas de tortura sexual. Si iba a hacérselo, necesitaba que se lo hiciera ahora. Necesitaba que se lo hiciera mientras aún tuviera valor.

Emma podía sentir cómo el calor de los jugos de su coño le empapaban aún más las bragas, y le trepaban por la piel sensibilizada. Luego, al sentir el calor bajando lentamente por dentro del muslo, apretó el hinchado coño tratando de contener el líquido. En lugar de pararlo, su coño palpitó derramando más del cálido líquido de su interior

Fue un tremendo alivio cuando Emma vio a Nadim moverse. Se quitó la camisa y dejó que los pantalones cayeran al suelo. Sacó la polla fuera, gruesa y larga, y Emma tragó saliva al verla, apretando los puños a los lados del cuerpo.

Nadim caminó hacia ella, seguro y confiado; la polla se le movía con cada paso. Frente a ella, la agarró, aplastando sus tetas desnudas contra su pecho cubierto de pelo. Emma gruó y perdió el sentido del decoro. Se agarró a él con fuerza, alargando su mano hacia abajo para atraer más sus caderas. Nadim gruñió ante el contacto inesperado y apretó la polla contra su piel. Emma elevó la boca por su tan deseado beso y él lo tomó hambriento. Abriendo los labios, hundió la lengua dentro de su dulce boca.

Nadim gimió cuando ella apretó agresivamente su boca contra la de él. Sus gruñidos le sorprendieron porque nunca se había sentido tan fuera de control. Separó la boca de la suya y suspiró para que ella apenas pudiera oírle. “Tengo grandes planes para ti, Emma.”

Dicho esto, la atrajo hacia sus brazos y la cargó hasta la enorme cama. La echó salvajemente sobre la cama y arrodilló entre sus piernas. Levantándole los muslos, deslizó un dedo entre su raja. “Mi pequeña virgen,” dijo casi alegremente antes de arrancarle las bragas. Un momento después, cubría su coño con la boca.

“Aaah,” lloró Emma de sorpresa cuando las olas de un imperioso orgasmo le atravesaron el cuerpo. El coño empezó a estremecerse cuando movía la húmeda lengua arriba y abajo sobre la carne hinchada. Nadim, perdido en el sabor y el aroma de su coño, deslizó la lengua a lo largo de su raja saboreando cada hendidura. Rozando los labios contra sus prominentes pétalos rosas, abrió la boca y recorrió su clítoris con los dientes.

“¡Oh! ¡Oh, amo!” gritó Emma incontroladamente.

Pasando los dedos a través de su pelo ondulado y negro, le agarró de la cabeza y le acercó hacia ella. Puso los ojos en blanco cuando se

convulsionó, su cuerpo temblando y estremeciéndose mientras se corría.

“Aaahhhh, mmm,” murmuró, apretando los muslos y enroscando los dedos al chorrear corrida contra su boca.

Nadim se volvió loco cuando su corrida le cubrió los labios. Se relamió. Nunca se había sentido así antes con ninguna de las innumerables chicas que se había follado. Todo su cuerpo estaba tenso y lo único que quería era penetrar ese cuerpo virgen y correrse.

Incorporándose rápidamente, Nadim agarró la muñeca de Emma y la envolvió con una correa de cuero que colgaba del pilar de la cama. Emma miró el agarre sorprendida. Girándose en la otra dirección, encontró otro antes de que él se lo enganchara y abrochara a la otra muñeca.

Sin saber qué haría a continuación, sus ojos se abrieron al mirarle a la cara. De repente había cambiado. Se había vuelto más duro, más severo y sus movimientos se habían vuelto más bruscos. Ella gimió cuando los cambios que habían registrados en sus sentidos hambrientos le aceleraron el pulso.

“¿Qué va a hacerme?” preguntó.

Nadim le miró a los ojos y su mirada se movió a sus tetas. “Voy a follarte duro, Emma. Si te duele, grita. Quiero oírte gritar.”

Emma jadeó y tiró de las ligaduras de cuero. Su cuerpo se retorcía en una deliciosa combinación de miedo y anhelo. Apretó las piernas juntas y él las agarró fuertemente para separarlas.

Emma maulló cuando él le estiró las piernas demasiado para abrirlas y se sentó de rodillas sobre ellas. Se echó hacia delante, y deslizó la suave y gruesa cabeza de su polla dentro de la raja. Jugando con ella, sondeó la apertura. El coño de Emma se tensaba y relajaba de anticipación y presionaba los labios contra él, urgiéndole a que la penetrara rápidamente.

Colocándose sobre ella, Nadim cerró los ojos cuando sus jugos calientes y deslizantes le cubrieron la polla. Agarrándola y colocando la punta en el centro del agujero, empujó. Ella se quejó: la enorme herramienta le estiró su apretada apertura pero no le dejó entrar.

Tragando de excitación, abrió los ojos para encontrarla apretando los dientes, asustada. Su corazón latín con placer, se adelantó para forzar su entrada. Emma gritó, endureciendo su cuerpo contra el dolor. Las lágrimas caían de su rostro mientras enroscaba los dedos de los pies y abría los ojos.

Nadim cubrió su cuerpo tembloroso y desnudo con el suyo. Inmediatamente, el dolor se calmó. El calor de su cuerpo se mezclaba con el de ella y convirtió el dolor en un placer extraordinario. Su joven y confundido

rostro brillaba con asombro.

Nadim mantuvo sus caderas firmes, sacó la polla y la introdujo fuertemente en lo profundo de su interior. No podía parar. Ella gritaba con placentero dolor con cada estocada.

“Oh sí. Grita para mi, Emma” rugió mientras golpeaba su sensible coño.

Sus pelotas chocaban contra ella en un ritmo continuo. Eran grandes y pesadas. Y cuanto más follaban, más húmedas estaban sus pelotas.

Con las explosiones de placer que consumían sus pensamientos, el dolor había desaparecido. Lo que sentía ahora era el ardor de otro apasionante orgasmo. Y este parecía escocer. Cuando la ola fluctuaba a través de ella, sintió dolor en sus carnes. Y cuando la presión se posó sobre su vulva como un animal que lucha por salir, el orgasmo le desgarró haciéndole retorcerse contra las ataduras y elevar sus pechos en el aire.

Emma aulló con un placer desmesurado. “¡Ahhhh!” gritó provocando que Nadim la penetrara aún más profundo que antes.

El cuerpo de Nadim se estremeció, una, dos y luego una tercera vez antes de explotar en su cuerpo deseoso. Su respiración se descontroló, dejó caer el cuerpo sobre ella por un segundo, y luego se retiró de encima sacando la polla.

Desatando sus ataduras, puso una mueca de dolor cuando flexionó sus brazos doloridos. Emma, demasiado cansada para moverse, cayó sobre la cama. Aún con su coño expuesto, Nadim lo miró fijamente. La apertura era más ancha que antes y la visión hizo que su polla se levantara de nuevo. Se endureció instantáneamente y la agarró para acercarla cuando se tumbó a su lado.

Emma estaba tan cansada que apenas podía mantener los ojos abiertos. Tenía el sexo dolorido, con una ligera y dulce molestia. Nadim la atrajo para sentarla sobre su estómago duro. Ella se quejó sorprendida cuando sintió cómo su polla dura se encajaba entre sus nalgas.

Nadim alcanzó sus tetas en silencio, estrujándolas mientras devoraba la visión con los ojos. Sus tetas eran pesadas y firmes como medios globos que miraban al cielo. Le agarró los pezones entre sus pulgares y dedos índice y los apretó firmemente.

Emma jadeó cuando el dolor le recorrió. Echando los brazos hacia atrás, curvó la espalda y gimió. Con la desaparición de la presión en sus pezones, sintió cómo su cálida mejilla rozaba la suya.

“Gírate y cabálgame.”

Extrayendo la larga y dura polla de entre sus nalgas, cambió de posición para dejar que su herramienta presionara su clítoris. Con cautela, dejó que entrara dentro de su húmedo pasaje. Se sintió tan dolorida que estaba segura de que estaría magullada, pero cuando la polla gruesa volvió a llenarla se sintió confusa.

“Duele,” se quejó insegura de lo que estaba sintiendo.

“Sigue. Valdrá la pena,” dijo levantando sus caderas e introduciéndose dentro de ella.

Ella gritó cuando un dolor punzante le atravesó. Se corrió instantáneamente y sus agotados músculos se estremecieron chorreando la corrida sobre su polla.

Nadim agarró su cintura firmemente y comenzó a embestirla más y más fuerte. Él empujaba hacia arriba y la apretaba a ella hacia abajo al mismo tiempo. Cuando la polla golpeó el final de su vagina, ella lloró. Después de un minuto de embestidas constantes, él se quedó inmóvil, explotando todo lo que tenía dentro de ella.

Con un movimiento repentino, la empujó sobre su espalda. Ella golpeó la cama sin resistencia. Rodando para colocarse sobre ella, agarró sus piernas juntas y las empujó firmemente contra su pecho.

“Quédate así,” ordenó.

Emma, que no tenía fuerza para resistirse, hizo lo que se le había ordenado lo mejor que pudo. Aturdida de los repetidos orgasmos, no podía imaginar lo próximo que iba a hacerle. Y cuando él se bajó de la cama y se puso una bata, ella estaba aún más confundida.

“La criada traerá la cena. Quiero que comas hasta el último bocado. Vendré a por ti mañana por la mañana.”

Emma observó angustiada cómo abandonaba la habitación con ella dentro aún hecha una bola. No estaba segura de qué hacer. Estaba cansada pero tenía miedo de desobedecerle. Quería complacerle desesperadamente y se mantuvo con las piernas apretadas todo lo que pudo.

Al final, tuvo que estirarse y girarse para un lado. A pesar de que hubiera deseado lo contrario, supo en su corazón que se había ido para el resto del día. Ahora todo lo que tenía que esperar era la cena y su regreso mañana.

A la mañana siguiente, Emma se despertó con la sensación de una cálida piel contra su espalda. Se dio la vuelta y gimió cuando una boca

húmeda le cubrió el pezón. Se deleitaba en la sensación hasta que su mente se despertó completamente y se dio cuenta de que no sabía a quién pertenecían esos labios.

Emma abrió los ojos de golpe inmediatamente tratando de liberarse. Le llevó solo un segundo ver que se trataba de Nadim. Fue entonces cuando los acontecimientos del día anterior le inundaron la mente. Cedió ante sus deseos.

A pesar de que no estaba segura de todo lo que estaba haciendo mientras lo hacía, después de que él se marchara había tenido tiempo para pensarlo. Encontró los recuerdos tentadoramente eróticos. Casi incapaz de dormir por la anticipación de lo que pasaría al día siguiente, ahora ella le ofreció las muñecas para que las atara. Estar atada le parecía excitante y estimulante. Y aunque su concha seguía hinchada del sexo de ayer, no podía esperar para comenzar de nuevo.

Nadim no la cogió por las muñecas. En lugar de ello, se movió para mirarla cara a cara y meció su mejilla con la mano.

“¿Qué quiere que haga, amo?” susurró Emma queriendo que la controlara de nuevo.

Mirándola intensamente a los ojos, no respondió. En su lugar, deslizó la mano a través de su pelo oscuro, lo agarró y empujó su cabeza hacia atrás. Emma se preparó para lo que ocurriría a continuación.

En un movimiento, Nadim la giró sobre su estómago y colocó la rodilla sobre su espalda. No le hacía daño, pero aplicaba la presión suficiente para que se sintiera restringida. Emma forcejeó para probar su fuerza.

Agitándose bajo él, le manoseó el culo suavemente, sintiendo cada curva. El forcejeo de Emma se ralentizó, insegura de qué estaba pasando. Luego, cuando finalmente se quedó quieta, levantó la mano y la dejó caer con una bofetada sobre su trasero. La quemazón era intensa y le recorrió el cuerpo como un rayo en el cielo nocturno.

Nadim examinó la marca que había dejado en su pálida piel. Era la forma de su mano. La frotó mientras lentamente se volvía más roja. Luego, cuando él creyó que ella menos lo esperaría, volvió a azotarla de nuevo.

“¡Ahhh!” chilló.

Disfrutano de lo que oía, la azotó repetidamente. Notando cada vez la palma de su mano completamente, Emma intentaba aguantarlo todo sin reaccionar. Sin embargo, Nadim era implacable. Incapaz de sentir las como cuando empezó, el dolor de cada una le atacaba y se intensificaba hasta que su culo ardía. Aguantando una avalancha de dolor, forcejeó de nuevo hasta que

sus piernas estaban extendidas y tenía las nalgas apretadas. Fue entonces cuando él cedió. Las pálidas y torneadas piernas de Emma cayeron sobre la cama.

El corazón de Emma latía rápidamente. Nunca antes la habían azotado. Le pareció que la sensación era humillante; le hacía sentirse como una niña pequeña indefensa. Había algo en ella que le asustaba. Incapaz de relajarse, se agarró a las sábanas consumida por lo que haría él a continuación.

Cuando Nadim retiró la rodilla de su espalda y le separó con firmeza las piernas, Emma no podía respirar. Había tantas cosas que podía hacerle a su raja al aire que se puso roja del miedo. Así que cuando se colocó y pasó la lengua por su abertura, la sensación fue como una descarga de electricidad en sus carnes.

“¿Estoy excitada?” pensó mientras la reconfortante lengua le atravesaba los labios hinchados. “¿Cómo puedo estar excitada?”.

El contacto labial fue breve. Rápidamente recorrió un camino besándola hasta su culo, en la zona enrojecida. Eso también la aliviaba. Emma sintió cómo se tensaba su coño en golpes de placer. No podía creer que estuviera tan cachonda después de un acto como ese. No podía evitarlo, aunque con Nadim todo era diferente. Todo resultaba erótico.

El día pasó con Nadim viniendo a la habitación cada pocas horas para follarle el coño dolorido e hinchado. Después de cada vez, él le ordenaba quedarse en la cama durante una hora, después de lo cual ella podía explorar el palacio durante otra hora, aunque tenía que estar ahí para cuando él volviera. No se molestó en preguntar qué pasaría si no estuviera. El pecho se le tensó con la posibilidad.

A la mañana siguiente, Nadim despertó a Emma, le cogió de la mano, y la llevó al sofá bordado que había en la zona de asientos. La lanzó con fuerza contra el sillón y le levantó las piernas al tiempo que él se arrodillaba frente a ella. Cubrió su coño con la boca, hambriento, y Emma gimió sorprendida.

Incapaz de mantenerse quieta, le agarró los hombros respirando con bocanadas cortas. Deslizó la lengua por todos sus pliegues y mordió los labios hinchados de su coño haciendo que ella le clavara las uñas en la piel. Con la lengua relamía los jugos de su coño como si su vida dependiera de ello. Emma lloraba de impotencia, cuando su cuerpo llegó a lo más alto del éxtasis y se corrió.

En un movimiento Nadim se levantó y se bajó la bragueta. Con su polla

endurecida fuera, se tumbó sobre el sillón y apretó sus piernas contra los laterales de los muslos. Cuando deslizó la polla dentro de ella, Emma gimió de placer. Su coño se estiró alrededor de su polla cuando envolvió los brazos alrededor de su cuello.

Acercándose, Emma le besó salvajemente mientras movía sus caderas hacia delante y detrás contra su pelvis. Todo dentro de ella gritaba que tenía que estar en los brazos de Nadim. Por primera vez en días se sentía completamente relajada y satisfecha. Cualquier miedo que hubiera tenido había sido reemplazado por un anhelo desesperado que le aceleraba el pulso mientras le besaba como nunca antes lo había hecho.

Nadim retiró la boca de la suya y le agarró las tetas. Llevándoselas hacia la boca, jugueteó con su pezón con los dientes. Tiraba de sus pechos, alternando entre los dos, mientras Emma se movía rítmicamente arriba y abajo sobre su polla. Rindiéndose a su insaciable deseo por él, Emma se corrió otra vez, apretando los dedos de los pies en un intenso gozo.

Viendo su orgasmo, Nadim la empujó hacia el asiento del sillón. Con la polla aún dentro de ella, la embistió enérgicamente mientras le retorció con vicio los pezones. Ella gritaba.

Superada por el placer y el dolor, Emma se rindió a las sensaciones. Tumbada debajo de él, sintió como si él poseyera su cuerpo, y le gustaba. Quiriendo ofrecerle aún más, arqueó la espalda levantando los pechos para él.

Nadim se inclinó y le mordió el pezón. Sus afilados dientes hicieron que ella le agarrara el pelo y gimiera. Y agarrando su cabeza ahí, ella dejó que se chupara la teta hasta que estuvo satisfecho.

Aún chupando, Nadim la penetraba continuamente con su enorme polla. Golpeando el final de su vagina, ella se retorció de dolor. Cuando él mordió su pezón aún más fuerte, ella ya no pudo controlarse más. Gritó y reaccionó tirándole del pelo. Él le soltó el pezón sorprendido, quedándose sentado con la polla aún profundamente metida dentro de ella.

Nadim miró hacia la ninfa desnuda que se retorció bajo él. Su pálida piel la hacía parecer tan vulnerable, aunque acababa de desafiarle. Con un sentimiento de venganza creciendo dentro de él, la agarró por la cintura con toda su fuerza y la embistió con un poder que no había mostrado antes.

Desde abajo, Emma observó la maravillosa escena. Su fuerte mandíbula se apretaba y sus abdominales se endurecían con cada embestida. La imagen hizo que su coño se tensara dolorosamente provocando que se corriera otra vez.

Emma maulló y se retorció de placer sin límites. Viendo cómo su cuerpo estallaba y bailaba bajo él, Nadim inspiró bruscamente. Sintió cómo su cuerpo llegaba al orgasmo, sus músculos temblaron en una última sacudida y entonces la llenó con su corrida. El alivio le pareció inmensamente placentero.

Sufriendo la ola final de agotamiento, deslizó su polla fuera de ella y le levantó las piernas hacia el pecho. Derrumbándose sobre ella, Emma se quejó al quedarse sin aire en los pulmones debido a su peso. Nadim yace tratando de recuperar el aliento.

“No muevas las piernas hasta que yo te lo diga,” dijo aún tratando de recuperar la compostura después del abrumador orgasmo.

Emma estaba tumbada con las piernas cruzadas. Sentado junto a ella mientras se agarraba los muslos por detrás. Él miró hacia abajo a su vagina elevada. No hizo nada durante segundos. Y cuando hizo algo, no fue como nada que hubiera hecho antes.

Emma observó con curiosidad cómo Nadim levantó su dedo y acarició suavemente su coño enrojecido. Casi pareció un acto de amor y la expresión de su rostro podría haber sido confundido legítimamente con uno de reverencia. Emma no lo entendió, pero por alguna razón, esa nueva caricia fue tan agradable como todos los demás placeres dolorosos que le habían precedido. Entonces, sin tocarla más, se levantó y se vistió.

“Puedes bajarlas. Ve a ducharte y vístete. Hoy vas a desayunar abajo.”

“Sí, amo,” dijo con una sonrisa, a pesar de que él ya había salido de la habitación.

Emma se metió en la ducha preocupada por lo que pudiera significar su nueva conducta. Vestida, bajó las escaleras y fue llevada a una mesa de comedor de cincuenta sillas en la que Nadim ya estaba sentado. Ambos comieron en silencio y cuando terminaron, él la llevó al porche.

Observándole de forma intermitente, Emma se dio cuenta de cómo había cambiado su comportamiento. Ahora parecía más amable. Se parecía más al hombre que había divisado por primera vez en el aeropuerto. Y desviando la atención de él por un momento, escuchó un helicóptero aparcado frente a ellos en el jardín. Aún aproximándose, observó cómo el piloto encendía el motor y saltaba fuera para abrir la puerta del pasajero.

“Te vuelves a casa, Emma,” dijo Nadim sin rodeos.

El corazón de Emma se encogió. De pronto sintió más dolor del que había pasado con cualquier cosa que le hubiera hecho antes. Sintiendo cómo la sangre desaparecía de su cara, esta fue la primera vez que sintió que algo que

él hacía era un castigo.

“¡No quiero irme!” gritó, presa del pánico.

“No tienes elección, Emma. Tu trabajo aquí ha terminado.”

“¿Qué? ¡No! ¡Quiero quedarme! ¡Por favor!” suplicó mientras las aspas del helicóptero giraban.

Los ojos de Emma se llenaron de lágrimas cuando se dio cuenta de que no había nada que pudiera hacer para pararlo. Y mirar su expresión vacía le dolió más de lo que podría haber dolido cualquiera de sus azotes. Ayudándola a sentarse, no dijo nada como “Te llamaré” o “Iré a verte”. Fue simplemente un adiós silencioso.

“Por favor, no me envíes de vuelta. Lo siento si no te he complacido,” dijo entre sollozos.

“Lo has hecho,” fue lo último que dijo antes de que cerrara la puerta y el helicóptero despegara sin miramientos.

Emma lloró a medida que el palacio se alejaba. Cuando finalmente lo había perdido de vista, fue como una cuerda hubiera partido. A pesar de que nunca podría olvidarle, era difícil creer que algo así hubiera ocurrido. Y cuando volvió a su habitación del hotel y encontró una nota sobre la cama, fue como el recuerdo etéreo de un sueño.

Te había prometido un regalo. Un príncipe siempre mantiene su promesa, leyó antes de mirar a su alrededor para no encontrar nada.

“Quizás todo haya sido un sueño”, reflexionaba mientras recogía su ropa para el inminente vuelo a casa. “Quizás haya sido mi mayor sueño”.

De vuelta en casa, Emma se sentó en su silla favorita y miró fijamente a través de las ventanas de la casa de la bahía de sus padres. Lo hacía a menudo cuando era niña y hacerlo ahora siempre le traía tiernos recuerdos.

Nadim, desde luego, había cumplido su promesa. Al llegar a casa, Emma había descubierto que había depositado una enorme cantidad de dinero en su cuenta. Era más de lo que ella hubiera podido imaginar ganar en un año. Y cuando el tiempo pasó, se encontró con la misma cantidad cada mes. Nunca más tendría que trabajar de nuevo. Aquel era verdaderamente un regalo.

“Emma, ¿te gustaría comer algo para almorzar?” preguntó su madre interrumpiendo su nostalgia.

“¿Eh? Ah. Sí, por favor,” dijo respondiendo a su madre con una sonrisa.

“¿Quieres que te lo traiga? ”

“No, yo voy a comer,” Emma contestó extendiendo la mano hacia la de su madre.

Su madre estiró la suya hacia detrás para entrelazar sus dedos con los de su hija. Ambas sintieron una conexión cálida entre las dos. Luego, soltándola, Emma se movió hacia delante en el asiento y se esforzó en comer. Agarrándose de los músculos de la zona baja de la espalda, colocó la otra mano sobre la barriga abultada. Le era cada vez más difícil moverse y quería hacer ejercicio mientras pudiera.

Su madre se colocó frente a ella y puso la mano en la barriga de su hija. No entendía completamente cómo había ocurrido porque Emma se negaba a compartir los detalles, pero lo que sí sabía su madre era que Emma consideraba un príncipe al padre del bebé. No había duda de que estaba hablando metafóricamente. Pero considerando lo feliz que el hombre misterioso había hecho a Emma, su príncipe metafórico era lo suficientemente bueno. Su príncipe le había dado el mayor regalo que alguien hubiera podido darle: más amor para su maravillosa familia. Y por ello, todo el mundo, incluyendo Emma, estaba extremadamente agradecido.

Fin.

Descendiente Para el Heredero del Jeque 2

Emma estaba sin aliento mientras cerraba los ojos. Su vuelo a casa fue cómodo, pero estaba impregnada de recuerdos del príncipe que la había poseído.

Revivió los momentos que había pasado entre sus brazos. En su fantasía, Nadeem acariciaba sus senos con sus suaves manos. Repetitivamente, apretaba y liberaba con fuerza su piel carnosa.

Arqueó su espalda en el asiento. Su vagina se apretó y se retorció contra el cómodo asiento de primera clase. Estaba tratando de calmar las ansias de sus entrañas.

Ella de mala gana regresó a la realidad cuando el piloto anunció el descenso. La verdad era que Nadeem estaba perdido para ella, aunque aun estuviese demasiado excitada por su fantasía sexual para pensar con claridad. Necesitaba superar su desilusión.

Anuncio especial para la Sra. Emma Cooper. Los representantes de la aerolínea la están esperando en las puertas. Por favor infórmeles cuando desembarque. Gracias. Escuchó el sonido vibrante del anunciante.

Emma estaba confundida pero hizo lo que le habían pedido. En las puertas, encontró dos hombres elegantemente vestidos que tomaron sus maletas y por poco se inclinan ante ella.

Ha habido un pequeño problema con su vuelo de conexión. Será redirigido a través de otra compañía aérea, le informó uno de los representantes.

¿Qué? Emma lloraba sin consuelo. Sólo quería llegar a casa y revolcarse. Ya tuve una espera de cuatro horas. ¿Cuándo sale este vuelo? preguntó.

En treinta minutos, señora, anunciaron los representantes y le pidieron que los siguiera. Fue llevada a un terminal con una sala estilo VIP. Era pequeño pero exclusivo, con tan sólo algunas personas esperando en los asientos de cuero.

Emma miró por la ventana los pequeños aviones alineados afuera. Obviamente, eran propiedad privada. Algunos tenían las insignias impresas en su parte trasera.

Recuperó su aliento. ¿Y que tal si? Se rehusó a ilusionarse pero no pudo evitar orar fervientemente.

¿Podría Nadeem haber cambiado de parecer después de dejarla ir? ¿Querría llevarla de regreso a su palacio?.

Su corazón latía erráticamente al abordar el avión. Estaba equipado con sillones de cuero color crema y en una esquina una cama pequeña y confortable. Casi no podía respirar. Este jet sólo podría pertenecer a un hombre que ella conocía, un príncipe.

No había nadie en el avión, tan sólo dos azafatas con pañuelos de chifón cubriendo su cabello bien peinado. Ellas se inclinaron a ella con respeto, un escenario que transportó a Emma de regreso al palacio de su amante.

Horas más tarde, Emma perezosamente bebió un poco de una copa de cristal. Estaba ansiosa de aterrizar, para ver a su príncipe. Sin embargo, la ciudad extendida bajo su cielo no era Dubái. No se encontraban allí los paisajes y rascacielos habituales. Esta ciudad era más desértica, con edificios altos y grandes mezquitas.

Estoy Emma comenzó a hablar en tono de pánico y la azafata vino a

verla. ¿Me están llevando donde el Jeque? preguntó.

Sí señora, respondió respetuosamente la azafata y Emma se relajó. Tal vez Nadeem había viajado a otra ciudad para esperar su llegada.

Emma desembarcó del avión y fue llevada por una puerta privada directamente a la zona de aparcamiento. Los letreros de la calle confirmaban que estaba en Abu Dhabi, y las mujeres a su alrededor eran hermosas árabes. Llevaban pañuelos blancos o negros que no dejaban asomar un solo pelo.

La estaba esperando una limosina. El chofer no levantó la mirada al ella entrar. Abu Dhabi definitivamente no es Dubai, pensó. Este lugar parecía más rígido, más conservador. Regresó a su lugar. Había una caja color beige junto a su asiento. Su nombre estaba escrito con lápiz negro en la parte superior.

La emoción de volver a ver a su príncipe le hizo derretir el corazón. Temblorosamente abrió la caja y dentro había un pedazo de tela, similar al que había visto sobre el cabello de las mujeres árabes.

¿Se supone que cubra mi cabello? Pensó y dejó caer la tela en la caja. Era chifón fino, y se deslizaba a través de sus dedos como si fuera mantequilla. Ella definitivamente no iba a usarlo.

Una hora después, la limosina se detuvo y el chofer abrió la puerta. Su cabeza seguía arqueada, dirigiendo su mirada al suelo. Emma salió del auto sin aliento.

Ante ella estaba el palacio más colosal que había visto en su vida. Era como en los cuentos de hadas, con torres redondas de casi sesenta pies de altura sobre el piso, aunque los paneles de piedra que cubrían todos sus lados hacían que sintiera una corazonada. Estaba temblando.

El palacio de Nadeem en Dubai parecía insignificante en comparación con este. La limosina estaba estacionada en un espacio tan grande como un campo de fútbol, rodeado por todos lados por el palacio.

Alguna vez había visto la opulencia de un palacio Árabe, pero aun estaba atónita al ser conducida a una habitación del tamaño de un apartamento en Manhattan. Las cubiertas de oro en la cama la transportaron a otro mundo. Se imaginó desnuda encima de éstas con Nadeem, encima de ella listo para poseerla.

Ella rápidamente se deshizo de sus pantalones y sacó un largo vestido azul que descubrían sus brazos y dejaban ver un poco de su escote. No estaba usando ropa interior. No quería lidiar con ese problema cuando Nadeem la desvistiera. Quería lucir hermosa para su Jeque.

Su vagina hormigueaba y se sentía como alfileres y agujas al contraerse anticipadamente. Deslizó su mano por su cuerpo y acarició su vagina a través de la tela del vestido, sus fluidos atravesaron la tela empapando la yema de sus dedos y dejándola sin aliento.

Los labios de su sexo estaban hinchados. Estaba tan excitada. La anticipación, la sorpresa y la conmoción se habían combinado para ponerla demasiado caliente. Su vagina se apretó y alcanzó un orgasmo. A través de la tela llevó sus dedos hacia su clítoris.

Un leve sonido que venía del dormitorio que se encontraba a veinte pies atrajo su culpable mirada. Su corazón golpeó contra sus costillas.

Un hombre alto, acuerpado usando un vestido Árabe tan largo que llegaba al suelo, estaba mirándola. Tenía una sonrisa plasmada en su bello rostro. Aunque se pareciera demasiado, ese hombre no era Nadeem.

Ella se sentó en su posición casual. ¿Quién eres? Dijo, con sus ojos bien abiertos.

Sus ojos se iluminaron con el sonido de su voz. ¿Tuviste un buen vuelo, Emma? preguntó con voz fornida.

Emma tartamudeó. Su aura autoritaria inundó la habitación. Sí, balbuceo ella. Su mente estaba trabajando extra.

Escudriñó un poco mientras trataba de recordar donde había visto a ese hombre antes. Aunque definitivamente fuese un árabe como Nadeem, parecía ser más familiar que un rostro común.

¿Nadeem llegará pronto? preguntó. No estaba segura si su Jeque estaría contento de ver a otro hombre mirándola con tanto orgullo posesivo.

El rostro del hombre tenso y hostil desató furia en sus ojos. ¿Nadeem? protestó con furia. Ese animal nunca pondrá un pie en este palacio, puedes estar segura. Te he rescatado de él. Nunca más te molestará.

Emma estaba tensionada. ¿Qué está pasando? pensó sin control. ¿Porqué estaría en el palacio si Nadeem no fue quien la llevo allí?

Yo soy el Jeque Fahad, dijo el hombre componiéndose y acercándose a ella.

Emma lo miró sorprendida pues hasta su voz le sonaba familiar. Estaba aterrorizada por todas las preguntas que estaban dando vueltas en su mente. Intentó aferrarse a algo parecido a la cordura. Pensó en la imagen de Nadeem en su mente, el hombre que le había hecho el amor en Dubai.

Quiero ver a Nadeem,” Exigió y vio el cambio en el rostro del Jeque Fahad. De repente ella estaba temblando con antagonismo. Él no hizo ningún

movimiento al responder sus preguntas y estaba sorprendido por su desorientación. ¿Quién eres tú para secuestrarme de mi vuelo?

Soy el Jeque Fahad, y tú eres mía, Emma, dijo con orgullo.

Un suspiro escapó de los labios de Emma. Conocía a este hombre. Él era el árabe apasionado que había invadido sus sueños todas las noches durante su estancia en Dubai. Él vino a ella mientras dormía y la penetró profundamente con su palpitante pene.

El estaba frente a ella. Su corazón latía rápidamente, su pecho se elevó y cayó en suspiros rápidos. Ella se preguntó si sus frecuentes sueños, realmente eran sueños.

¿Eres? empezó y luego tropezó con sus palabras. ¿Eres el Jeque que me visita en mis sueños? preguntó sintiéndose un poco tonta.

El Jeque Fahad sonrió, y Emma quedó anonadada con la belleza de su rostro. Si Emma, dijo él, y ella se tensionó.

Estaba hirviendo de ira y confusión. No sabía qué decir. Sintió que estaba perdiendo la cabeza.

¿Por qué me secuestraste?, gritó, con sus ojos muy abiertos. Cuando Nadeem descubra esto, lo lamentarás, lo amenazó. Sin embargo, ella no estaba segura de cómo podría contarle a Nadeem. Ni siquiera sabía cómo contactarlo.

El Jeque se rió de su débil amenaza. Nunca volverás a saber nada de Nadeem. ¡Nunca! dijo él, cada palabra era un golpe en su corazón adolorido. Nadeem es un niño mimado que quiere un juguete tan solo porque otra persona lo posee; y al tenerlo se aburre y juega con otro.

Emma se hizo la sorda, tratando de rechazar sus palabras. ¿Eso es lo que soy para ti? ¿Un juguete?

Al instante, el rostro del Jeque se suavizó, reconociendo el conflicto en sus ojos. Ella se mostraba fuerte pero estaba con el corazón roto y confundido como un niño.

No, Emma. Eso es lo que eres para Nadeem. Para mí, eres una preciosa flor del desierto que debe ser cultivada antes que florezca.

— ¿Y poseída? Emma expresó furiosamente. Lágrimas de ira brillaron en sus ojos azules. ¿Una flor que debe ser cultivada y poseída?

El Jeque Fahad se calmó, ¿Quién protegerá la flor que no tiene dueño?.

No quiero tu protección. ¡Quiero volver a casa a casa! Emma estaba exasperada.

Piensa que este es tu nuevo hogar. Viviendo aquí, te convertirás en una

princesa como nunca lo haz imaginado.

Con esas palabras dio un paso hacia ella. Emma con repugnancia retrocedió y se alejó hacia la cabecera.

El Jeque, tenso y con la frente surcada en el pensamiento, ¿Sabes, Emma? No tengo que pedir por lo que es mío.

Emma inhaló agudamente. Su pulso latía con miedo y excitación. Ella esperó que el se acercara nuevamente. “Si te acercas un poco más gritaré”, dijo con desesperación.

El Jeque la miraba insensible. Y ¿qué crees que lograrás con eso? Aquí todo el mundo sabe quién es tu dueño. ¡Yo!.

El corazón de Emma competía con sus palabras, y su vagina traicionera se contrajo dolorosamente.

Te quedarás en esta habitación, hasta que madures, anunció al darse la vuelta. El la miró con severidad. Pero deberías saber que no soy infinitamente paciente. Un escalofrío bajó por la espalda de Emma.

Se recostó mientras sus lágrimas amenazaban con recorrer sus mejillas. El Jeque Fahad tenía razón en algo. Nadeem la había desechado después de usarla para complacerse sexualmente.

Él nunca considero lo que ella quería y fue poseída con urgencia para saciar su propia lujuria. Entraba y salía a su antojo, sin dejarla opinar sobre sus encuentros sexuales. La desechó como un juguete roto cuando terminó de jugar con ella.

Aunque no quisiera, terminó pensando en el Jeque Fahad. Su mirada era calurosa cuando hablaba con ella. Era algo que no había experimentado con Nadeem. Fahad la miró fijamente. Nadeem había sido violento al poseer su cuerpo.

Fahad era increíblemente apuesto y emanaba poder, aunque con restricción. Se había detenido cuando ella retrocedió, algo inimaginable con Nadeem. Nadeem la habría montado y le haría saber quien estaba a cargo. Vergonzosamente, ella sabía que aun estaría aferrada a su desnuda espalda con fervoroso deseo.

Su mente retrocedió ante la idea de ser rotada de un Jeque a otro como si fuera un objeto sexual, como una esclava. Ella era una fuerte mujer americana, educada y perfectamente capaz de resistirse al Jeque y a sus avances. Tenía que lidiar con las consecuencias de su rechazo.

Emma exploró la sala, revisando la puerta cerrada. Al lado había un baño exageradamente lleno de lujos. La gran bañera blanca de mármol parecía

engatusarla con su profundidad. Los grifos parecían de marfil tallado, aunque ella esperaba fervientemente que no lo fueran.

Tomó un baño relajante para aliviar el dolor y el cansancio de la noche anterior. Luego de una hora de negarse placer, renunció.

Se inundó en sus terribles pensamientos. Una hora estuvo sumergida en la bañera llena de burbujas con esencia de lavanda. Se envolvió en una toalla grande y gruesa y regresó a la habitación donde quedó estupefacta.

Ya no estaba su largo vestido ni su maleta. Había en la cama, extendido como la ropa de una reina, un brillante vestido como el traje de una bailarina del vientre. No pudo resistir a hundirse en la tela resplandeciente.

El pantalón del vestido era de puro chifón azul hielo. Tenía unas diminutas bragas atadas con una cadena de metal. La parte superior era básicamente un sostén strapless (sin tirantes) con los hombros hechos de encaje.

Una sonrisa se extendió por su rostro. Su atracción por el traje le ganó a las inhibiciones e indecisiones. Se puso el vestido, y sus ojos cayeron sobre la única prenda que quedaba en la cama.

Era un velo, pero de ninguna manera lo usaría.

El chifón se sentía como suaves pétalos en su piel, haciéndola sentir como una diosa. El sostén se ajustaba perfectamente a sus senos, adhiriéndose a sus curvas. Sus senos protuberantes daban una visión tentadora.

Nuevamente se sentó en la cama y su cintura desnuda se deslizó sobre las sábanas de Satín. Sentía como si estuviese nadando en una nube, vestida como un ángel. Emma suspiró y se relajó recostándose sobre las almohadas.

Una mesa de comedor al otro extremo de la habitación, atrajo su mirada. Se sentó en la pequeña mesa. Había dos grandes bandejas repletas de exquisiteces, tanto americanas como árabes. Luego de cenar caviar y langosta y de beber un vino árabe costoso, se quedó dormida en la grande y comfortable cama.

El Jeque se le apareció encima haciéndola temblar con lujuria. Ella no se le negó, pues nunca lo había hecho en sus sueños. Sin embargo, esta vez ella sabía que era el Jeque Fahad y no Nadeem quien estaba acariciando su desnudo cuerpo.

Él acariciaba su piel. Sus manos separaron sus muslos antes de penetrar con fuerza su dedo en su mojada y caliente vagina. Emma gimió y sintió su dedo dentro, tocando sus paredes vaginales. Se retorció desesperadamente para sentir los indicios desgarrantes del orgasmo.

Su dedo se sentía tan bien. Fue dilatándola internamente y estaba frenética por sentir su caliente pene reclamándola. Estando debajo de él se agarraba de sus brazos musculosos. Enterró sus uñas en sus abultados bíceps.

Un grito escapó de sus labios reseco mientras el Jeque sacaba el dedo de su vagina adolorida. La dura cabeza de su pene deslizándose por su hendidura (raja) la hizo arquear la espalda.

Al empujar su dedo firmemente sobre su clítoris, metió su grueso pene dentro de su vagina palpitante. Emma gritó, revolcándose, retorciéndose y gimiendo. Su cabeza se retorció en las almohadas mientras el Jeque la fornicaba posesivamente.

Aunque fuese violento, esta follada fue casi tierna, casi como una zambullida. Nadeem no se podía comparar con la lujuria que el Jeque Fahad estaba despertando en ella. Temblaba para complacerlo y al mismo tiempo se estremecía de placer.

Se sentía atrapada, como si no pudiera tocarlo, como si no se pudiera mover lo suficientemente rápido.

Emma quería morder su carne reluciente, lamer sus labios, pero no podía hacer nada por su cuenta. Tan sólo era capaz de sentir lo que Fahad quería hacer con ella.

No se reveló ni rechazó nada en esta follada tumultuosa. El orgasmo atravesó su cuerpo y su vientre se contrajo, enviando rayos de placer a través de sus venas.

El Jeque Fahad apretó la mandíbula mientras la vagina de Emma succionaba su pene. Su vagina estaba drenando su hombría y la agarró de sus cabellos con un puño. Derramó su orgasmo en la boca de sus entrañas.

Sintió el calor de su semen derramándose como pesados chorros dentro de ella. Convulsionó nuevamente.

Con los ojos bien abiertos, Emma empezó a respirar rápidamente. Se sentó y se dio cuenta de que estaba sudando. Las pequeñas bragas debajo del pantalón de chifón estaban empapadas con su fluido vaginal.

En su sueño, había tenido un orgasmo con el pene del Jeque Fahad metido en su cuerpo.

Jadeando, se limpió el sudor de la frente y miró la pequeña mesa de comedor. Una bandeja cargada de productos para el desayuno le aguardaba. Fue más de lo que podría comer en cuatro días. Sin embargo, su orgasmo había abierto su apetito, y embadurnó de mantequilla un delicioso croissant esponjoso. Se lo comió con avidez y regresó a la cama.

Sus pensamientos se desplomaron sobre sí mismos, y se levantó. Estaba exasperada e intentó abrir la puerta. Aun estaba firmemente cerrada. Se sentía atrapada en la lujosa habitación.

Sin tener nada más que hacer, decidió tomar otro baño caliente. Siempre lograba levantar su ánimo. Empapó su cuerpo en el agua y cerró los ojos. Sus senos se asomaban sobre el agua, sus pezones rosados estaban cubiertos con burbujas de jabón. Revivió su sueño orgásmico repleto de depresión.

Al terminar, desnuda, se secó el cabello color caoba con la toalla antes de entrar desnuda a la habitación. El precioso traje azul hielo que estaba usando antes había desaparecido. En su lugar había un traje similar de oro brillante, más revelador que el primero.

No pudo resistir ponérselo. Sin embargo, su aburrimiento volvió pronto. Una vez más no tenía nada que hacer.

Esperó con impaciencia un sirviente que le trajera la cena. Estaba planeando detener a quien viniese, obligándolo a conversar con ella. Estaba muriendo por algún tipo de contacto humano.

Después de un par de horas, casi hiperventiló pensando que había sido olvidada. Nadie le trajo la cena, y se sentía más miserable con cada momento que pasaba.

El sonido constante de un grifo que goteaba le dio foco. Pero ahora, se estaba poniendo molesto. Se levantó de la cama sintiendo dolor y pereza. Cerró el grifo.

Al regresar, unos segundos después, un precioso vestido verde estaba extendido sobre la cama, junto con un par de sandalias de oro en el suelo. Eran unos tacones de Jimmy Choo, y bajo circunstancias normales, le habrían encantado. Ahora no.

No podía vivir de esta manera. Estaba atrapada en una hermosa prisión. ¿Esto era lo que el Jeque Fahad tenía planeado para ella? Viviría como una princesa con todas sus necesidades satisfechas, pero nunca podría salir de esta prisión.

Combatió las ganas de descansar otra vez y comió algunos bocados de pollo asado con vino tinto. Se tomó su tiempo, queriendo tener algo que hacer. Pero pronto, su apetito se había ido, y cayó en la cama. Quería escapar de la realidad.

No pudo escapar del Jeque en sus sueños. Esta vez, estaba parado en un balcón totalmente desnudo. Su cuerpo alto y musculoso brillaba a la luz de

la luna. El viento alborotó su oscuro cabello. Emma caminó hacia él llevando tan sólo los preciosos tacones de Jimmy Choo.

El Jeque había devastado su cuerpo desnudo con sus ojos. Había un orgullo posesivo en su semblante y Emma se consumió en sus llamas. En ese momento supo que pertenecía a ese lugar, expuesta frente a su Jeque.

Al ella acercarse, el levantó sus palmas y tocó sus senos. Los midió y los apretó firmemente. Sus ojos nunca dejaron de mirar su rostro y ella jadeaba sin parar.

Eres hermosa. Tu cuerpo es de lo que están hechos mis sueños”, susurró el, y Emma gimió.

Miró hacia abajo y vio su duro miembro. Apuntaba hacia ella con exigencia. La cabeza en forma de hongo le parecía una deliciosa comida, y cayó de rodillas a los pies de su Jeque.

Al intentar tomar su pene con la boca, el la detuvo. Inclino la cabeza para verle bien. “Tu perteneces a este lugar. Conmigo. Cerca de mí. Tu cuerpo es mío, Emma, dijo en un susurro.

Emma gimió y agarró sus muslos. Ella los acariciaba, saboreando la textura gruesa del pelo que cubría sus piernas musculosas. Se balanceó hacia adelante y hacia atrás, tocando con su vagina su caliente pene. El Jeque exhaló agudamente, y Emma lo miró mientras chupaba su miembro.

Una pequeña gota de semen se esparció sobre sus papilas gustativas. El fuerte sabor de su lujuria era inefablemente maravilloso. Inhaló profundamente, y la fragancia masculina de su virilidad llenó sus sentidos.

Su vagina le dolía y palpitaba. Tenía hambre de ser poseída. Pero su boca quería más, más del delicioso líquido que escondía su pene.

Emma lo miró fijamente. El Jeque Fahad descansó sus caderas sobre la balaustrada, y su cabeza caía hacia atrás mientras ella suavemente le chupaba el miembro. La excitación de Emma estalló, y él deslizó profundamente su miembro en la garganta.

Su Jeque tembló de placer al golpear con su pene el fondo de su garganta. Emma quedó sin habla, pero se sentía demasiado bien para resistir. Apretó fuertemente su virilidad una y otra vez hasta que el Jeque empezó a rechinar los dientes. Comenzó a mover su miembro hacia adelante y hacia atrás dentro de su boca.

¡Oh!, Emma. ¡No sabes cuánto te esperé!, susurró.

Emma se sintió cuidada y anhelada. Fue una sensación maravillosa, le acarició con ternura sus testículos. Jaló con gentileza su escroto y el Jeque rió.

Te quiero tanto, Emma. Me muero por ti. Mi cuerpo muere por ti, dijo otra vez.

Emma levantó su pene un poco más alto y deslizó su lengua sobre sus testículos, sobre la textura gruesa y arrugada de estos. Deslizó la punta de sus dedos debajo de sus testículos para acariciar su próstata, y la cabeza del Jeque volvió a caer hacia atrás.

Antes de darse cuenta, estaba inclinada sobre el balcón, mirando el pequeño lago que se encontraba al otro lado. La luna estaba llena, brillante y su reflejo bailaba sobre el vaivén del agua.

Emma sentía las grandes y suaves manos de Fahad sobre sus nalgas. Las agarró y las masajeó. Ella apretó su vagina, esperando el momento que la poseyera con su pene.

Cogió su cabello con la palma de su mano. Agarrándose firmemente, su pene llegó a su vagina penetrándola suavemente.

¡Oh! Emma ronroneó. Estaba retorciéndose sobre su verga empujando sus caderas hacia su pelvis.

Tú eres mía, Emma. Sólo mía. No dejaré que nadie toque tu cuerpo. Ningún hombre llenará jamás tu palpitante vagina. Casi gruñó al atravesar sus entrañas.

Emma no podía creer los hábiles movimientos mojados dentro de su vagina. Su pene presionaba la boca de su vientre instándola a tragar su semilla. Suspiró nuevamente al sentir recorrer un orgasmo a través de su cuerpo. Solo cuando sintió el chorro de su miembro dentro de ella, se juntaron en el dulce olvido.

Al despertar la mañana siguiente, Emma se sintió extrañamente satisfecha. Sus miembros estaban tensos, y sus muslos le dolían como si la hubiesen follado por completo. Sonrió instintivamente con la memoria del sueño y luego se dio un vistazo a sí misma.

La puerta de su dormitorio aun estaba cerrada con llave, y sabía que no podría escapar de su prisión. El único contacto humano que tuvo fue con el Jeque en sus sueños, al embelesarla con su boca y sus manos.

Todas las noches, esperaba impaciente para ir a dormir. Podría encontrarse con el Jeque y escuchar su ronca voz en la comodidad de su sueño.

Una noche, estaba corriendo alrededor del Palacio en su vestido dorado. Sus senos rebotaban al buscar a su Jeque. Cuando lo encontró, estaba desnudo y arrodillado en la cama. Su pene apuntando hacia ella significativamente.

Te busqué por todos lados, gimió, y él se movió para que ella que se acercara. Se acostó en la cama, y el Jeque la volteó sobre su estómago antes de rasgar por completo la tela de su cuerpo. Pasó suavemente las manos por su cuerpo, acariciando cada centímetro de su carne.

Emma abrió sus piernas para instarle a tocar su vagina. Estaba empapada. Sus jugos se deslizaron hacia abajo sobre el cubrecama bordado.

La palma de su mano chocó sus hinchados labios vaginales y ella arqueó su espalda. Estaba llorando y gritando al convulsionar y temblar con el orgasmo. Él vendó con una cuerda de seda las manos de ella sobre su cabeza.

La montó rápidamente, empujando con fuerza a través de su vagina y su culo. Fue aplastada con su peso y sujetó con avidez su pene. La palma de su mano caía una y otra vez sobre sus nalgas. La hacía picar y quemar la piel, y pronto derramó su lujuria dentro de su cuerpo.

Él levantó su cuerpo que estaba sobre ella y se puso una bata de seda. Emma lo miró con reverencia. ¡No te vayas! imploró, tirando fuertemente la cinta de sus muñecas.

Volveré mañana para poner a prueba tu crecimiento, Emma. Espera por mí”, dijo y salió dejando su destino.

Emma se despertó tratando de seguirlo. Al volver en sí, se dio cuenta que era otro sueño. Se cubrió la cara con las manos. Su promesa de regresar al día siguiente se escondía en su mente, y se quedó dormida.

Cuando despertó, estaba alerta y con los ojos brillantes. Ella sabía con certeza que él mantendría su promesa.

Un hermoso vestido azul cobalto estaba extendido en la cama. Tenía un pequeño sostén que servía como top y filamentos de pedrería colgados cubriendo el pecho. Delicados bordados en oro cubrían la tela.

Con avidez, desayunó y se sumergió en la bañera. Se bañó y se secó el cabello antes de ponerse el lujoso vestido. Impaciente, se sentó en el borde de la cama, admirando las zapatillas planas de oro que encajaban perfectamente en sus pequeños y delicados pies.

Pasó una hora, luego otra y otra, y ella se negaba a moverse. Su paciencia finalmente fue recompensada cuando la puerta se abrió con un suave clic.

Sin aliento, se levantó al ver al Jeque Fahad entrar. Su mirada era reverente. El jeque sonrió agradablemente.

Emma tuvo que luchar contra el impulso de lanzarse en sus brazos. Era exactamente como su amante del sueño, y se moría por convertir sus sueños en

realidad.

¿Emma? caminó hacia ella y empezó suavemente. Esta noche, veremos si mi flor del desierto ha florecido. Me acompañarás a mi fiesta. Si lo haces bien, saldrás de la habitación y así podrás asolearte y florecer.

Sí, señor, contestó instintivamente. No podía creer que finalmente estaba oyendo su voz.

El jeque se retiró sin responder. El aliento de Emma se puso áspero y retorció las manos con alegría. La posibilidad de escapar de este palacio la llenó de adrenalina y consideró sus opciones.

No tenía idea si la fiesta tendría invitados reales o más de los criminales socios del Jeque. Se preguntó si era otra prueba. Si fracasaban sus planes para escapar, podría caer nuevamente en cautiverio. Nunca más confiarían en ella.

Al abrirse la puerta ella saltó, y tres muchachas entraron. Tenían una clara piel de alabastro y un brillante cabello largo. Ellas sostenían montones de hermosos vestuarios llenos de color y bolsas con diferentes tamaños.

Desnúdate, por favor, dijo cortésmente la muchacha de más edad. Encantada de oír una voz humana, Emma la complació. Anhelaba no ofender a la hermosa mujer.

Para la incomodidad de Emma, las mujeres examinaron su cuerpo como si fuese una exhibición de un museo. La rodearon y la escoltaron al baño. Aunque se había acabado de bañar, no podía impedir que la empaparan de nuevo. Una de las mujeres se arrodilló a sus pies y la enjabonó a lo largo de la pierna antes de sacar la navaja de afeitar enchapada en oro.

Emma se estremeció mientras la mujer afeitó sus piernas, sobacos y luego se trasladó a la selva que estaba entre sus muslos. Estaba avergonzada, pero intentó conversar con ellas. Estaba tan desesperada que hasta le encantaban sus respuestas monosilábicas.

Más tarde, con la asistencia de las muchachas, se midió un vestido tras otro. Le encantó uno color oro de Gucci, con una apertura hasta el muslo. El escote caía hasta la mitad de su pecho y mostraba unos suaves y redondos senos

Cuando intentaron maquillarla Emma retrocedió. ¿Es realmente necesario? preguntó alzando firmemente el mentón. Las mujeres se negaron a discutir sobre el asunto.

Nunca había usado mucho cosméticos. Emma estaba segura que se vería como un payaso con los naturales y veloces trazos de pinceles en su

rostro. Sin embargo, cuando se miró en el espejo, sus miedos se esfumaron.

Parecía una princesa árabe sacada de un cuento de hadas. Sus ojos se veían luminosos y mucho más grandes, sus labios naturalmente rellenos. Se veía más bella que nunca. De hecho había florecido como el Jeque había dicho que lo haría. No podía evitar imaginarse que más resultaría ser cierto.

Rápidamente, cuando la llevaron fuera de la habitación, pensó en planes de escape. Trató de memorizar los cuadros y lámparas en su camino. Tuvo que caminar tanto a lo largo del Palacio que pronto estaba demasiado confundida para recordar algo. Decepcionada de sí misma, abandonó su lucha infructuosa.

Lacayos en librea abrieron una gran puerta, y Emma inhaló. El jeque se paró con sus ojos brillantes en el centro de la gran sala. La miró desde la cabeza hasta los pies. Las criadas la entregaron al Jeque, y éste parecía un propietario orgulloso.

Estaba vestido con un esmoquin negro y su aroma masculino llegó a sus fosas nasales. La hizo deleitarse. Olía exactamente como en sus sueños, sólo que más embriagador. Sus planes de escape, de repente, parecían ser inconvenientes. Su fuerza se había debilitado.

Al llevarla por la espaciosa sala, la mayoría de los invitados parecían ignorar completamente su presencia. Cuando alguien le preguntaba educadamente quien era la hermosa señorita que lo acompañaba, la miraba con respeto y simplemente respondía: Esta es mi flor del desierto.

Su olor era tan adictivo. Lo inhaló y lo memorizó. Analizó los rostros de los invitados, buscando a alguien que pareciese americano. Vio una persona que parecía ser afro-americano y su corazón se aceleró. Pronto descubrió que era el hijo de un jefe somalí.

Finalmente, vio a un hombre calvo, de traje a rayas junto a una mujer americana en su brazo. La pareja discutió, y la mujer se marchó con sus empuñados ojos. El hombre frunció el ceño a sus espaldas.

Su mirada cayó sobre Emma y el Jeque que estaban uno al lado del otro. Para deleite de Emma, él se acercó. Se inclinó respetuosamente, dejándola con el corazón en la garganta. Sabía que este era el momento. Esta era su oportunidad. No podía creerlo. Que suerte.

El americano los saludó, y el jeque lo presentó como el Embajador de Estados Unidos. Emma estaba dispuesta a escapar de la situación. Sabía que podría decir cualquier cosa, y eventualmente sería liberada de su prisión.

Una imagen del amante de sus sueños había invadido su mente, y cerró

la boca. ¿Realmente quería dejarlo? ¿Y si todo esto fuese una trampa? ¿Qué tal si el Jeque realmente iba a ofrecerle una recompensa por ser buena?

Tuvo momentos para averiguar lo que más quería: regresar a una vida sin Nadeem, o quedarse aquí con el Jeque que la quería lo suficiente como para mostrarla a sus dignos invitados.

Es un gusto conocerlo, le dijo Emma al embajador.

¿Eres americana?, notó el embajador.

Sí, respondió. Su mente estaba confundida. Aun se debatía entre sus pensamientos conflictivos.

¿Has estado aquí por mucho tiempo? preguntó

No demasiado, respondió con una débil sonrisa.

– ¿Y está disfrutando su estadía?

Es como un sueño, concluyó Emma luego de una breve pausa. Miró los cálidos ojos del jeque. Él le sonrió cariñosamente.

Así es. ¿Cierto? dijo el embajador con melancolía al volverse hacia el Jeque.

La calma y la paz envolvieron a Emma en su cálido abrazo. Se sintió extrañamente satisfecha y relajada. Finalmente se había dado cuenta de donde quería estar. Quería estar en brazos del Jeque. Aún no sabía si sus sueños eran realidad, pero sabía que quería estar con este Jeque.

Cuando los invitados comenzaron a irse, el Jeque la entregó a las tres criadas que la habían ayudado a vestirse. La llevaron a través de un laberinto de pasillos en el imponente Palacio. Finalmente, cuando pararon, Emma estaba ante dos grandes puertas talladas a mano que no conducían a su dormitorio.

Emma miró las criadas, y ellas la incitaron a entrar. Estaba atemorizada. La colcha azul cobalto era brillante, y las cortinas eran largas. La habitación estaba impecable e inmaculada, pero definitivamente parecía que alguien viviese allí. Era la habitación de alguien, y se preguntaba por qué se lo había dado a ella.

Exploró la habitación y se sentó en la cama más grande que jamás había visto. Dominaba el espacio y era extremadamente cómoda. Curiosamente, se acercó al baño contiguo. Era más grande que la sala de su casa.

Una gran puerta de madera conducía a un vestier con filas y filas de ropa y zapatos perfectamente alineados.

Retrocedió cuando finalmente comprendió lo que estaba pasando. Esta habitación no había sido asignada a ella para su uso personal. Era el

dormitorio del Jeque.

Se alejó del armario como si hubiese sido quemada. Su pecho se contrajo al ver al Jeque parado junto a la cama con las manos en los bolsillos de sus pantalones. Él estaba contemplando su apariencia, viéndose increíblemente complacido.

Estuviste bien esta noche, dijo con una sonrisa. Increíblemente, Emma, sintió que había conseguido algo maravilloso. Te has ganado tu recompensa, añadió con voz ronca.

Su voz la cautivó y caminó temblorosamente hacia él. Esta vez, ella no se resistió en absoluto. Cerró los ojos y su cabeza se inclinó hacia atrás al ofrecer su boca al Jeque. Las manos del Jeque se deslizaron sobre sus mejillas mientras quitaba los suaves cabellos de su rostro. Entonces su boca descendió para beber el vino de sus labios.

El gemido de rendición de Emma resonó a través de su pecho, y suavemente agarró la chaqueta del jeque. Su boca era insistente y posesiva. Emma se perdió en un frenesí sin sentido.

Sus sueños habían sido tan reales, sin embargo, no se comparaba con tenerlo cerca de su cuerpo. Corrió sus manos sobre su traje, memorizando cada contorno musculoso.

Eres mi flor del desierto, murmuró el Jeque en su boca, y Emma gimió. Sus labios se separaron más, y el Jeque se hundió en su boca. Exploró su cálida y húmeda hendidura con su lengua.

Ella sintió sus manos sobre sus nalgas y él le subió el suave vestido para desnudarla. Sus bragas escondían entre sus nalgas y las tiró con fuerza antes de acariciar su rajadura con la punta de sus dedos. Su ahogada respiración hizo que su cabeza cayera hacia atrás. El jeque la cogió en sus brazos, y fácilmente la levantó para ponerla en la cama.

Él la miró mientras se quitaba la chaqueta y la camisa. Su pecho estaba desnudo y una maraña de oscuro pelo grueso cubría su carne musculosa. Emma moría por correr sus dedos a través de su cabellera del pecho, pero yacía inmóvil. Su belleza la inmovilizó.

El cabello de Emma estaba extendido sobre las almohadas, y sus brazos estaban a su lado. Sus senos sobresalían sobre el escote del vestido.

El Jeque había devastado su cuerpo con sus ojos, mientras desabotonaba sus pantalones.

Eres hermosa, Emma susurró antes de poder parar. El Jeque le sonrió. Su rostro estaba firme con sus brillantes ojos ardientes de pasión.

Sin pena, se bajó los pantalones y su verga rápidamente apareció. Emma gimió y se sentó. Se deslizó hasta el borde de la cama hasta que su boca estuviese a un pie de distancia de su rígida masculinidad. Su aroma era embriagador. Se sentía mareada. Su vagina le dolía y se retorció en la cama para así poderse calmar.

Emma movió los labios más cerca a su magnífico miembro y vio una pequeña gota de semen brillando en la punta. Envolvió entre sus dedos la impresionante circunferencia y vio el endurecimiento imperceptible de la mandíbula del Jeque. Agachándose, mantuvo contacto visual con su amante y deslizó su lengua sobre su viril cabeza.

Un grito febril escapó de sus labios al sentir el sabor de su semen cubriendo su lengua. Había saciado el hambre de sus papilas gustativas, pero aun moría por más. El Jeque puso sus manos sobre sus hombros y dejó caer el vestido sobre sus brazos, dejando caer sus senos libremente.

Emma tembló como una hoja cuando el la empujó hacia la cama. Cayó con los brazos a sus lados, y el Jeque se arrodilló sobre ella. Sus manos cubriendo las suyas, con los dedos sensualmente enredados.

Emma levantó sus labios con una respiración débil, pero los ojos del jeque estaban pegados a sus senos. Eran unos redondos y rosados globos firmes. Moría por devorarlos. Eran separados y ligeramente caídos hacia los lados. Se inclinó para tocar con su nariz uno de los senos. Los levantó e inhaló el aroma de su piel.

Me cautivas. Me has mantenido despierto por la noche, todas las noches. Muero por tocarte, saborear tu piel contra mis labios,” murmuró. Cada palabra excitaba más a Emma. Tu cuerpo pertenece aquí, dijo antes que su boca se cerrara firmemente sobre un pezón.

¡Oh! Emma gritó. Sus dedos se aferraron imperceptiblemente al Jeque. Su vagina se estremeció y levantó las caderas de la cama. Presionando su verga sobre su estómago, metió su duro músculo en su plano abdomen.

El calor viajó desde sus entrañas hasta su piel, y ella se perdió en su cuerpo. Sus manos quedaron atrapadas, y ella gimió bajo sus pies.

La boca del Jeque siguió un camino mojado desde su pecho hasta su cuello, mientras sus labios tocaban los suyos en un beso lento, Emma fue salvaje. El Jeque rió suavemente al ella morderle el labio.

Mi flor del desierto tiene espinas, bromeó sin aliento y rápidamente deslizó sus manos hacia abajo para agarrar sus separados muslos.

Emma miró hacia abajo y lo vio mirando su vagina. Se había afeitado y

levantó sus caderas para así darle una mejor vista.

El Jeque estaba absorto, y deslizó con avidez sus dedos hacia arriba y hacia abajo de su hendidura. Pellizcaba suavemente sus hinchados labios vaginales. Emma casi sollozó en voz alta al sentir su boca descendiendo y besando su vagina mojada.

Estaba comiendo sus palpitantes labios. Su lengua revoloteaba sobre los brillantes pétalos de su vagina y rozó el sensible lugar con sus filudos dientes.

Emma estaba tan cerca de venirse. Sus bragas fueron lanzadas en espiral, y justo cuando agarró con desesperación los hombros del Jeque, el abandonó su vagina.

¡No! Emma se quejó por la pérdida. Envolvió sus piernas firmemente alrededor de las caderas del Jeque mientras él la montaba. Sostuvo su trasero para levantar más la parte inferior del cuerpo y amorosamente besó su barbilla. Su verga estaba lista para entrar en su hendidura, pero él no la penetró inmediatamente.

Mírame, mi hermosa flor, susurró.

Tan pronto Emma abrió los ojos, su pene penetró su vagina. Ella se tensionó con el dolor y la maravillosa indulgencia. Apretó sus caderas para invitar su duro miembro a lo más profundo de sus entrañas.

Oh, mi Jeque, murmuró y se olvidó del mundo. ¡Oh, mi Jeque! cantó en voz alta, impulsada por su deseo hedonista.

El Jeque Fahad parecía encontrar el grito excitante porque gruñó y golpeó más fuerte, más rápido. Sus testículos golpeaban contra su culo, y él se hundía en ella, besándole la boca. Su lengua enredada con la suya, amarrando con su mano libre su grueso cabello, manteniéndola atrapada debajo de él.

Emma temblaba cuando el la reclamaba con su rígido miembro. Su pene rozaba las paredes vaginales y ella sentía escalofríos cuando su punto g volvía a la vida.

¡ Ahh! Ahhhhh! gimió una y otra vez. Luchó para contener su orgasmo, jadeando para prolongar las caricias del éxtasis. Sus manos cruzaban con fuerza las caderas musculosas de Fahad.

El Jeque penetró sin piedad su pene en su mojada vagina y ella perdió la batalla.

El orgasmo de Emma atravesó su lomo con suficiente fuerza como para arrancar de sus labios un grito de dolor. Su vagina tuvo un espasmo violento y su cuerpo entero se estremeció debajo del hombre que la había poseído.

El jeque mordió suavemente su labio inferior antes de verter su semilla en sus entrañas.

Emma sintió el cálido líquido dentro de su ser. Fue llenando hasta el tope y agarró las caderas del Jeque para retenerlo en su interior. Ella no quería dejarlo ir.

Su vagina apretaba el duro miembro, contrayéndose. Se sentía completa. Excitación y un extraño sentimiento de pertenencia recorrió todo su cuerpo. Estrechó el miembro de su Jeque con su saciada vagina, dispuesta a no sentirse vacía nunca más.

El Jeque se levantó, y su pene se deslizó fuera de su húmeda vagina. Emma se estremeció y se recostó sin aliento. El jeque Fahad se quedó a su lado mirándola con ternura.

Emma no había experimentado esta conexión con Nadeem. Tan solo la había utilizado como un medio de gratificación y la había desechado tan pronto había terminado. El Jeque Fahad aun estaba allí, y ella estaba en su cama. La miraba como si significara algo para él.

Se miraban el uno al otro hasta que el Jeque se quedó dormido. Emma vio como el sueño suavizó su rostro. Lo hacía ver casi infantil. Ella sabía, sin embargo, que no debería subestimar su poder ni su fuerza.

Incapaz de resistir la tentación, ella se acercó más al Jeque Fahad y puso un brazo sobre su pecho. Sus dedos se deslizaron entre la gruesa maraña de pelo, y su vagina se apretó con ganas. Se tensionó al sentir el Jeque moverse adormecido, cubriendo su brazo. La apretó fuertemente, y sus largos dedos gruesos parecían aferrarse a su alma.

La inundaban un caluroso y puro afecto de reverencia por el Jeque. Presionó sus labios contra su hombro e inhaló profundamente.

Era adicta a su aroma embriagador. Antes que se diese cuenta, cayó profundamente dormida, aferrándose a la fuente de su éxtasis. Sintió que su felicidad no terminaría nunca, y continuó, hasta el día en que volvió a ver a Nadeem.

Fin.

Descendiente Para el Heredero del Jeque 3

Capítulo 1

Emma arqueó la espalda cuando el jeque Fahad agarró su pequeña cintura con sus grandes manos. Las caderas le temblaban anticipando lo que venía a continuación. El jeque empujó el cuerpo de Emma sobre la cama, y pudo oír el sonido de las sábanas de seda arrugándose bajo ella. Su cuerpo se detuvo de golpe al sentir unas piernas velludas contra sus muslos desnudos.

El jeque la levantó en el aire, dejando que su cabeza cayera hacia atrás. Estaba muy fuerte. Y moviéndola como una muñeca, volvía a demostrarlo. Su respiración se agudizó al sentir sus enormes pelotas rozando sus labios hinchados, sabiendo lo que vendría después.

Aún levantándola más y más alto, Emma sintió la gruesa masculinidad del jeque abrirse paso entre la carne jugosa de sus labios. Necesitaba que la penetrara. El corazón le latía a toda velocidad, y se sonrojó al sentir un movimiento de calor introduciéndose en su cuerpo, cuando la punta de su polla encontró el tierno valle de su coño.

"Oh," gimió Emma, sin apenas poder contenerse.

Con los brazos extendidos como alas tras ella, Emma abrazó con las piernas el culo desnudo del jeque de piel dorada. Podía sentir el músculo. Todo en él era perfecto. Y al tomar el cuerpo de Emma e inclinarlo hacia arriba, sintió lo que había estado esperando.

La gruesa polla del jeque se deslizó en las estrecheces de su coño húmedo y delicado, produciéndole una ola de agonía lujuriosa que se expandió por todo su cuerpo. Su polla la partía en dos. Los pechos se le movían al ritmo de la respiración agitada. Los mechones de su oscuro cabello largo bailaban al intentar abrazar su propio cuerpo con sus brazos.

"Sí," gimió Emma.

El jeque la agarró de la nalga con la mano derecha, permitiendo que la izquierda se deslizara por su espalda, y elevándola más para dejarle experimentar la longitud completa de su herramienta. Era una agonía gloriosa. Su cuerpo era un arco y el interior de Emma, el instrumento. Y la forma en que tocaba producía música dentro de su cuerpo. Hablaba con su alma.

Con el jeque en control, dejó que su cuerpo cayera. Sintió la cabeza de su polla presionando la entrada de su canal, y se preparó. La tenía tan grande que no podía evitarlo. Los músculos de su coño le consumían. Se contraía absorbiéndolo más y más. Quería sentir el dolor momentáneo de su presencia

para recordarse qué poderoso hombre la poseía. Y cuando él la elevó de nuevo y la penetró profundamente, sintió las cosquillas que hacían en su clítoris los oscuros vellos de su ingle.

"No pares," le suplicó.

"Eres mi flor del desierto. Eres mía," proclamó enviando una sensación de calor por todo su cuerpo.

A medida que pasaba el tiempo, Emma sentía que su cuerpo se levantaba menos y que las embestidas del jeque eran mayores. Teniendo que soltar las piernas, el jeque movía sus caderas, apoderándose de su interior. Sus jóvenes pechos saltaban. Y al sentir el tsunami inminente acumularse desde sus piernas, estiró las manos para rodear el cuello desnudo del jeque.

"Oh, oh," gimió sintiendo cómo su interior se apretaba, y cómo la polla del jeque estaba cada vez más rígida. Sabía que él también estaba a punto de llegar al éxtasis.

El estremecimiento de libido se desplazó desde sus piernas al centro de su sexo y le hizo tensar las piernas. "¡Ahhh!", gritó sin importarle quién pudiera oírla. El jeque liberó su gemido profundo acercando su cansado cuerpo hacia el suyo, con la polla sacudiéndose aún en su interior.

Agotada, Emma dejó que sus brazos cayeran por su espalda. Acercando la cara a las mejillas barbudas del jeque, sintió sus vellos suaves acariciando su piel. Estaba sumida en el calor de su cuerpo. Y agarrándose a él como si su vida dependiera de ello, le apretó contra sí como si no quisiera soltarlo nunca.

Con Emma aún en sus brazos, y su polla debilitada aún en su interior, se dejó caer sobre la cama. Y colocando un brazo para apoyar su caída, se recostó dejando que los dos mantuvieran el abrazo.

Sintiendo la cálida brisa nocturna de Abu Dhabi sobre su piel desnuda, pensó en lo afortunada que era. El jeque la había recogido del vuelo cuando volvía a casa tras un breve pero intenso encuentro con el jeque Nadeem. No esperaba volver a ver a Nadeem de nuevo. Así que se vio de nuevo atraída hacia la grandiosa opulencia de la realeza saudí, y esta vez por un hombre que parecía preocuparse por ella. Emma no podía pedir nada más.

Emma no había empezado bien con el jeque Fahad. Al llegar a su palacio, la había encerrado en su habitación, desprovista de cualquier contacto humano. Las únicas personas a las que veían eran las de sus sueños y el jeque Fahad, que la visitaba cada noche. Así era como la había seducido. E incapaz de soportarlo, en sus sueños le imploraba que fuera real, sólo para descubrir

que en la realidad era aún más maravillosa.

Una vez que Emma había abrazado la vida con su nuevo jeque, vivía como una princesa. Todas las noches acudía a una gala diferente y lo hacía siempre con vestidos que valían más que la casa en la que había crecido. Y del brazo del hombre más admirado del país, no sabía qué podía ser mejor. Era como una fantasía. Se sentía como Cenicienta.

Nadeem era ahora un recuerdo lejano en sus pensamientos. Su imagen aún invocaba un cosquilleo entre sus piernas, pero no era más que eso. Sus exigencias era cautivadoras, pero el poder delicado del jeque Fahad era todo lo que se había dicho que necesitaba.

Al levantarse de la cama, el jeque recordó a Emma el evento de aquella noche. Era una gala en el Museo Nacional. Se consideraba un evento de recaudación y el jeque Fahad era su mayor benefactor.

"El arte es algo por lo que siento verdadera pasión," dijo recorriendo el cuerpo desnudo de porcelana de Emma con los ojos. "Tú eres algo que me apasiona," declaró. "Ahora tendré a mi flor del desierto entre mis joyas más bellas. ¿Qué más puedo pedir?" preguntó con una sonrisa.

Emma sintió de nuevo el estremecimiento cálido entre sus piernas. Le hubiera encantado que tomara de nuevo su pequeño cuerpo. Pero viendo su figura de estatua tomar la túnica, supo que no podría volver a tenerle hasta la noche siguiente.

El jeque Fahad la visitaba siempre cuando el sol se ponía. Y el brillo extático del tiempo que pasaban juntos la rodeaba como un aura durante el resto de la noche. Todos podían ver en sus eventos lo feliz que era. Y a él le complacía que todos vieran cómo ella se sentía. Emma consideraba que aquello era signo de que era un buen hombre. Y de nuevo, se sintió afortunada de estar con él.

Aquella noche, cuando Emma entró en el museo del brazo del jeque Fahad, no tenía ni idea de lo rápidamente que volvería a cambiar su vida. Llevando un vestido negro de lentejuelas con una cola que se deslizaba tras de ella, sintió cómo todos los ojos estaban puestos en ella. Nunca antes se había sentido tan bella. Y apretando ligeramente su brazo, el calor que sintió le dijo que no quería volver a separarse de él.

Tras conocer a un par de docenas de mandatarios, un responsable se acercó y susurró algo al oído del jeque Fahad. Con una sonrisa aún en el rostro, el jeque se disculpó con Emma y la elegante pareja con la que estaban conversando, y salió siguiendo al responsable. Esto dio a Emma una

oportunidad única. Apenas podía explorar nunca aquellas galas por si sola. Esa noche sería su primera noche.

Excusándose ante el Conde y la Condesa que estaban con ella, se dirigió con decisión a la galería. Allí era donde estaban la mayoría de los invitados. Todos iban vestidos muy elegantes. Le costaba creer que se le aceptara entre ellos, teniendo en cuenta que ella era de una pequeña ciudad de América. Pero la aceptaban, ella lo sabía. Estaba con el jeque Fahad. Ella era una invitada especial.

Emma hizo un gesto de asentimiento con la cabeza para reconocer a todos los que la reconocían. Todo el mundo era muy amable, pero al no encontrar a nadie cercano a su edad, continuó caminando hasta situarse frente a un cuadro de un magnífico desierto.

El cuadro la hipnotizaba. Siempre había pensado en el desierto como algo vacío e inhóspito, pero el cuadro no le transmitía nada de aquello. La arena del cuadro bullía de color. Para ella, representaba la vida. Y el cielo bailaba con las pinceladas que llevaban sus ojos de un lado al otro del lienzo.

"¿Es magnífico, verdad?", dijo una voz detrás de ella.

En un instante, Emma sintió que su cuerpo comenzaba a sudar. No era la reacción de una princesa, pero no podría evitarlo. Habría reconocido aquella voz en cualquier parte. Y al escucharla aquí y ahora le había debilitado tanto que podría desmayarse. Intentando mantenerse sobre los zapatos de tacón, apretó los puños y dejó que su pecho inspirara más aire hacia el interior.

"No esperaba encontrarte aquí," dijo en un tono casi enfadado. "Te metí en un vuelo hacia América, y en lugar de eso, estás en un museo en Abu Dhabi. ¿Crees que esto me complace?"

Emma podía sentir las lágrimas acumulándose en sus ojos. Le costaba respirar. La reacción de su profunda voz en su oído hizo que sintiera las piernas como si fueran de gelatina. Tenía calor, y pronto recordó la chica de ciudad pequeña que era.

"No, amo," dijo Emma inmediatamente, recordando el tratamiento que le exigía.

"Tienes razón, no lo hace. Encontrarte aquí hace que necesite castigarte. ¿Sabes que tengo que castigarte?", dijo la inexorable voz masculina.

Emma no quería contestar. Sabía que su vida era fantástica. Pero la voz habló con su interior. No podía desobedecerlo. Tenía un control

inquebrantable sobre ella. "Sí, amo. Tienes que castigarme."

"Claro que sí. Me seguirás fuera de aquí, y te castigaré con mis fuertes manos."

Las respiraciones de Emma se aceleraron. No tenía que tocarse para saber que estaba excitada. No esperaba volver a oír su voz. Y, luchando por respirar, recordó finalmente lo glorioso que era. Lentamente, se giró y miró al guapísimo hombre a los ojos. Era el jeque Nadeem, y sus mirada firme hizo que su corazón se derritiera y que los labios de su sexo se estremecieran. "Sí, amo" aceptó, como si el deseo que la atravesaba le hubiera dado otra opción.

Nadeem se dio la vuelta, dejando que viera completamente el esmoquin ajustado que vestía su figura en forma de V. Le vio alejarse, y deseó que sus piernas se movieran y que su cuerpo le siguiera. Emma sabía que debía preocuparse de quién la observaba. Pero ya no estaba actuando bajo sus propios deseos. Había algo más fuerte. Sus acciones ahora eran las de su amo. Y ella seguiría a Nadeem al fin del mundo si fuera lo que él quisiera.

Capítulo 2

Emma podía sentir los ojos de todos sobre ella. Era como nacer. Estaba absorta en la estela del jeque Nadeem y no había forma de que pudiera resistir el seguirlo a su mundo.

Todas las personas mayores y elegantes a su alrededor no podrían entenderlo nunca, pero ella no tenía otra opción más que seguirlo. Su atractivo, su fuerza... Tenía un poder que hacía que cada célula de su cuerpo respondiera ante él. Sus deseos eran los de ella. Y ella no quería más que los dos volvieran a convertirse en uno de nuevo.

Fuera de los muros de mármol de museo, Emma miró hacia abajo por los 25 escalones al jeque que aún tenía que darse la vuelta. ¿No sabía que ella necesitaría ayuda? Por mucho que fingiera, aquel vestido de alta costura y los tacones eran cosas nuevas para ella. No había llevado en su vida un vestido de noche de lentejuelas. Sus tacones nunca habían sido de más de 5 centímetros. Y si pudiera elegir, Emma llevaría todos los días zapatillas de deporte y se preferiría comodidad antes que estilo.

Pero este nuevo mundo que el jeque le había presentado era como un cuento. Todas las noches se vestían de gala y siempre con la ropa más cara. Era así como debía ser llevar la vida de una princesa. El jeque Fahad era sin

duda un príncipe y ambos vivían en un palacio.

Pero si tenía todo lo que cualquier chica querría, pensó Emma, ¿entonces por qué se marchaba con el jeque Nadeem? ¿Cómo podría renunciar a esa vida tan fácilmente por un hombre que la había usado para su placer sexual y luego se había deshecho de ella? ¿Qué le ocurría para poder hacer aquello? Y al levantarse la falda del vestido y bajar las escaleras de lado con los tacones, se preguntó si aquellas razones importaban siquiera.

Al bajarse con cuidado del último escalón, el brillante Ferrari rojo de Nadeem apareció. Estaba tan bien diseñado como el propietario. Su motor rugía como una bestia enjaulada. Y sin mirar atrás, Nadeem pasó al lado del guardacoches y se metió dentro. El botones se dio prisa entonces por abrir la puerta de Emma y, le ofreció la mano cuando ella maniobraba para meter dentro el vestido.

En cuanto la puerta de Emma se cerró, el Ferrari arrancó a toda velocidad. El coche pasó de 0 a 100 en segundos. Emma tenía el corazón latiendo a toda velocidad. Nadeem estaba enfadado, podía sentirlo. Y cuando se giró hacia su perfil de estatua, su cuerpo se estremeció en anticipación de cómo aquella bestia enfurecida podría responder.

Emma se giró de nuevo hacia el laberinto de rascacielos que iban pasando. No podía evitar pensar lo mucho que el paisaje le recordaba a una versión más moderna de Nueva York, aunque había algo diferente en ello. Los edificios estaban mucho más separados en Abu Dhabi. Y había muchos más carriles en las calles que atravesaban la ciudad. Era casi como estar en una película futurista. Una película en la que el hombre con el que estaba sería un rico cyberpunk, y ella una cortesana mujer fatal.

La idea le hizo sentir una ola de calor. Miró de nuevo al jeque, que se acariciaba la barba del lateral del rostro. Sus respiraciones se hicieron más profundas y lentas pensando en sus deseos de que la tomara. Y allí sentada sobre el suave cuero del asiento de su potente vehículo, supo exactamente por qué se había marchado con él.

El jeque Nadeem conducía por la ciudad a 200 por hora. Para Emma era una descarga de adrenalina, ya que la asustaba tanto como la excitaba. Así que cuando el Ferrari hizo un último giro para entrar en el aparcamiento de un hotel de 80 plantas, la cara de Emma se había sonrojado en anticipación.

El jeque Nadeem salió del deportivo sin decir una palabra. Un botones en seguida abrió la puerta de Emma y ella le siguió. Los cientos de lucecitas en el techo de la entrada hacían que Nadeem brillara al pasar la nube de

personas que se acumulaba frente a él. El corazón de Emma latió con aquella visión. Parecía una estrella del rock entrando al escenario o un astronauta dirigiéndose hacia la nave. Y la forma en que no miró atrás y la ignoró hizo que Emma ansiara su atención. Necesitaba que la mirara como lo hacía, poseyéndola con sus ojos.

Incluso cuando entraron en el ordenador, él seguía sin mirarla. En este punto, Emma no podía dejar de mirarlo fijamente. Había empezado a sentirse como una niña pequeña. Él era tan masculino, tan fuerte. Su complexión morena hacía que su piel de porcelana pareciera aún más blanca en comparación. Y la carne entre sus piernas palpitaba al pensar en estirar la mano y tocar la de él.

Sin embargo, no lo hizo, dudando de cómo podría responder su amo. Ya había dicho que iba a castigarla. ¿Qué podría desencadenar una caricia? Emma casi no podía respirar pensando en ello.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, se encontró en el vestíbulo del apartamento del jeque Nadeem. El espacio era increíble. Todo estaba abierto ante ella. La línea de visión continuaba hasta la pared de ventanales con vistas sobre la ciudad nocturna.

Los suelos de mármol pulido y los muebles color crema creaban un mar de opulencia marcado por piezas de arte que consistían en tonos marrones y piel. Este no era como los palacios que había visitado. Y viendo a Nadeem caminar por él, hizo que Emma se diera cuenta del tipo de hombre que era. Era un millonario del viejo mundo con gustos del mundo moderno. Y lo que deseaba, al menos en aquel momento, estaba junto a él vestida en una vestido de noche negro de lentejuelas y le observaba mientras cruzaba el enorme espacio en dirección al dormitorio.

"Sígueme," le ordenó sin darle opción a negarse.

Emma cruzó la habitación lentamente, examinando todo pero sin tocar en su camino. Podía sentir el calor punzante que producía la sangre al recorrer su piel. El eco de sus tacones contra el mármol resonaba en todo el espacio. Y con la cola de su vestido arrastrándose tras ella por el suelo de piedra, se sintió avergonzada como si ella, la joven americana, fuera lo único que desentonaba allí.

Al encontrarse en la puerta del dormitorio, lo primero que atrajo su atención fueron los oscuros ojos penetrantes del jeque Nadeem. Después de no haberla mirado en todo el tiempo, ahora miraban atentamente a Emma y no había lugar donde esconderse.

Emma se derritió bajo su mirada de acero. Estaba sentado en un sillón frente a una puerta de cristal corredera. Se había quitado la chaqueta y la pajarita, de modo que su camisa blanca perfecta brillaba bajo la luz de la lámpara de pie que le iluminaba desde arriba.

En una de sus manos sostenía una copa, que tenía agarrada firmemente. Su otro brazo estaba apoyado sobre el reposabrazos. Y justo al lado de ese brazo, y al alcance de su mano, había una mesita con un instrumento de piel sobre ella. Al darse cuenta de que era para azotar, la respiración de Emma se aceleró. ¿Qué iba a hacerle con eso? ¿Era así como iba a castigarla?

"Ven aquí," le ordenó sin mover ni un músculo.

Emma comenzó a dirigirse hacia él, entrando a la habitación y sólo unos pasos antes de que él ordenara que se detuviera.

"Quítate el vestido," le exigió, provocando que la respiración de Emma se acentuara.

Sentía que su cuerpo se estremecía con una mezcla de miedo y adrenalina. Estiró la mano y se bajó la cremallera del vestido. Casi no podía mantenerse quieta. La respiración le temblaba de una forma perceptible solo para ella. Y retirándose las mangas de los hombros, recordó la electricidad que le producía la sola mirada fija del jeque sobre su cuerpo desnudo.

Dejando caer el vestido al suelo, Emma dio un paso a un lado. Se quedó frente al jeque con ropa interior negra de encaje y unos zapatos de tacón negros de lentejuelas. No importaba la ropa que llevara, se sentía desnuda frente a Nadeem. La hizo esperar antes de pronunciar otra palabra, y la tensión que acumuló hizo que el cuerpo de Emma se retorciera buscando alivio.

Sin embargo, cuando por fin habló, su voz era baja y tranquila, y resonaba en una cuerda del núcleo de su sexo.

"¿Mereces que te castigue?", preguntó Nadeem.

Emma quiso responder inmediatamente, pero no podía. Intentó reunir el aire en sus pulmones pero estaba temblando demasiado.

"¿Te lo mereces?", preguntó de nuevo, exigiendo una respuesta.

Emma tragó saliva intentando aclarar el nudo que tenía en la garganta y susurró la respuesta. "Sí."

"¿Y cómo se supone que debería castigarte?"

Esta vez Emma tenía miedo de contestar. ¿Qué ocurriría si sugería demasiado, o algo insuficiente? ¿Sería peor su castigo si no sugería lo suficiente?

"Como estimes que es mejor, amo," cedió mientras deseaba que sus

enormes manos estuvieran entre sus piernas.

Cuando el jeque finalmente se movió, Emma dio un salto que hizo darle un paso atrás. Cuanto más se acercaba a ella, más se aceleraba su respiración. Y cuando estuvo tan cerca de ella que podía sentir el calor que emanaba de su cuerpo, estuvo a punto de rogarle que la tocara. '¿Será este mi castigo?', gritaba en su mente. ¿No iba a tocarla y liberar sus ansias?

Cuando Emma miró a los ojos al jeque con su cuerpo desnudo temblando a unos centímetros de él, el corazón se le derritió. Tenerlo tan cerca sin poder tocarlo era una tortura. Ahora se daba cuenta que lo que había hecho con el jeque Fahad era un error. Ella pertenecía a Nadeem. Y si pudiera volver atrás y volver a hacerlo todo de nuevo, se habría resistido a la vida de ensueño que le ofrecía Fahad hasta el final.

Cuando Nadeem finalmente tocó a Emma, su piel se estremeció haciendo que ronroneara como un gato. Los labios le temblaban, y aunque no estaba segura, sentía algo que era como un orgasmo. No podía estar segura porque también se sentía borracha, pero no podía recordar cómo. Y cuando él recorrió con su grueso dedo el espacio entre su pálido estómago hasta su pecho cubierto de encaje, se sintió preparada para lo que fuera que vendría a continuación.

"Quítate el sujetador," ordenó Fahad, haciendo que Emma estirara la mano hacia su espalda y abriera el cierre. La tela cayó al suelo entre ellos y ella lentamente volvió a mirar su rostro severo. Movi6 el dedo a las aureolas rosas de su centro. En respuesta, sintió su coño tensarse.

"Sobre la cama," dijo acuciando a Emma hacia las enormes sábanas de seda.

Sin saber qué hacer, se sentó mirándolo. Fahad se movió ágilmente hasta la mesa de noche y abrió el cajón. De él sacó dos trozos de tela. Uno parecía un pañuelo largo y el otro, una venda para los ojos. Emma tragó preguntándose qué haría con ellas.

No tuvo que preguntárselo mucho en cuanto vio a Nadeem sentarse en la cama con ella. Tras atarle la venda de satén negro alrededor de los ojos, la agarró por las pequeñas muñecas. Nadeem ató un extremo del pañuelo alrededor de su muñeca derecha y, pasando el pañuelo por detrás de ella, la ató de la muñeca izquierda. Cuando terminó, tenía los brazos abiertos, exponiéndola a un mundo desconocido. No tenía ni idea de qué esperar. Pero cuando sintió que salía de la cama, marcharse y volver, se preguntó qué ocurriría.

"¿Vas a volver a desobedecerme?" dijo Nadeem antes de que una sensación inesperada golpeará su cadera izquierda. Emma no sabía si gritar o llorar. Ni siquiera estaba segura de que le hubiera dolido. Pero le había sorprendido y su cuerpo había reaccionado con unos sentidos aumentados.

"No, amo."

"¿Lo harás?", preguntó de nuevo, y sintió de nuevo una docena de pequeñas cintas golpeando su piel parcialmente desnuda.

Emma abrió la boca con terror y lujuria. Se sentía tan fuera de control. No sabía qué hacer consigo misma. Quería decir cualquier cosa para hacer que parara. Pero al mismo tiempo, nunca antes había estado tan excitada.

"Mi cuerpo es tuyo, amo," dijo desistiendo. "Harás conmigo lo que tú desees."

Sus palabras representaron la última fracción de resistencia que ofrecía al poderoso jeque. Sabía que no podía resistirse a él. Él era todo lo que había querido siempre. Y atada y desnuda frente a él, estaba preparada para ofrecer su alma a cambio de sus poderosas caricias.

Al jeque sólo le llevó unos segundos agarrar sus bragas y quitárselas. De nuevo, Emma no sabía lo que vendría ahora. Pero escuchó su ropa crujir y la cama sacudirse, y supo que iba a ocurrir lo que había esperado. Y cuando sintió sus gruesos labios sobre los suyos, bebió de su aroma masculino dejando que empapara sus pulmones y que circulara por todo su cuerpo.

Lo siguiente fue su lengua. Separando los labios, sus lenguas bailaron, él empujando la suya y ambas tocándose en la punta. Era puro éxtasis. Y cuando por fin una de sus enormes manos agarró su pecho y lo estrujó como ya había hecho antes, estaba segura de que volvía a tener un orgasmo.

Pero ella quería más, mucho más. Y cuando él deslizó la mano hacia abajo a la carne hinchada entre sus piernas, lo consiguió. Con la punta de su dedo anular tocando el interior húmedo de su raja, Emma suspiró. No podía aguantar mucho más. Le necesitaba dentro de ella. Y las ansias que siguió le hizo retorcerse en las ataduras que la mantenían atada de manos. Se sentía tan indefensa. Sentir que él bajaba los labios hasta su endurecido pezón fue como una brisa refrescante.

Nadeem le mordisqueó el pezón. Emma abrió la boca de placer. Después, movió la mano desde su coño hinchado hasta su muslo, para abrirle las piernas. Su deseo se intensificaba. Y levantándole las rodillas y apretándolas contra su pecho, sintió la carne entre sus piernas rozar con la cintura de él. Poco después abandonaba su pezón y sintió el contacto de su

polla entre sus labios temblorosos.

Cuando la gruesa polla del jeque se abrió paso en un húmeda abertura, Emma dejó escapar un chillido. Inhaló, pero no podía soltar el aire. Y a medida que sus embestidas se volvieron más profundas y más rápidas, tuvo que luchar por respirar sabiendo que otro orgasmo se acercaba inminentemente.

Emma gimió más fuerte. Con cada expresión de placer, más fuerte se volvía. Y sin poder tocarlo, e incapaz de moverse más allá de unos ligeros giros con las caderas, su alma suplicaba más. Cuando habló de nuevo exigiendo su devoción eterna, ella le complacía deseosa.

"¿Quién soy yo?" preguntó.

"Mi amo," dijo acercándose al orgasmo.

"Tu cuerpo me pertenece. ¿Lo entiendes?"

"Sí, amo."

"¿Volverás a desobedecerme de nuevo?"

El cuerpo de Emma se estremecía con chispas de electricidad que viajaban desde los dedos de sus pies hasta sus caderas, enviando cosquillas a la carne que rodeaba su polla.

"No, amo," dijo a punto de dejarse ir.

Nadeem agarró de nuevo sus pechos, y fue suficiente para hacer que cayera en espiral a una cascada de orgasmos. Durante segundos, su cuerpo se contrajo y perdió el control.

Una ola de emoción la recorrió. Él no se detuvo. Y cuando el jeque apretó las manos que envolvían su cuerpo y dejó que un gemido se escapara de entre sus labios, Emma sintió que volvía a irse al saber que su jeque dorado había encontrado placer en su figura de porcelana.

Agotado, el jeque se derrumbó sobre ella. Tomándola por el lateral de su rostro, la besó brevemente en los labios. Aquel era un momento de ternura muy inusual en él, y en ese instante Emma estaba segura de que ella significaba más para él de lo que él nunca reconocería. Deseó liberarse de las ataduras para que él pudiera abrazarla. Pero en lugar de ello, él se separó de ella y se levantó, soltando los nudos.

Finalmente libre, Emma se llevó dudosa las manos a la cara y se tocó la venda. Soltándola, no estaba preparada para lo que encontró. Mirando a los pies de la cama, vio al jeque Nadeem subiéndose los pantalones para cubrirse su culo firme y desnudo. Pero a la izquierda, aún vestido como estaba hacía una hora, estaba el jeque Fahad con la boca abierta.

El jeque Fahad lo había visto y oído todo. Emma estaba segura de ello. Desnuda frente a los dos jeques, Emma no sabía que estaba ocurriendo. Y lo que sucedió a continuación no se acercaba a nada que Emma hubiera podido imaginar.

Capítulo 3

Emma se movió para cubrirse el cuerpo desnudo cuando el jeque Fahad la miraba tumbada sobre la cama. Tenía la boca abierta y en su rostro brillaba la decepción. Al dirigir su atención al jeque Nadeem se dio cuenta de que aún no la miraba. En ese momento se sintió muy sola.

¿Había sido esto algún tipo de venganza descabellada por parte del jeque Nadeem? ¿La había seducido sólo para vengarse de Fahad? ¿Había sido todo esto lo que Fahad había sugerido, el juego de un niño?

Emma agarró la sábana y cubrió su cuerpo desnudo de porcelana. Quería huir, pero al mismo tiempo era incapaz de moverse. Su vestido estaba a los pies de Fahad y si lo recogía, no tendría a dónde ir. Estaba en la planta alta

de un hotel de lujo en Abu Dhabi. Todas sus pertenencias se encontraban en el palacio del jeque Fahad y estaba segura de que no sería bienvenida allí.

No, Emma estaba atrapada. No tenía a dónde correr y no podía hacer nada por escapar de sus dos poderosos hombres. Todo lo que podía hacer era girar la cabeza y esperar poder salir de allí con la cabeza aún sobre el cuerpo. La idea de que la decapitaran era una locura, pero Emma no estaba segura de lo era real y lo que no en este mundo en el que los jeques hacían realidad hasta la más pequeña de sus fantasías.

En un tono hostil poco característico, el jeque Fahad gritó a Nadeem. Emma en seguida se giró hacia el hombre esperando entender lo que estaban diciendo. Hablaban en lo que parecía ser árabe y ninguno de los dos estaba contento.

Totalmente vestido de nuevo, Nadeem se acercó a Fahad con una violenta furia. Su primer y último amante la señaló en un tono encubierto. Nadeem parecía una bestia enjaulada a punto de explotar. Emma no podía creer que pudieran expresar tanta pasión por ella. Después de todo, ¿quién era ella más que una joven americana en la que habían puesto los ojos dos de los solteros millonarios más deseados del mundo?

Emma nunca había imaginado que sus vacaciones exóticas en Dubai iban a convertirse en algo así. Se habría acostumbrado a la increíble belleza del desierto y a la fascinante cultura que había llamado su atención durante más tiempo del que podía recordar. Pero ahora era como una doncella de "Las mil y una noches". En la historia, ella era la chica que no sabía que era una princesa, mientras sus pretendientes a príncipe se peleaban por ella.

La discusión de los hombres terminó de forma abrupta con ambos mirándola fijamente. Emma se marchitó bajo sus miradas. Los dos hombres era muy fuertes y cada uno ejercía un poder sobre ella que la dejaba a merced de sus deseos. Emma no podía adivinar lo que pasaría a continuación, pero intentó prepararse para cualquier cosa.

El jeque Fahad habló primero. "Hemos decidido," dijo en un tono firme. "Te concedemos el poder de elegir tu propio destino. Cada uno pasará una noche contigo. Al final de esa noche, deberás decidir. Y después de esa noche serás suyo y entonces él podrá hacer contigo lo que desee."

Emma estaba impactada de que Fahad hubiera dicho eso. '¿Iban a competir por su propiedad?' ¿Quiénes pensaban esos hombres que eran? ¿Cómo podían atreverse a suponer que podían pasársela de aquella forma?

Emma estaba a punto de objetar cuando Nadeem habló. "Sin embargo,

no podremos hacer el amor durante nuestra noche contigo. ”

Emma se detuvo al oír las palabras de Nadeem. Sintió que el corazón se le hundía. Pensó por un momento de que pronto, pasara lo que pasara, no podría volver a estar de nuevo con uno de sus dos jeques. Fue entonces cuando se dio cuenta de que si protestaba, podía acabar no estando nunca de nuevo con ninguno de sus jeques.

Pensar en ello hizo que le doliera el corazón. Las lágrimas inundaron sus ojos. No podía soportar la idea de no volver a ver a ninguno de sus hombres de nuevo, y ese fue el momento en el que habló. “De acuerdo,” dijo de golpe, sorprendiéndose a si misma.

Fahad se giró hacia Nadeem y habló con él de nuevo en árabe. Nadeem contestó con palabras sueltas y en un momento habían llegado a un acuerdo. Fahad se dirigió de nuevo a Emma.

“Hoy te quedarás aquí. Mañana a las 6 de la tarde empezará nuestro tiempo juntos. Tendré hasta media noche y luego te traeré de nuevo aquí. Luego, a las 6 de la tarde siguiente, Nadeem tendrá sus seis horas.”

Nada de esto le pareció bien a Emma. Esto iba en contra de todos sus valores americanos. Ella no era un premio que pudiera ganarse. Pero por otro lado, pensó en lo que ella ganaría a cambio. Ganaría un tipo de vida que excedía cualquier cosa que pudiera haber imaginado de niña. De una forma u otra, su vida sería como de cuento. Y en él, ella sería la princesa.

“Entiendo,” dijo Emma girándose hacia Nadeem, quien ya miraba para otro lado.

Los dos hombres salieron de la habitación sin dirigirle la palabra.

‘¿Pero en qué me he metido?’, pensó. De nuevo, consideró huir. Pero, ¿a dónde iría y qué esperaba ganar de su huida? ¿Pensaba retener a los dos hombres marchándose? Sabía que no podía hacerlo. En lugar de ello, se estiró sobre la cama pensando en su tiempo con cada uno de ellos.

Emma apenas pudo dormir aquella noche. Cerca de la una de la mañana empezó a inquietarse, preguntándose si tendría que quedarse en la habitación hasta las 6 de la tarde. Sabía que ninguno de ellos había dicho que tuviera que hacerlo, así que pensó si se encontraría a Nadeem fuera de la puerta de su habitación. Después de todo, ¿aquel era su apartamento, verdad? Y si se lo encontraba, ¿la castigaría como había hecho unas horas antes?

Emma salió de la cama aún desnuda. Se acercó a los ventanales y a la puerta corredera de cristal. Se sentó frente a ellas y miró hacia Abu Dhabi. El suyo era el edificio más alto de la ciudad. Se sintió como una emperatriz

observando todo su reino.

Se rozó ligeramente un lado de la pierna con la mano y sintió un pequeño cosquilleo por todo su cuerpo. Se preguntó si había alguien mirándola. Pensó en si podrían verla con la oscuridad de la habitación. Imaginando que nadie podía verla, llevó la mano a la carne protuberante que se hinchaba entre sus piernas. Deslizó su pequeño dedo dentro de la carne y dejó escapar un gemido.

Emma pensó en abrir la puerta y salir al balcón. ¿Quién podría verla entonces? Su balcón estaba a la vista desde la calle y si alguien podía ver tan alto, al menos sus pechos desnudos serían visibles.

Sin embargo, no se atrevió. Nunca podría ser tan atrevida. En su lugar, se dirigió a la puerta de su habitación. No sabía a quién podría encontrarse tras la puerta, pero si era a Nadeem, sabía que no se detendría si él tuviera la necesidad de romper un poco las reglas. Emma estaba totalmente excitada y desnuda. Necesitaba que alguien la tocara.

Emma empujó la pesada puerta de madera oscura y observó los charcos de luz cálida que brillaban desde el techo. Se colocó en el charco más cercano y los tonos amarillos hicieron que su piel de alabastro brillara. Sus líneas femeninas produjeron una sombra a sus pies. El corazón le latía acelerado al preguntarse quién la vería.

Se fue moviendo de un charco de luz a otro, examinando la habitación mientras lo hacía. El elegante espacio estaba silencioso. Y por mucho que esperaba ser recibida por un jeque excitado, o incluso por un nervioso guardaespaldas, no encontró a nadie. Y al encontrar todas las habitaciones en las que entró vacías, volvió al salón y se derramó sobre el suave sofá de lujo.

Sintiendo el suave ante de color claro acariciando su espalda, abrió las piernas y dejó que sus dedos bailaran alrededor de su hambrienta apertura. Cerró los ojos y relajó el cuerpo, pensando primero en Nadeem y luego en Faha. Y al perder rápidamente los pensamientos sobre ellos, pensó en salir al balcón desnuda, dejando así que todos los que estuvieran mirando pudieran ver su cuerpo deseoso a través de la barandilla de cristal.

Su respiración se aceleraba a medida que el calor entre sus piernas incrementaba. Encontrando su clítoris, sintió sus caderas temblar con el estremecimiento de sus carnes por la excitación. Moviendo el dedo arriba y abajo, inspiró profundamente al notar que sus pensamientos caían en avalancha hacia un orgasmo que le dejó sin aliento.

Sentía que su cuerpo estaba vivo. La sensación del ante en el culo

desnudo hacía sonreír todo su cuerpo. Y girándose sobre el sofá, se sintió eufórica.

Emma luchó por respirar al sentir una ola de electricidad atravesándola. Le encantó. Sintiendo cómo la sensación desaparecía, deseó haber tenido a alguno de sus jeques allí para abrazarlo. Pero no los tenía, así que en su lugar se giró y apretó la nariz contra el enorme cojín trasero del sofá.

Inhalando profundamente encontró un débil aroma de Nadeem. Era como un regalo del cielo. Dejando que los recuerdos de él la invadieran, colocó una pierna alrededor de cojín y lo apretó para tomar todo su olor hasta que se quedó dormida.

A la mañana siguiente, Emma se despertó con el sonido de alguien entrando en el apartamento. Despejando rápidamente la cabeza, se dio cuenta de que seguía desnuda y se giró rápidamente para ver quién era. ¿Sería Nadeem? ¿Sería Fahad? Ninguno de los dos. Era el cocinero. Y al no darle tiempo de correr al dormitorio, se quedó allí mientras él apartaba los ojos y le ofrecía educadamente los buenos días.

Viendo cómo se dirigía a la cocina, se preguntó quién más la habría visto durmiendo. Sin la valentía de la noche anterior, hizo lo posible por ocultar su cuerpo mientras miraba a su alrededor. No había nadie a la vista, así que se levantó del sillón y se escapó al dormitorio. Al entrar encontró un juego de ropa limpia sobre la cama.

Alguien más la había visto dormir desnuda. Aquellos que trabajaban en el apartamento parecían funcionar con el mismo nivel de discreción que los del palacio de Fahad. Emma consideró entonces todas las indiscreciones de las que podrían haber sido testigos durante años. Aunque estaba segura de que su cuerpo desnudo en el sofá no era nada en comparación, se sintió un poco avergonzada ante la luz del día.

Con toda su ropa, desde bragas a zapatos tirados frente a ella, Emma pensó que sería un buen momento para tomar un baño. Cruzando la enorme habitación hacia el baño, se sintió un poco avergonzada aunque aún evitaba la puerta de cristal corredera. Pensó en cómo había querido exponer su cuerpo desnudo al mundo la noche anterior. Ahora no podía imaginar por qué habría querido algo así.

Emma se sentó cómodamente en el lateral de la bañera de mármol esperando a que el baño se llenara. Entrando, dejó que los chorros le

masajearan la espalda. Era exquisito. Y rodeada de burbujas crecientes por las sales de baño, pensó en Fahad y en lo que habría planeado para aquella noche.

No importaba lo que Emma se hubiera imaginado, no fue nada en comparación con lo que ocurrió. Disfrutó del desayuno y más tarde del almuerzo, y a las cuatro de la tarde comenzó a prepararse para su cita de las seis. De nuevo se encontró la ropa preparada para ella y el elegante vestido no le sorprendió, teniendo en cuenta cómo habían pasado su tiempo juntos.

A las seis en punto, el jeque Fahad apareció en el salón del apartamento y Emma, con la ayuda del ya conocido estilista del palacio de Fahad, tenía un aspecto exquisito. Tenía el cabello oscuro peinado hacia atrás en un moño que acentuaba el estilizado cuello que ni siquiera sabía que tenía. Y con aspecto de modelo de revista, cruzó la habitación tomando al jeque Fahad del brazo.

En lugar de bajar en el ascensor, subieron. Saliendo hacia el tejado, se dirigieron a un helicóptero que les llevó hasta el aeropuerto. Una vez allí, se subieron a un jet y cruzaron el Golfo pérsico hasta Doha, en Catar. Y allí, tomaron otro helicóptero hasta el helipuerto junto al Museo de Arte Islámico de Doha.

Emma pensó que pasarían la noche explorando algunas de las piezas de arte más bonitas del arte islámico, pero tenía razón sólo en una parte. Su primer destino, sin embargo, era Idam, un restaurante que Fahad le había descrito como el más exquisito de todo Catar.

Lo que comieron había sido inigualable. Habían comenzado con cócteles. Les habían servido la bebida en una copa de martini que se enfriaba con otra copa llena de hielo que la envolvía. Emma movió la combinación de copas en sus manos y no podía hacerse una idea de cómo estaban unidas. Era como si las dos copas se hubieran creado juntas con el hielo ya dentro. Parecía imposible, ¿pero cómo si no podría explicarse?

Después de una copa en el bar, pasaron a su mesa. Estaba frente a una pared de dos alturas de ventanales con vistas al golfo.

De entrantes tomaron un corte de pulpo. De primero, Emma tomó la langosta azul asada. Y el postre había sido un plato de chocolate que consistía en un jugoso bizcocho de chocolate con salsa de caramelo.

Aunque el postre era más que eso. El bizcocho y la salsa estaban dentro por una cubierta de chocolate duro que tenía pequeños agujeros redondos cortados. La salsa estaba caliente y por los agujeros se liberaba un vapor que llevaba consigo el aroma del chocolate derretido. Todo aquello era

la guinda a la mejor cena que Emma había comido en su vida.

Cuando terminaron, Emma caminó del brazo del jeque Fahad, que la acompañó por todo el museo explicándole el origen de cada una de las piezas de arte destacadas. De nuevo, el jeque Fahad era el benefactor del museo. Y entre copas, comida exquisita, y arte increíble, la cabeza de Emma daba vueltas.

Al final de la noche miró al jeque Fahad a los ojos rogándole que la besara. Quería que la tomara allí mismo, en la entrada del museo. Ellos haciendo el amor sería una obra de arte comparable a las que colgaban de las paredes.

No lo hicieron. Fahad estaba cumpliendo las normas de su competición. Sin embargo, él iba definitivamente el primero en los puestos. Emma no podía imaginarse nada que pudiera superar la noche que había pasado con él. Y cuando tomaron de nuevo el helicóptero al jet, y luego otro helicóptero hasta el apartamento en Abu Dhabi, Emma desfallecía al pensar en pasar el resto de su vida con este hombre.

Se desvanecía de la pasión al pensar que sólo quedaba un día antes de que pudieran estar juntos. Luego, al dejarla en la puerta del apartamento de lujo, Emma se inclinó para besarle. Para su sorpresa, el jeque Fahad se resistió. Después de todo, era un caballero. Era un príncipe entre los hombres. Y Emma sabía que Nadeem no podría hacer nada para competir contra aquella noche. El corazón de Emma era de Fahad.

Sin embargo, lo que Emma no sabía era que Nadeem no iba detrás de su corazón. Él quería mucho más. Y lo que hizo para conseguirlo sorprendería a Emma tanto como iba a determinar el resto de su vida.

Capítulo 4

Emma se tumbó en la cama pensando en su cita con el jeque Fahad. La había llevado en jet a Doha y habían cenado en un museo increíble. Había probado comida que no se habría imaginado antes de haberla visto. Y podría haberlo declarado ganador si hubiera podido. Pero aquellas no eran las reglas.

Las reglas de la competición que los dos jeques habían acordado era que saldría con cada uno durante seis horas en noches consecutivas. No habría sexo, y después Emma tendría que decidir quién sería su amo. No habían empleado ese término, pero Emma sabía lo que querían decir. Ella sería de

uno de los dos. Y por mucho que aquello supusiera un conflicto para sus valores americanos, una parte de ella estaba excitada con todo aquello.

Emma se giró para mirar por la puerta corredera de cristal del tamaño de la pared que llevaba al balcón. Era más de la una de la madrugada pero las luces de Abu Dhabi seguían brillando. Pensó en lo que estarían haciendo los jeques. Emma se preguntó si estarían pensando en ella.

Después de girarse otra vez, miró el reloj. Quedarse dormida iba a llevarle una eternidad. No había tenido mucha suerte de despertarse después de las 10 desde que había conocido a los jeques. El jeque Fahad la despertaba temprano cuando se quedaba con él. Y antes de eso, el jeque Nadeem la despertaba temprano para tener sexo. Le preocupaba pasar todo el día cansada si no se dormía pronto. Y aunque no pensaba que Nadeem tuviera oportunidad de mejorar la noche con Fahad, quería al menos darle una oportunidad justa.

Dejando que su mente diera vueltas a los pensamientos durante unas pocas horas más, al final Emma se quedó dormida. Soñó que el jeque Fahad venía y le hacía el amor. Era como los sueños que tenía antes de conocerlo en realidad. En él, Emma se encontraba con él desnuda, con su piel de porcelana cubierta sólo con sus mechones caoba. Y sin nada entre ella y su amante, él la abrazaba del cuello y la besaba.

Se mordió el labio en sueños. Mirándole a los ojos, se disculpó. Pero pareciendo aún más excitado con aquello, Fahad sonreía y la agarraba del culo y la levantaba en sus brazos. Emma lo abrazaba por el cuello y él la dejaba caer sobre su polla dura. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás de placer.

Emma gemía mientras él le hacía el amor de pie. Era grandioso. El sueño parecía igual que cuando estaba despierta. Y al igual que en la realidad, su orgasmo llegó en seguida y con una sensación psicodélica. No es que viera colores y formas, pero la cabeza le daba vueltas y se perdía como si estar con él fuera una experiencia espiritual.

Emma se despertó poco después. El sol entraba a raudales. Y girando el reloj, vio que eran las nueve de la mañana. Emma calculó un poco más de 6 horas de sueño. No estaba mal. Y si fuera necesario, se echaría una siesta antes de su noche con Nadeem. Se merecía al menos eso. Después de todo, esta sería probablemente la última noche que pasaría con él. Porque, en lo que respectaba a ella, la competición ya había concluido.

Se dirigió al baño y llenó la bañera. Se sentía muy relajada en el baño de agua caliente y espumosa. Nunca antes había estado tan relajada. Valorando que este era el primer día del resto de su vida, se recostó pensando en lo

afortunada que era.

Cuando se acercaron las 6 de la tarde, Emma se dirigió al dormitorio esperando encontrar un vestido para ella. No encontró nada. Tampoco había nadie esperando para peinarla y maquillarla. Emma no estaba demasiado arraigada en la vida real para entender lo detestables que eran sus expectativas. Pero al mismo tiempo, Emma no tenía nada más que ponerse salvo su ropa americana de viaje.

¿Había tenido Nadeem aquello en cuenta? ¿Encajaría en la élite con la que seguramente iban a encontrarse? ¿Es que Nadeem ni siquiera había pensado en eso? Sin duda, Fahad estaba en primer puesto en la competición. Y cuando Nadeem por fin se diera cuenta de que no tenía nada que ponerse, Emma pensó en negarse a cambiarse de ropa como castigo por no pensar en ella lo suficiente.

Treinta minutos antes de su cita, Emma abandonó los pensamientos de rebelión y se apresuró a encontrar algo que ponerse. Rebuscando en su bolso, que le habían enviado desde el palacio de Fahad el día anterior, encontró un par de vaqueros decentes y una blusa bonita. No sería apropiado para nada elegante, pero Nadeem nunca había sido nada parecido a un hombre elegante. Emma llevaba puesto algo similar el primer día que se habían visto, así que quizás sería lo suficientemente apropiado para esta noche.

Cuando llegaron las seis de la tarde y Nadeem no estaba esperándola en el vestíbulo, empezó a preocuparse. ¿Habría cambiado de opinión sobre ella? ¿Es que no le importaba en absoluto? Tras las seis se hicieron las seis y cuarto y luego las seis y media. Pronto cualquier sonido le hacía saltar en anticipación. Y cuando dieron las siete y Emma estaba segura de que la había dejado tirada, el timbre del ascensor sonó y se abrieron las puertas.

Emma se derrumbó al ver al jeque Nadeem entrando. Después de todo lo que se había dicho a si misma que le diría si finalmente aparecía, se había quedado sin palabras. La forma en que el ascensor arrojaba la luz sobre su rostro le hizo quedarse sin respiración. Parecía poderoso. Y con las manos cruzadas frente a él y una especie de tela roja doblada sobre su hombro, parecía imparable.

Nadeem se acercó a ella con seguridad. La intimidaba. Ella dio un paso atrás instintivamente. Tenía una ligera sonrisa malévolamente en el rostro y una mirada determinada en los ojos. Y así, recordó quién era su amo.

“Desnúdate,” ordenó Nadeem en un tono que no podía ignorarse.

El cuerpo de Emma se estremeció al ver que se acercaba a ella. Estaba

asustada. Ahora recordaba los pensamientos que le habían cruzado la mente. Y en un momento, se preocupó de que él también los supiera. Nunca tendría que haber cuestionado su autoridad sobre ella. Ella le pertenecía. Y en sus manos fuertes, se amoldaría para satisfacer sus deseos.

Sin decir una palabra, Emma se agarró la blusa. Continuó dando pasos hacia atrás mientras él se aproximaba. Y quitándose la blusa por la cabeza, se encontró de nuevo en el dormitorio. ¿Iba Nadeem a incumplir las normas y a tomar su cuerpo? Se sacudió pensando en ello. ¿Iba ella a intentar detenerlo? ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Por una norma absurda de una competición que ella no había creado? Emma se abrió los botones de los vaqueros, eliminando cualquier idea de rebelión.

Cuando Emma se quedó en ropa interior frente a Nadeem, se preguntó si eso era a lo que se refería. No lo era, y la corrigió rápidamente.

“Todo,” ordenó. Y en un momento estaba desnuda de pie frente a su Nadeem, que iba maravillosamente vestido.

El jeque se acercó a Emma como un depredador valorando a su presa. La rodeó mientras la pequeña chica temblaba. Se sintió increíblemente avergonzada, no por su aspecto, sino por lo que él pudiera pensar de ella. ¿Estaría de acuerdo en cómo estaba colocada y a dónde miraba? Ella sólo quería complacerle. Y supo que si lo hacía, se le recompensaría con placer.

“Afuera,” empezó a decir. “Ahora.”

Emma se quedó con la boca abierta, y miró a sus ojos intensos. Emma sabía que le había oído perfectamente, así que no iba a pedirle que lo repitiera. Eso significaba que la única pregunta de Emma era si iba a obedecer o no.

El calor se disparó por todo su cuerpo. Estaba aterrorizada. ¿Qué ocurriría? Estaba desnuda. ¿Quién podría verla? ¿Qué le iba a hacer?

Emma podía sentir el latido de su corazón en los oídos. Se estremeció con miedo. Pero incluso cuando su cuerpo se enrojeció completamente, se preguntó si podría tener el valor de moverse. Y cuando él ordenó de nuevo, “¡Hazlo!”, descubrió sus piernas moviéndose, desconectadas de su cuerpo.

De pie frente a las puertas de cristal, se detuvo. No estaba segura de que pudiera levantar los brazos para abrirlas. No tuvo que hacerlo. Estirando la mano junto a ella y rozando sus pechos al hacerlo, agarró el tirador y deslizó la puerta hacia un lado.

La noche de Abu Dhabi golpeó a Emma como un camión. En un instante escuchó el sonido del tráfico y sintió el aire caliente del desierto.

Podía oír a una pareja riéndose en el balcón un par de plantas más abajo. Y en el balcón del edificio frente a ellos, oyó el bullicio de una fiesta.

La noche estaba viva y ella estaba mirándola fijamente. Pero cuando sintió el aliento de Nadeem en la oreja, inmediatamente dio un paso atrás. Ella y la noche ahora eran uno.

Saliendo al balcón, pensó en toda la gente que podría verla a través de la barandilla de cristal. Esta vez, la luz del dormitorio estaba encendida. Era visible para cualquiera que simplemente se girara hacia donde estaba ella y mirara. La posibilidad la excitaba tanto como la aterrizzaba. Pero lo que más le excitaba de todo aquello era que había demostrado a Nadeem que era valiente. Podía hacer cualquier cosa que le ordenara.

Quizás Emma lo había pensado demasiado rápido porque fue entonces cuando Nadeem la tocó por primera vez. La agarró de la muñeca derecha, y tomando la primera capa de tela de su hombro, se la ató alrededor.

‘¿Qué está haciendo?’, pensó.

Su pregunta obtuvo respuesta cuando ató su otra mano al otro extremo de la tela carmesí y esta al final de la barandilla. Sin embargo, no se detuvo ahí. Entonces retiró la segunda tela de su hombro y se la ató a la otra muñeca. Y dándole suficiente distancia de cuerda como para tocarse las puntas de los dedos pero no para desatarse, ató el otro extremo al lado contrario de la barandilla.

Emma forcejeó con las ataduras sin aliento. No podía ir a ninguna parte, ni esconderse. Estaba desnuda frente a todo Abu Dhabi. Y sintiendo cómo acariciaba suavemente el lateral de su muslo, se estremeció con un sorprendente gozo.

Fue entonces cuando todo se precipitó en el interior de Emma. Necesitaba que la tomara. El aire caliente había incendiado su cuerpo, y sus caricias suaves eran lo único que podía apagarlo. Movi6 la cadera hacia su dedo y desfalleció cuando él retiró la mano.

Ahora era doloroso que no la tocara. Lo anhelaba con dolor. Y cuando su dedo volvió a la abertura suave de su lado, la sensación disparó un temblor a través de ella que casi la dejó inconsciente. Así, cuando frotó el dedo contra la piel anhelante de su pecho, su cuello flaqueó incontrolablemente.

Las lágrimas que se deslizaban por las mejillas de Emma no eran voluntarias. No eran de tristeza ni de miedo. Eran de pura excitación. Sus músculos se contraían como epilépticos y las lágrimas eran otra reacción más que no podía contener.

Cuando tras dibujar una línea alrededor de su pezón y hacia su estómago, meter el dedo dentro de su ombligo y pasarlos por los suaves vellos de su ingle, y terminó por caer entre la carne hinchada de sus labios, ella se retorció de gozo. Estaba teniendo un orgasmo. Y cuando él volvió a presionar tocándole el clítoris, sintió espasmos de nuevo en su sexo.

“¡Oh, oh!” , gimió cuando sus piernas amenazaron temblando como gelatina.

Tiró de un brazo y luego del otro. No estaba segura de si estaba fingiendo su necesidad de escapar o no. Lo que sabía es que tenía que resistirse a él. Incluso si no tenía sentido, tenía que luchar con él o iba a derretirse como un charco en el suelo. Su resistencia era lo único que la mantenía entera al calor de sus caricias.

Fue en ese momento cuando Emma sintió todo el peso del cuerpo de Nadeem golpear contra su espalda. Esto lo acompañó una inspiración repentina y su cuerpo golpeando contra la barandilla. Volvió a la realidad cuando la imagen de si misma cayendo cruzó su mente.

‘¿Qué está ocurriendo?’ , se preguntó antes de luchar para girar el cuerpo. ‘¿Jeque Fahad! ¿Pero qué está haciendo?’ pensó demasiado rápido como para hablar.

“¡Venga!” , ordenó Fahad mientras Nadeem luchaba por respirar en el suelo. Fahad le había soltado un golpe en el estómago. Y mientras Nadeem recuperaba la respiración, Fahad desató las muñecas de Emma y la agarró del brazo, llevándosela hacia dentro. “Nos marchamos de aquí.”

Tropezando con sus propios pies, Emma apenas podía entender lo que estaba ocurriendo. ¿Había visto Fahad lo que Nadeem estaba haciendo y había venido a rescatarla? ¿Estaba celoso? ¿Tenía miedo de perderla? Emma era incapaz de saberlo. Pero cuando Fahad recogió su ropa y se la lanzó sobre ella, no tuvo más remedio que hacer lo que ordenaba.

Apresurándose para ponerse la ropa, Fahad la miraba fijamente. Emma nunca se había sentido juzgada antes, pero ahora lo sentía. Fahad estaba enfadado, y la forma en que lo controlaba la hacía sentir miedo de verdad por primera vez.

Fue entonces cuando Emma levantó la cabeza. Vio lo que ocurría sin que Fahad se diera cuenta. Nadeem había salido de la nada. De un salto, se abalanzó sobre el pecho de Fahad y ambos cayeron al suelo. Aprovechando la desorientación de su oponente, Nadeem golpeó a Fahad en la cara. Los impactos eran brutales. Y cuando los ojos de Fahad se vidriaron, Nadeem se

levantó y se colocó a un lado.

Estaba claro que Nadeem no había terminado. Quitándose la chaqueta y desabrochándose la camisa, respiraba aceleradamente mientras esperaba a que Fahad se levantara. Mirando cómo Fahad volvía a ponerse de pie, Nadeem le gritó. Quería que Emma entendiera lo que estaba haciendo en su propio idioma.

“Nunca tendría que haber aceptado participar en tu juego. Vamos a arreglar esto aquí y ahora por última vez. Ella me pertenece y tendrás que pasar por encima de mi cadáver para que renuncie a ella.”

“Si es así como lo quieres,” aceptó Fahad quitándose la camisa, “Estaré encantado de que se haga tu VOLUNTAD.”

En su última palabra, Fahad atacó de nuevo a Nadeem. Una vez más, Nadeem no estaba preparado pensando que Fahad iba a quitarse la camisa. Pero su oponente no esperó. El elemento de sorpresa aterrizó con el puño de Fahad sobre la mejilla de Nadeem. Y tropezando hacia atrás, Fahad le siguió golpeando.

Nadeem no se rendiría tan fácilmente. Reconponiéndose, Nadeem se convirtió en un animal. Bloqueando un golpe, Nadeem se deslizó y lanzó un puñetazo con el puño derecho al hombre en el estómago. Fahad se tambaleó.

El cuerpo musculado de Nadeem se sacudía con los movimientos. Atacaba como una bestia. Lanzaba golpes uno detrás de otro, aunque Fahad no caía.

Usando su cuerpo como un ariete, Fahad corrió hacia él. Nadeem cayó hacia atrás. Atrapado al borde de la puerta corredera abierta, Fahad agarró a Nadeem por la barbilla y le empujó hacia atrás. Cayendo en el balcón, Nadeem quedó atrapado contra la barandilla.

Fahad no tenía clemencia. Luchando por agarrar mejor el pecho de Nadeem, Fahad intentaba tirarlo. Quería matarlo. Fahad luchaba por enviar a Nadeem a su muerte mientras Nadeem luchaba por su vida.

Nadeem se inclinaba hacia atrás cada vez más. La mitad de su cuerpo estaba sobre la barandilla. Los zapatos se le estaban deslizando. Era inevitable. Era así como acabaría. Fahad iba a matar a Nadeem. Hasta que Emma intervino.

Sin siquiera pensarlo, Emma agarró la lámpara de lectura y con ella golpeó a Fahad en la cabeza. Fahad liberó a Nadeem y cayó a un lado. Dirigiendo su furia contra Emma, se abalanzó contra ella, pero fallando.

Fahad cayó hacia atrás y volvió a levantarse. Estaba lívido. Se sentía

traicionado. Y sabiendo que sería más fácil matarla a ella que a Nadeem, agarró a Emma buscando terminar con aquello de una vez por todas.

Fahad la agarró del brazo a ciegas. Colocándose sobre ella, echó el puño hacia atrás. Y a punto de golpearla con toda su fuerza, lo único que pudo salvarla fue el hombre a quien ella había salvado.

Deteniendo su puño en el aire, Nadeem se abalanzó sobre Fahad y lo lanzó a un lado. Por primera vez era una pelea justa, y en ese contexto, Nadeem era un animal.

Nadeem no perdió el tiempo para golpear a Fahad. Lanzaba un puñetazo tras otro, dejándolo aturdido. En el rostro, en el pecho, en la barbilla, nada quedaba a salvo de la furia de Nadeem. Y cuando Fahad dejó de moverse, y Nadeem estuvo seguro de que Fahad no volvería a levantarse, le lanzó un golpe final que habrían hecho que el cerebro de Fahad repicara como una campana.

Nadeem se encorvó sobre Fahad blandiendo la victoria. Inspiró, y su pecho musculado se expandió y se contrajo como una aspiradora. Absorbiendo el aroma de un verdadero macho alfa, Emma miró sus ojos salvajes y le invitó a que la tomara.

Nadeem no perdió el tiempo en complacerla. Con los cortes de su estómago en plena exhibición y sus pantalones de vestir completamente destrozados, se levantó y fue hacia ella.

Sus labios se fundieron con autoridad. Tomándola de parte trasera del cuello, la controlaba como una muñeca. Deslizándola sobre la cama, la recorrió con violencia. Estando ya desnuda, levantó las caderas buscando su polla.

Nadeem la tenía dura, de una forma increíble. Ni siquiera se molestó en quitarse los pantalones. Sólo agarró la tela y la rajó. Su polla saltó, por fin liberada. Y hambriento por su coño húmedo, le agarró el muslo y se lo apretó contra el pecho.

Nadeem penetró a Emma con fervor. Ella no estaba preparada, y chilló. Pero él no se detuvo. La folló, partiéndola a la mitad. Y embistiendo su coño con cada vez más fuerza, hizo que Emma bramara con un prolongado grito de euforia.

A Emma le llegó el orgasmo como una avalancha. No podía pararlo, ni podía respirar. Cuando más duraba, más luchaba por aire. Estaba desfallecida y él no había terminado aún. Estaba segura de que no iba a sobrevivir. Y justo cuando su visión se emborronó con el placer orgásmico, Nadeem gimio y se

corrió dentro de ella como una manguera.

Por un momento, sus placeres se convirtieron en uno. Emma chillaba, Nadeem gemía, encontrándose a sí mismos en las partes perdidas del otro. Habían conectado de una forma que nunca podría separarles. Nadeem era de verdad su jeque.

Aún gimiendo a viva voz, sus embestidas se detuvieron. Su polla temblaba a medida que el orgasmo de Emma se desvanecía. Durante aquello, se había dado cuenta que se había hecho pis. O quizás no, pero fuera lo que fuera hacía que estuviera goteando. Y cada vez que la considerable polla de Nadeem reculaba, algo salía chorreando de ella. No podía evitarlo. Era una esclava de los deseos de Nadeem. Aunque aquella vez podría decirse que Nadeem también había sido esclavo de los suyos.

A pesar de estar exhausto, Nadeem no la sacó de Emma. Colocando la parte trasera de sus muslos contra su pecho, se deslizó hacia delante sin dejar escapar ni una gota de sus jugos. Le costó un momento entenderlo, pero Emma supo lo que estaba haciendo. Intentaba dejarla embarazada intencionadamente.

Ella se daba cuenta ahora de que había intentado hacer aquello antes. Y quizás lo habría conseguido. No lo sabía. Pero tanto la última vez como esta habían sido cuando ella estaba en su momento más fértil. Había tenido la regla mientras estaba con Fahad, pero ahora no quedaría duda.

Sintiendo cómo su corazón se derramaba por Nadeem, Emma no hizo un esfuerzo por moverse. Ella deseaba aquello. Y si ocurría lo consideraría un milagro. Criaría al bebé en su palacio de Dubai. Y juntos serían una familia.

Por mucho que Emma se quedó allí fantaseando acerca de ello, no resultó ser así. Nadeem se tumbó sobre sus caderas levantadas durante veinte minutos. Después de eso, se levantó y dio instrucciones a Emma de hacer lo mismo. Ordenó que la vistieran. Y para cuando Fahad estaba haciendo gestos aturrido desde el suelo, Emma ya había hecho las maletas y se dirigía hacia el ascensor.

Con muy pocas palabras después de aquello, Nadeem llevó a Emma al aeropuerto y la vio subirse a un avión. Había comprado un billete de primera clase para la vuelta a casa y se aseguró de que no hubiera ninguna escala.

Emma estaba desesperada por saber por qué la estaba enviando de vuelta, pero no preguntó. Estaba segura de que la estaba protegiendo. Tal vez de Fahad o quizás de alguna otra persona. Lo que era seguro, era que la enviaba con su regalo más valioso. Y por haberle dado el derecho cuando lo eligió a él antes que a Fahad, de alguna manera estaba en paz con su nuevo

destino.

Emma se convertiría en la madre de un príncipe saudí. Ella lo deseaba. Y lo más importante, tendría una parte de su jeque Nadeem, la parte más importante. Cada vez que pensara en su jeque en el futuro, tendría su precioso regalo para recordar la conexión que tenían.

A diferencia de la última vez, esta vez Emma llegó a casa sin incidentes. Al comprobar el teléfono en casa, encontró mensajes de su madre. Estaba desesperada. Se suponía que Emma debía haber llegado a casa un mes antes. Emma se sintió mal por no haberla llamado, pero pensó en compensárselo pasando más tiempo con ella.

Sólo unas pocas semanas después, Emma confirmó que estaba embarazada. En su corazón, estaba segura de que el bebé era de Nadeem, aunque la fecha siempre le hizo dudar. Optó por no entrar en detalles cuando le habló a su madre sobre el padre, en lugar de esperar hasta después del nacimiento del bebé. Mientras tanto, vivía gracias a las grandes sumas de dinero que aparecían en su cuenta cada mes. Estaba segura de que eran un regalo de Nadeem.

¿La amaba realmente el jeque Nadeem? Tenía que quererla. ¿La había elegido? ¿La amaría aún si el bebé resultara ser de Fahad? Sólo pensarlo le producía escalofríos. Y decidiendo que la negación sería un estado emocional más saludable para el embarazo, sacó aquella posibilidad de sus pensamientos y en su lugar vio cómo crecía su vientre.

Emma dio a luz al hijo de un jeque cuando llegó el momento. Sin embargo, con su bebé recién nacido en sus brazos, supo que el momento con sus dos jeques aún no había terminado. Pronto uno de ellos vendría a reclamar a su primer hijo. Y cuando ese momento llegara, ¿qué iba a hacer?

Emma entonces no lo sabía, pero su destino era inevitable. Sus acciones determinarían el curso del futuro de una nación, y sus insaciables deseos sexuales derrocarían a una dinastía. Era sólo cuestión de tiempo.

Fin.

Emparejada con el Jeque

Carla Westmoreland pensaba en que había sido otro día con éxito cuando apagó el ordenador y se dirigió a casa. Le encantaba la satisfacción de hacer bien su trabajo y de proporcionar felicidad a la gente durante el proceso.

Cuando estaba apagando el ordenador, el teléfono sonó. Lo miró, se lo pensó, y luego decidió contestar antes de tener que escuchar el mensaje por la mañana.

“Pareja perfecta, Carla al habla,” dijo, tomando un bolígrafo con el que jugar, mientras dudaba de que en realidad tuviera algo que anotar. Alrededor de la mitad de las llamadas eran “números equivocados” de personas que estaban nerviosas por usar un servicio de búsqueda de pareja.

“¿Puedo hablar con la señorita Westmoreland? Si está disponible,” contestó una voz masculina.

“Yo soy la señorita Westmoreland,” respondió. “¿En qué puedo ayudarle?”

“Señorita Westmoreland, tengo una petición especial para sus servicios. ¿Está disponible esta tarde para encontrarnos y hablar sobre lo que necesitamos?”

“Desde luego,” contestó Carla. No era extraño que un posible cliente quisiera encontrarse con ella en algún lugar distinto de la oficina. Muchas personas parecían creer que utilizar un servicio de búsqueda de pareja significaba que de alguna forma estaban fallando en la vida. Una reunión inicial en una localización neutral les ayudaba a librarse de los nervios y las dudas. Ella se había vuelto una adepta a explicar que no había ningún fallo en estar demasiado ocupado para citas

Apuntó la dirección y la hora, asegurando al cliente que estaría allí en seguida. Después de colgar el teléfono, Carla abrió su planificadora y apuntó la nota como un recordatorio para más tarde. Estar atenta a los detalles era sólo una de las razones por las que sus servicios de búsqueda de pareja habían tenido tanto éxito.

Comprobó la dirección en línea. Para su sorpresa, se trataba de un edificio de oficinas cerca del centro de la ciudad. Por lo general los clientes nerviosos querían encontrarse en sitios neutrales, como restaurantes, bares o clubes. Sin embargo, algunos profesionales ocupados sí que le pedían que fuera a sus oficinas después de que los otros empleados se fueran a casa. Les ayudaba a sentirse más cómodos, pensaba ella, estar en los lugares en los que tenían control, incluso si aquellos lugares eran la causa por la que tenían tan poco tiempo para las citas tradicionales.

Carla cerró la oficina y salió. La tarde era agradable, y resultó más fácil de lo normal conseguir un taxi. Llegó al edificio con el tiempo justo, y cuando se entró en la recepción, fue recibida por un guarda uniformado en el mostrador.

“Tengo una cita con un caballero en la cuarta planta,” le dijo al guarda. El hombre asintió, dejando claro que la esperaba, y después de que hubiera firmado el libro de entradas, él le entregó una tarjeta de visitante. Se la puso en la solapa de la chaqueta, y el guarda la dirigió hacia los ascensores. Estaban bloqueados, pero los activó con una llave y la envió al cuarto piso.

Había esperado comprobar el listado de empresa en el directorio de la recepción pero no vio ninguna. Los ocupantes del edificio obviamente no recibían muchas visitas, o preferían revelar su presencia sólo a aquellos que necesitaran saberlo. Los guardas probablemente tenían acceso a un directorio.

En el ascensor, Carla sacó el espejo compacto del bolso y comprobó su maquillaje y cabello. Asintió con aprobación. La presentación era importante, especialmente con posibles clientes nerviosos. Llegar arreglada y bien vestida ayudaba a disminuir la tensión. El traje que llevaba había sido confeccionado a medida para favorecer sus curvas, y el azul oscuro ayudaba a que la gente la viera como sincera y competente.

Cuando las puertas se abrieron en la recepción del cuarto piso, Carla pestañeó con sorpresa. Parecía que toda la planta estaba controlada por el mismo negocio. La decoración era del estilo de Oriente Medio, con rojos y verdes que acentuaban la riqueza del mármol. Casi todas las paredes interiores eran de cristal, dando la impresión de un espacio amplio y diáfano.

Quizás se trata de un importador, pensó, mientras caminaba hacia la recepción vacía. Había pequeñas fuentes repartidas, y las telas de seda que colgaban se movían con brisas que ella no sentía. El efecto general era como el de un oasis del desierto, opulento aunque despejado. Estaba comenzando a preguntarse si debía sentarse a esperar o anunciar su llegada cuando una puerta se abrió.

El hombre que entró llevaba un traje caro y caminaba con aires de príncipe. La miró durante un momento cómo si le estuviera tomando las medidas, y luego gesticuló hacia la izquierda con la carpeta de piel que llevaba en las manos.

Ella caminó hacia una sala de reuniones con una mesa larga y alta en el medio. La habitación no tenía otro mobiliario excepto las sillas alrededor de la mesa. En el extremo contrario de la mesa esperaba una bandeja con una

garrafa de agua de cristal tallado, junto con un teléfono. Tomó un asiento en aquel extremo de la mesa.

Ella era muy consciente de que el hombre la estaba analizando con detenimiento. Colocó su planificadora sobre la mesa antes de sentarse, y luego puso el maletín en el suelo y colgó el bolso en el respaldo de la suave silla de piel.

Él la observó hasta que se sentó y luego tomó la silla que presidía la mesa. Dirigió la carpeta hacia abajo para señalar la bandeja. “¿Puedo ofrecerle agua u otra bebida?”, preguntó en una voz culta y sin acento.

“Agua está bien,” respondió. Él virtió el agua de la garrafa en una copa con movimientos lentos y tranquilos. Cuando levantó la copa para ofrecérsela, empleó ambas manos, apoyando el pie en la palma y sosteniendo el pie con la otra mano. Carla tomó la copa de forma extraña, no muy seguro de si debía tomarla por el pie, limpiándose los dedos en el proceso. Optó por tomar el cristal entre ambas manos, y mientras él la soltaba, parecía que había hecho la elección correcta.

Él no se sirvió agua para si mismo, y después de un sorbo de cortesía, colocó la copa en la mesa. Todo el encuentro le parecía formal y organizado. Sintió una punzada de nerviosismo, pero se libró de él y cruzó las manos sobre la planificadora.

“Entonces, ¿en qué puedo ayudarle?” le preguntó al ver que parecía satisfecho de estar sentado en silencio.

“Tenemos una necesidad especial,” contestó. “Requerimos lo mejor, siempre lo mejor, y de acuerdo con nuestra investigación, usted es la mejor en su profesión.”

“Lo intento,” contestó Carla con modestia. “He tenido la suerte de trabajar con clientes maravillosos.”

El hombre asintió suavemente. “Todos sus emparejamientos anteriores hablan muy bien de usted y de los servicios que ha proporcionado. Tiene, al parecer, un talento innato para encontrar la compañía perfecta incluso en las circunstancias más exigentes.”

Sintió un flujo de calor en las mejillas. Por supuesto que había investigado sobre ella, pero algunos posibles clientes buscaban más intensamente que otros. ¿Cómo de exhaustiva había sido su investigación?

¿Sabía él que ella había establecido la empresa después de que a ella le costara muchísimo encontrar a un hombre con el que valiera la pena salir? Tras un año de éxitos tras éxitos encontrando pareja para otras personas, aún

ella no había encontrado a nadie.

Cruzó las manos sobre la carpeta de piel casi como lo había hecho ella. “La acompañante que buscamos debe ser perfecta. Será retenida durante seis meses y debe estar dispuesta a firmar un contrato, así como a mantener la confidencialidad.”

Carla se aclaró la garganta suavemente. “Seis meses... No estoy segura de que entienda la naturaleza de mis servicios, señor.. ehm...” Fue quedándose en silencio, al darse cuenta de que no le había dado su nombre.

“Sands,” contestó. “Somos muy conscientes de cuáles son sus típicos servicios, señorita Westmoreland. Pero esta es una petición especial, como le indiqué por teléfono.” Carla detectó un ligero reproche en su tono.

“Sí, me lo dijo,” contestó, dispuesta a aceptar una reprimenda pero sin querer permitir que la intimidara para que proporcionara algo que no parecía correcto. “Pero, señor Sands, no puedo pedirle a las mujeres que confían en mí para que les encuentre una relación a largo plazo que firmen para una aventura de seis meses.”

“No se trata de una aventura,” corrigió el señor Sands, imperturbable. “La compañía que buscamos vivirá prácticamente como una princesa mimada durante esos seis meses. El sueño de cualquier mujer joven, ¿no?”

“Quizás,” asintió Carla. “¿Qué está buscando exactamente?”

“Una acompañante,” reiteró. “Señorita Westmoreland, déjeme que le explique que esta mujer no será para mí. Represento a un hombre que no se encarga él mismo de estos asuntos. Se trata de mi responsabilidad el buscar a una mujer que agrade a mi empleador.”

“Ya veo,” dijo Carla, sintiendo un pequeño escalofrío. Estaba claro que no le estaba mintiendo. Ser un buen juez de carácter era sólo una de las razones por las que su servicio de búsqueda de pareja era el mejor de la ciudad.

“Mi empleador le pagará cuatro veces sus tarifas por sus servicios,” ayudó el señor Sands. “Entendemos que la situación requerirá más de usted que sus clientes anteriores, y mi empleador le compensará justamente.”

“Se lo agradezco,” le respondió. “Honestamente, no se cuánto podré ayudarle, pero haré lo que pueda.”

“Muy bien,” dijo. “En ese caso, tenemos que pedirle que firme un contrato de confidencialidad. Entonces recibirá un cuarto de su pago como tarifa de consultoría, con independencia de que pueda proporcionar una compañera a tiempo.”

Carla respiró profundamente. El señor Sands abrió la carpeta y extrajo una hoja de papel grueso que le entregó. Observó largamente el pesado encabezado de la carta. Llevó los ojos al final, pasando sobre el texto, para encontrar lo que sólo podía ser un sello real.

“¿Su empleador es un jeque?” Levantó la mirada al señor Sands después de que no contestara tras un momento. Estaba levantando una pluma, callado y paciente.

Todo lo que tenía que hacer era firmar. Podría satisfacer su curiosidad y ganar una “tarifa de consultoría” incluso si no pudiera ayudarles. Carla tomó la pluma y firmó con su nombre rápidamente, esperando a que él reemplazara el documento y colocara de nuevo la pluma sobre la mesa.

“No podrá hablar de los títulos de mi empleador, y tampoco incluirá ninguna referencia sobre él en sus registros. Para sus necesidades oficiales, yo soy su cliente. De cualquier modo, usted no se relacionará con mi empleador de ninguna forma.”

“Entiendo,” contestó.

“Muy bien. Los títulos y la posición de mi empleador no serán mencionados a sus posibles parejas. Simplemente descríbalos como una persona rica y poderosa.”

“Podría comenzar con eso,” indicó. “Pero cualquier posible pareja, como dice usted, va a querer saber más sobre él. Específicamente, cómo es, qué tipo de personalidad tiene, ese tipo de cosas.”

“Por supuesto,” asintió el señor Sands. Él se describe como un hombre carismático y extrovertido, que sin embargo se siente presionado por sus responsabilidades. Debido a su posición, él ha preferido este plan para sus necesidades de acompañamiento.”

“La acompañante preferida será joven pero madura emocionalmente. Debe ser capaz de comportarse adecuadamente tanto en los momentos privados con mi empleador como en las apariciones públicas en recepciones en las que habrá personas poderosas invitadas.” El señor Sands se inclinó ligeramente hacia delante en su silla. “Debería estar lo suficientemente educada para poder proporcionar conversación cuando sea necesario. Sin embargo, sus principales tareas de acompañamiento se llevarán a cabo en privado así que la conversación y las apariencias públicas serán la excepción.”

“Se llevarán a cabo en privado,” repitió. “Señor Sands, espero que entienda que no llevo un servicio de acompañantes. Las mujeres que solicitan

mis servicios no necesitan un chulo.”

“Comprendo,” contestó, sin que la asunción le molestara. “Sabemos que no. Aunque mi empleador podría utilizar los servicios de una acompañante profesional, prefiere no hacerlo. Desea la compañía de una chica americana real que se dedique solamente a él durante seis meses.”

Carla asintió ausente mientras pensaba en ello. Obviamente, el jeque esperaría sexo en adición a la “compañía”. ¿Podría convencer a alguna mujer que hubiera acudido a ella por ayuda para que se convirtiera en una “compañera” de usar y tirar durante seis meses?

Mientras su mirada recorría el espacio de aquella opulenta oficina, recordó la voz del señor Sands diciendo “vivirá prácticamente como una princesa mimada.” Ciertamente, parecía que esa afirmación sería hecha realidad, si tenía la oficina como indicación. Pero ella simplemente no podía decir que sí directamente. Había demasiadas incógnitas, y no iba a arriesgar su reputación profesional por la oportunidad de ganar un poco de dinero extra.

“No podré serle de ninguna ayuda si no conozco a su empleador en persona,” dijo finalmente Carla, encontrándose con la mirada del señor Sands. “Tengo que hablar con él cara a cara y ver qué tipo de hombre es antes de que pueda considerar si acepto este trabajo o no. Necesito saber la situación a la que voy a enviar a una de mis clientas.”

“Eso es imposible,” replicó el señor Sands. “Como le he explicado... _”

La aguda vibración del teléfono frente a él le interrumpió. Con incómoda sorpresa, se dio cuenta de que a pesar de estaba intentando ocultarlo, aquella mirada de ojos abiertos era de miedo. Después de un momento, descolgó el teléfono. No habló directamente, y Carla pudo escuchar una voz masculina. El señor Sands escuchaba, tenso, y dijo finalmente, “Por supuesto.” Bajó el teléfono a su base antes de cruzar las manos una vez más. Carla observó cómo el hombre parecía poner sus pensamientos en orden. Luego le dio una dirección y, volviendo en sí completamente, añadió, “Le estará esperando a las diez. No llegue tarde.”

“No me retrasaré,” le aseguró, a pesar de que no estaba segura de querer nada más que ver con el jeque.

Siempre meticulosa, Carla descubrió que su destino aquella noche era un club privado exclusivo, sobre el que incluso los rumores locales sólo

podían especular. Se cambió a un vestido de noche y tacones, aunque conservadora, por si acaso. No quería vestir inapropiada para el club pero tampoco quería que pareciera una cita. Su presencia era profesional, no personal, y se reflejaba en su atuendo.

Carla esperaba tener que mostrar alguna identificación; sin embargo, en cuanto se acercó a las puertas, éstas se abrieron. El señor Sands le hizo un gesto para que entrara. Quería mirar alrededor del interior, ricamente decorado, pero el empleado del jeque le dio paso para que entrara en el restaurante. Un cuarteto de cuerda estaba tocando suavemente, un acompañamiento perfecto a las conversaciones que tenían lugar en el comedor. En aquel tipo de grupo, cualquier compañía potencial tendría que saber cómo actuar adecuadamente. Se trataba de personas que no sólo eran acaudaladas, sino también poderosas y que podría ejercer amplia influencia. Aún así, no tuvo problema en diferenciar la mesa del jeque, porque era la única mesa sobre una tarima que se alzaba sobre las demás.

El jeque estaba de espaldas a la entrada, pero cuando el señor Sands la acompañó hasta la tarima, su cliente real se levantó y se giró para saludarla.

Carla había estado manteniendo una fachada de educado desinterés cuando pasaban junto a las mesas para que nadie pudiera ver que estaba tensa. Pensó que había reconocido a un par de políticos locales. Imaginaba lo que podría significar para su negocio si le vieran reunida con el jeque, pero al verlo apartó los pensamientos sobre trabajo y su máscara de educada indiferencia.

El señor Sands se había referido a su empleador como “carismático”. Ella pensó que una palabra mejor hubiera sido “fascinante” o quizás “irresistible”. Era físicamente perfecto, con ojos y cabello oscuros, y exhalaba la sexualidad segura de un macho dominante experimentado.

Cuando subió a la tarima, no estaba segura de que sus rodillas pudieran resistir. Su mirada parecía reclamarla de una forma negligentemente posesiva, sujetándola firmemente con una caricia de sus ojos. Carla se sintió mareada por la intensidad de su mirada.

“Señorita Westmoreland,” dijo una vez que tuvo ambos pies sobre la tarima. “Un placer”.

El señor Sands retiró la silla para que se sentara, y una vez que se sentó, les a ellos dos solos en la tarima.

Carla se dio cuenta de que el señor Sands nunca le había mencionado el nombre de su empleador. Había estado tan deslumbrada que no se había

molestado en preguntar. Deseó desesperadamente que aquello no se convirtiera en un problema.

Casi de repente, la preocupación desapareció. El jeque comenzó a hablar sobre lo que había aprendido de sus parejas y de lo satisfechos que estaban sus clientes. Su voz no tenía acento, pero era melodiosa, y hablaba con una magnífica soltura. Cuando cambió al tema del tipo de chica que quería como compañía, Carla se esforzó por prestar atención a algo más que el sonido de su voz, que era como mantequilla derritiéndose sobre pan, y su preciosa cara.

A medida que el jeque hablaba, quedó claro que era tan exigente como encantador. Sabía lo que quería y ninguna otra cosa podría satisfacerle. Es más, su tono transmitía que cualquiera debería estar encantado de proporcionarle exactamente lo que él deseara, cuando lo deseara, sin dudas o preguntas. El incumplimiento de aquellos que le rodeaban era un concepto que claramente nunca había existido en el mundo tal y como él lo conocía.

Le comentó los mismos requisitos que el señor Sands le había dado para la compañía ideal, pero hilaba las palabras de tal forma que Carla se sentía hechizada. Mientras él se explicaba, ella se dio cuenta de que asentía, sintiendo tal como él, que sólo lo mejor era suficientemente bueno.

Él continuó con la conversación, haciendo gestos de vez en cuando, dejando que respondiera. Cada vez que era invitada a hablar, se sentía tanto sorprendida de que le ofreciera la oportunidad, como consciente de que era sólo su generosidad la que le daba la oportunidad.

Él no preguntó si tenía hambre o lo que le gustaría tomar. Mientras él hablaba, los camareros fueron deslizando bandejas discretamente con comida elegante, y mantenían su copa de vino llena. Todo era perfecto, la comida, el vino, la atención del jeque. Carla tuvo que recordarse que se trataba de una reunión de trabajo y no de una cita. La forma en que mantenía su mirada mientras hablaba, cómo dominaba descuidadamente la situación en todo momento, hacían difícil que se mantuviera concentrada en la razón por la que se encontraba ayer.

Finalmente, él levantó una mano, y los camareros que pululaban alrededor se dispersaron. “Querías saber lo que mi acompañante debería esperar,” dijo, colocando la copa de vino sobre la mesa antes de levantar más la mano. “Como ya has visto aquí, debe estar cómoda en presencia de personas con poder e influencia. Y en lo que se refiere a nuestros momentos en privado...”

Con el rabillo del ojo, Carla se dio cuenta de los empleados impecablemente vestidos que iban alrededor de las otras mesas. Según lo hacían, los otros comensales se marchaban sin comentarios ni quejarse.

Ella apartó la mirada de él el tiempo suficiente para verificar que sus ojos no le estaban engañando. Con un gesto de sus manos, había reclamado el comedor entero para sí sólo, y en seguida les habían dejado solos.

Cuando le miró de nuevo, su corazón comenzó a latir más rápidamente, y podía sentir el cosquilleo de calor en las mejillas. Pero la mayor distracción era la forma en cómo su coño se había calentado y tensado, como su anticipara algo que el resto de ella aún no había descubierto.

En un momento se había quedado solos excepto por el cuarteto de cuerda que tocaba en el otro extremo de la sala. Carla casi no se atrevía a respirar. Él tenía poder, desde luego, un poder casi mágico. Las personas querían complacerle, y no era sólo por su posición. Su mirada, su aplomo y su seguridad conformaban un embrujo que era imposible de ignorar o resistir. Ella no sólo quería solo complacerle, quería que él estuviera complacido con ella.

Cuando el cuarteto tocó las primeras notas de “One” de U2, su canción favorita, se puso de pie y le extendió la mano. “Bailemos,” dijo, con una exigencia formulada muy educadamente.

Carla no tenía pensamiento de rechazarlo, a pesar de que difuminaba la línea entre lo profesional y lo personal. Por supuesto, él sabía su canción favorita y había hecho que el cuarteto de cuerda la tocara. Para su compañía de princesa mimada, ningún detalle era lo suficientemente pequeño como para dejarlo pasar.

Su única duda cuando se levantó fue la debilidad de sus rodillas de nuevo. La mano de él sobre su espalda le dio fuerza, y el calor de su piel a través del vestido suscitó un repentino y fuero deseo dentro de ella. Llevándola hacia la pista de baile, ella se rindió al vertiginoso encanto que él ejercía sobre ella.

Sus brazos eran muy fuertes, y la sujetaban de forma posesiva con una ternura infinita. Sus movimientos eran tan suaves y despreocupados como su forma de hablar. Su esencia era exótica, intoxicándola más de lo que había hecho el vino. Y con cada movimiento la contemplaba sin parar, con los ojos alejados unos pocos centímetros de los suyos, haciéndola sentir como si se estuviera hundiendo en su masculinidad.

Cuando alzó una mano hasta su barbilla y le levantó la cara para

besarle, ella creía que un beso en aquel momento era innecesario. Ya había sentido que habían compartido algo mucho más íntimo y excitante; ¿qué más se podría necesitar?

Cuando sus labios tocaron los suyos, la mano en la espalda la presionaba firmemente contra él. Durante un primer momento no parecía que su incapacidad para responder importara cuando apretó su boca fuertemente contra la de ella. Abrumada, Carla sólo podía mantenerse en su abrazo.

Movió los dedos sobre su barbilla, y cuando parecía que iba a alejarse, su agarre se volvió más fuerte. Entreabría los labios insistentemente.

Carla cerró los ojos al responder, impotente ante su encanto. Su lengua se encontraba con la de él, y mientras la apretaba más contra su cuerpo, ella deslizó los brazos alrededor de su cuello.

Cuando la levantó, aún besándola profundamente y sosteniéndola sin esfuerzo en su pecho, las dudas que quedaban se derritieron al calor de su deseo. Desde el momento en el que se había encontrado con su mirada, ella quería más que estar entre sus brazos. Todo sobre él decía que él lo sabía antes de que ella se hubiera dado cuenta. Él lo había visto en sus ojos y lo había escuchado en su respiración, y su poder provenía en parte de su excepcional comprensión.

Él se acercó a la barra y la tumbó suavemente sobre ella, sin romper el beso hasta que ella estuvo segura de que se derritiría como gelatina o se encendería como una llama de necesidad sensual. Cuando abrió los ojos y le vió justo encima de ella, pudo ver por su mirada que él conocía el estado en el que se encontraba tan bien como ella. La había llevado al borde con maestría, y ahora la iba a mantener en él tanto como quisiera, siempre y cuando aquello le complaciera.

Si quería que fuera sumisa, ella lo sería cuando él lo deseara. Si quería que se dejara llevar por las ganas de él, entonces ocurriría eso, siempre que él lo deseara. Ella era un instrumento de pasión en sus manos, y él era el músico experto.

Con una tentadora lentitud, comenzó a desnudarla, acariciando su piel a medida que la iba descubriendo, poco a poco, sin apartar la mirada de su cara. Cuando le quitó el vestido, ella gimió suavemente. Al quitarle el sujetador, el coño se le latía fuertemente. No podía hacer otra cosa más que obedecer a sus ojos y tratar de no tocarle.

El suave tacto de las yemas de sus dedos cuando le bajaba las bragas, sobre sus caderas, y a lo largo de los muslos, parecía fuego sobre la piel.

Temblaba bajo sus manos, con la respiración acelerándose y sintiéndose cada vez más caliente.

El continuó tocándole con una mano mientras se quitaba la ropa con la otra, jugueteando con sus pezones erectos, acariciándole la suave piel de su barriga, y luego deslizándose entre sus piernas cuando sus pantalones cayeron al suelo. Levantó las caderas para encontrarse con su mano, y al sentir la presión firme de las puntas de los dedos, que apretaban a propósito, sobre su clítoris, no pudo contenerse y gimió de placer.

Él comenzó a acariciar y frotar su clítoris, aún mirándola a la cara mientras jadeaba y gemía. Iba a hacer que se corriera sobre la barra con sus dedos. Ella lo sabía, y también era lo que ella quería. Nunca habría creído que un extraño podría hacer que se corriera en una barra, pero ahora que aquello era lo que él deseaba, no le hacía falta creerlo.

Cuando su mano se ralentizó por un momento, Carla pudo abrir los ojos y encontrar tu cara de nuevo. Él parecía estar esperando por ello y deslizó los dedos dentro de su coño húmedo y apretado, sonriendo por primera vez cuando arqueó la espalda y dejó salir un gemido tembloroso de éxtasis.

Sus dedos se introdujeron aún más profundamente y luego presionaron más arriba, buscando como un experto su punto G y haciendo que sus caderas se sacudieran como respuesta, y gimiendo de nuevo. Golpeando con los puños la barra y arqueando de nuevo la espalda, el orgasmo comenzó pero sin poder desatarse mientras él empujaba más profundo y presionaba con más fuerza.

Jadeando, mareada, convirtiendo la piel en deseo bajo su tacto, Carla abrió los ojos de nuevo para encontrar su mirada. Le suplicaba, le necesitaba, y exigía tanto como él. Él le devolvió la mirada, pareciendo entender.

Cuando él retiró la mano, deslizó las puntas de los dedos con sus jugos por todo el clítoris, haciéndola gritar de nuevo, y luego se colocó con agilidad sobre la barra entre sus piernas. Acercó la boca a la de ella, presionando la hinchada cabeza de su polla contra su coño.

Carla supo que estaba ahí simplemente para someterse a sus deseos, pero no podía desobedecerle. Levantó los brazos y las piernas, abrazándole, y se agarró a él fuertemente cuando su polla le llenó. Él tenía que sentir el increíble efecto que tenía sobre ella, tenía que saber cómo le había inspirado una necesidad sensual que sólo el podía satisfacer.

La penetró profundamente, y luego rompió el beso. Ella abrió los ojos para mirar los suyos. ¿Qué había en su mirada? ¿Un deseo como el suyo? ¿O

simplemente la exigencia encantadora de antes, del que posee el mundo y todo lo que contiene, en el que ella era otro placer que podía reclamar?

Cuando comenzó a mover la pesada verga dentro y fuera de su coño palpitante, Carla no pudo evitar clavarle las uñas en la espalda. Él cerró los ojos brevemente, como si aquel dolor fuera lo que deseaba. Cuando los abrió de nuevo, la intensidad de la pasión en su mirada era todo lo que necesitaba para hacer que ella se corriera.

Jadeando, sacudiéndose, ella se aferró a él, y un momento después sintió cómo su polla palpitaba con potencia en su coño, expulsando el semen. Con su aliento caliente sobre la cara, Carla encontró a ciegas su boca de nuevo y le besó salvajemente. Él se hundió sobre ella, besándole espalda con una dulce ferocidad, hasta que hubo expulsado la última gota de corrida. Posando la boca sobre la suya, levantó la cabeza y subió una mano para acariciarle la mejilla antes de alzarse sobre ella.

Sintiéndose confundida, aunque increíble, sus manos se deslizaron sin fuerzas desde su espalda a medida que se levantaba. Él se puso de pie de nuevo, y se inclinó sobre ella para tocarle de nuevo la mejilla, mirándola a la cara con intensidad.

“Querías saber lo que mi acompañante debía esperar,” dijo, acariciando sus mejillas con las puntas de los dedos y luego suavemente sobre sus labios. “Ahora ya lo sabes.”

Carla cerró los ojos y tembló. Su mano se alejó y cuando le miró vio que se estaba vistiendo. Se dio cuenta de que el cuarteto de cuerda seguía tocando, pero no sintió vergüenza o incomodidad por el hecho de que hubieran estado presentes. Todo había sido eclipsado por la ardiente intensidad de su pasión.

Una vez vestido, él acarició su mejilla de nuevo insinuando una sonrisa con la mirada, y después se marchó. Carla se quedó en el bar durante algunos minutos después de que se hubiera marchado, escuchando la música mientras seguía sonando suavemente, deleitándose en el rescoldo.

Al día siguiente Carla no estaba segura de si había sido un sueño, el sueño más increíble que había tenido nunca, pero un sueño al fin y al cabo. Sin embargo, la prueba estaba ahí, y llegó al trabajo ansiosa, más preocupada de satisfacerlo que de ganarse su comisión.

Después de revisar los expedientes de sus clientes, había conseguido media docena de posibilidades. Una en concreto podría ser justo lo que el

jeque buscaba. El tipo de chica que le gustaba a la mayoría de los hombres, pero ideal para las exigencias del jeque.

Laurie era joven, rubia, pequeña, y tal como podría ser necesario, suficientemente educada para llevar una conversación inteligente: una chica completamente americana, justo lo que él quería. El único defecto potencia (tal y como podría verlo el jeque), es que Laurie poseía una anticuada belleza del sur, con su encanto modesto y su aparente carácter ingenuo. Combinado con su juventud, su naturaleza dulce podía confundirse fácilmente por inocencia, y su actitud sencilla podría ser considerada por algunos como rústica.

Pero Carla no iba a empezar a dudar de si misma ahora. Laura era justo lo que el jeque quería, pero para estar segura de que todo iba a ser perfecto, tenía un plan.

Laurie fue la primera llamada que hizo, pero sería la última que enviaría a conocer al jeque. Mientras Carla se ponía a trabajar con las otras cinco clientas, también le proporcionó a Laurie clases acerca de la etiqueta de la alta sociedad y la instruyó en las pequeñas cosas que podrían hacerla más atractiva al jeque.

Laurie estaba agradecida por la información, así como por la posibilidad de ser malcriada durante seis meses. De hecho, ni siquiera una de las chicas había parecido echarse para atrás cuando Carla había sugerido el arreglo. Todas parecían dispuestas a la oportunidad de ser la que el jeque se llevara, incluso si el sexo con un extraño estuviera incluido dentro del trato. ¿Ser la acompañante de un hombre guapo, rico y poderoso durante seis meses? ¿Por qué no lo había preguntado antes?

Las dos semanas de formación de Laurie habían sido estresantes para Carla. Cada una de las otras chicas se habían reunido con el señor Sands y a una tras otra les había encontrado algún fallo. La intermediadora se ponía más y más ansiosa de que pudieran decidir que ella no podría encontrar una acompañante perfecta después de todo, y que tendrían que contratar en su lugar a otra persona. Pero, necesitaba tiempo para pulir a Laurie y convertirla en la chica que él no rechazaría.

Con cada día que pasaba, el recuerdo de sus caricias y la forma en la que la había tomado parecía volverse más fuerte, en lugar de desaparecer con el tiempo como debería. Se encontró a si misma deseando que fuera ella la que estaba siendo preparada para conocer al jeque en lugar de Laurie. Ninguna de esas chicas tenía idea de cómo se les iba a tratar. No era el lujoso estilo de

vida lo que Carla deseaba; era el tiempo que podría pasar con el jeque.

A medida que se acercaba la cita de Laurie con el señor Sands, a Carla se le hacía más y más difícil diferenciar si no estaba enferma de celos. ¿Podría Laurie si quiera apreciar sus magníficas maneras? ¿Tendría alguna idea del increíble hombre que era? Era más probable que lo diera todo por sentado y que estuviera demasiado deslumbrada por el dinero y los clubs de lujo.

¿Por qué no yo? Se lamentaba una y otra vez mientras mantenía una frágil sonrisa para Laurie cuando revisaban los servicios de cubiertos y cuándo emplear qué tenedor o practicar los tipos de conversaciones vacías socialmente aceptables. Carla incluso se las arregló para hablar sobre lo que a ella le parecía que le gustaría en el sexo sin inmutarse porque Laurie tenía que ser tan perfecta como fuera posible.

La preciosa y pequeña Laurie era la chica de los sueños de cualquier hombre. Por supuesto que no iba a ser ella, se reprendió Carla a sí mismo, afligida. El jeque nunca querría a una chica con curvas cuyas caderas no estuvieran necesariamente equilibradas con el tamaño de sus pechos.

Incluso castigándose, el recuerdo de la forma en la que le había amado en el bar parecía reforzar y contradecir su certeza. ¿Le había estado mostrando simplemente, de la forma más directa posible, lo que su acompañante podía esperar? ¿Había sido una mera acción física que hubiera sido la misma sin importar la pareja? ¿O había habido algo más para él, más que una demostración de dominación? ¿No podría ser posible que él en realidad le deseara con curvas y todo, y la “explicación” había sido sólo un pretexto?

Carla se debatía una y otra vez, soñando, deseando, descartando, y todo mientras preparaba a Laurie todo lo posible para su encuentro con el señor Sands. Cuando finalmente el día llegó, se sentía como en ruinas. Casi no había dormido y no tenía apetito. Se sentó en su oficina con las luces apagadas, temiendo el sonido del teléfono.

Cuando Laurie llamó, su excitación transmitió las noticias tan pronto como empezó a relatar sin aliento su entrevista con el señor Sands. Carla sintió una reacción extraña, y le llevó un momento darse cuenta de que estaba intensamente celosa. A medida que la chica continuó su excitado recital hacia su conclusión obvia, la celestina sentía como si le hubieran activado un botón. Aquellos días de ser la chica gorda habían terminado; no iba a seguir fingiendo una sonrisa para hacer felices a los demás. Más que un simple deseo físico, el jeque había despertado en ella un deseo, no una necesidad, de ser tan osada y exigente como él, y de reclamar lo que le satisfacía en lugar de

esperar indefinidamente a que alguien se lo ofreciera.

“Le veré esta noche,” concluyó Laurie sin aliento. “Casi no puedo creerlo, Carla. Estoy tan nerviosa.”

“Maravilloso,” contestó Carla, y su voz no dio pista alguna de cómo estrechaba los ojos. “Pero sabíamos que querría conocerte, ¿a que sí?”

“Bueno, tú parecías segura de ello,” dijo la chica. “Yo estaba tan nerviosa.”

“No había necesidad, estarías perfecta.” Carla cerró los ojos y respiró profundamente. “Entonces, cuándo y dónde será tu entrevista con... él?”

La chica contestó con la dirección del club. A Carla no le hizo falta apuntarla; la tenía grabada a fuego en la memoria. Escuchó durante un rato más el parloteo ahogado, y luego se disculpó educadamente, diciendo que tenía trabajo que hacer.

Carla se las arregló para tener la mente ocupada hasta la hora de la cita. A pesar de esforzarse todo lo que podía para distraerse, todo en lo que podía pensar era en él tratando a Laurie de la forma en la que la había tratado a ella. Sólo que incluso mejor, por ser Laurie tan perfecta. Aquello la volvía loca de celos. Tuvo que emplear toda su voluntad para no aparecerse en el club.

Lo único que la mantenía bajo control era su plan. Durante el siguiente par de horas sufrió visiones horribles, y luego condujo con calma hasta su apartamento de lujo.

El señor Sands la esperaba en la puerta. No parecía sorprendido de verla. Pero Carla se dio cuenta cuando él empezó a hablar que había malinterpretado la razón por la que estaba ahí.

“Como dijo, la última chica sí que era perfecta,” le dijo. “Le agradecemos su rápido trabajo. Él está bastante satisfecho.”

“Me alegro mucho,” dijo Carla. “Pero al parecer, Laurie no era la última chica. Necesito hablar con él sobre ella.”

“Él está bastante satisfecho,” repitió el señor Sands, como si simplemente ella no le hubiera oído. “No serán necesarios más esfuerzos por su parte.” Luego echó una mirada al teléfono con aquella clara incomodidad, y aunque no sonó, pareció cambiar de idea. “Pero, por supuesto, la decisión es de mi empleador. Le llevaré arriba para que le vea.”

Después de las oficinas y el club, Carla pensó que estaba preparada para la opulencia del cuartel privado del jeque. Aún así, la opulencia del lujo del apartamento le sorprendieron, aunque el tono sensual de la decoración no

suponía una sorpresa después de una noche en su compañía.

El señor Sands sólo la acompañó hasta el salón y luego salió de nuevo del apartamento, dejándola sola. Un momento después, la puerta a la recepción del ascensor se cerró, el jeque entró en la habitación llevando solamente una bata de seda, por lo que ella podía ver.

Él la miró durante un momento, y Carla se obligó a quedarse quieta y mantenerle la mirada. Al no hablar, él se dirigió a ella con una ceja levantada.

“Tengo a una chica más para que tenga en cuenta,” dijo Carla. “El señor Sands me aseguró que usted estaba bastante satisfecho con Laurie, pero tengo a una más.”

“¿De verdad?,” dijo. “¿Y de quién podría tratarse, que viene para decírmelo en lugar de concertar una entrevista con mi asistente? Tengo personas que se encargan de eso.”

En lugar de seguir hablando, se colocó rápidamente frente a él. Ella le besó con la misma exigencia descarada con la que él le había besado cuando bailaron.

Él parecía sorprendido pero no descontento, respondiendo a su beso lo suficiente para hacerle saber que no la estaba rechazando su iniciativa. Sin embargo, esperó a ver lo que pretendía.

Carla no necesitaba nada más de él. Aún besándole con un ardor insistente, ella le empujó en dirección al dormitorio. La cama les reclamaba. Él tenía que saber lo que ella deseaba, pero se mantuvo prácticamente pasiva, permitiéndole llevar la iniciativa.

Al llegar a la cama, él cayó hacia atrás sobre el colchón, un apoyo alto y extremadamente suave, y por la mirada parecía divertido y consciente de lo que ocurría. Carla pasó le las manos por el pecho y la barriga hasta llegar a la banda que mantenía su túnica cerrada. Mirándole a la cara tal y como él le había observado en el restaurante, la desató y la extrajo, deslizándola a través de los agujeros.

Él se mantenía acostado, quieto bajo sus caricias, a pesar de que volvía a subir de nuevo las cejas. Cuando pasó la mano a lo largo de su brazo hasta su muñeca y luego se la levantó por encima de la cabeza, pareció adivinar lo que pretendía, pero quiso saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar.

Al enrollar la cinta alrededor de su muñeca y en el cabezal de la cama, supo que iría tan lejos como fuera necesario. Era su única oportunidad de convencerle para que la tuviera en cuenta a ella así como a Laurie, para

mostrarle que era ella quien debía ser su acompañante durante los siguientes seis meses.

Él le permitió que atara su otra mano con la cinta primero, y luego la observó con su indulgente diversión. Pasando las manos por sus brazos y su pecho, pude ver cómo su reacción comenzaba a eclipsar la diversión.

Ella simplemente quería subirse encima de él y tomarlo como él la había tomado a ella; pero se obligó en su lugar a tomarse su tiempo, poniendo su deseo en sus manos, esperando que él pudiera sentir con sus caricias cuánto le deseaba.

Con paciencia y pasión, deslizó las puntas de los dedos por los lados interiores de sus antebrazos, aún mirando su cara con atención. Podía ver cómo luchaba por controlarse, pero al seguir atormentándole con suaves caricias, perdió la batalla y tembló bajo sus manos, dejando escapar un suspiro de placer.

Carla deslizó las manos hasta su pecho, acariciando sus manos con el vello hasta que se le cerraron los ojos y escuchó un profundo ronroneo escapar de su garganta. Lentamente se permitió bajar la mano, pasando por su tenso vientre, aún mirándole a la cara mientras él anticipaba claramente sus caricias.

Para cuando se permitió abrirle la túnica y dejar su pubis al desnudo, tenía la polla completamente erecta, dura y palpitante. Ella deseaba alargarlo tanto como fuera posible, para que aquel momento no acabara nunca, pero con aquella visión estaba perdida. Con un sonido suave ella se inclinó y besó la cabeza, y el suspiro que dejó escapar indicaba que él había estado esperando a que ella lo hiciera.

Carla podía ver cómo sus músculos temblaban de deseo bajo la piel, presionando con suavidad la cabeza de su polla contra los labios mientras palpitaba. Abrió los labios para pasar la lengua seductoramente por la cabeza hinchada y luego a lo largo de su verga, haciéndole gemir. Su sabor era tan intoxicante como su esencia y su tacto. Exploró cada centímetro de su miembro tembloroso con la punta de la lengua, con una respiración más y más acelerada y más caliente cada vez que la polla palpitaba contra sus labios. Cuando la primera gota perlada emergió de la punta, ella la chupó ansiosamente, y al metérsela dentro de la boca, él gimió.

Tenerle, tener esto durante seis meses Carla casi no podía frenar su deseo, su necesidad de él. Chupó con intensidad, empujándole más profundo, y él gimió de nuevo, apretándola más adentro en su boca. Tan ansiosa como él, con su polla palpitando contra su lengua, le guió más profundamente,

introduciéndosela completamente. Cuando la cabeza de su polla se deslizó por su garganta, él gimió de nuevo, levantando las caderas.

Le chupó la polla, moviendo la lengua firmemente contra la parte inferior, hasta que su respiración se hubo acelerado, y supo que estaba a punto de correrse. Obedeció a sus propios deseos y se desnudó mientras salpicaba su polla y sus caderas con besos picantes.

Una vez desnuda, extendió los muslos y le acarió el pecho de nuevo con las manos. Cuando abrió los ojos, se agarró de su polla deseosa y la estrujó con firmeza antes de guiarla hacia dentro de su igualmente deseoso coño.

Él arqueó la espalda y cerró los ojos de nuevo, dejando escapar un gemido suave cuando se deslizó dentro de ella. Él tiró de la cinta que le mantenía atado al cabecero de la cama, deseando claramente un papel más activo, pero ella se inclinó hacia adelante para besarle, empujándole de nuevo hacia atrás. Con las manos sobre sus hombros, ella comenzó a montarle con una deliberación medida, dirigiendo a ambos hacia el clímax.

Cuando él tembló bajo ella y gimió de nuevo, Carla le besó con intensidad y se presionó contra él todo lo fuerte que puso. En los siguientes segundos, él se corrió enérgicamente con un gemido fuerte y prolongado. Su orgasmo desencadenó el de ella. Deseaba caer rendida sobre él pero su cuerpo llevaba su propio ritmo. Sus caderas siguieron moviéndose, su coño ajustado alrededor de su polla, extrayendo hasta la última gota de semen.

Finalmente, ella le besó cuando se retiró, y su cuerpo se calmó como obedeciendo al de él. Carla le acarició la cara y el cuello mientras él jadeaba, con los ojos cerrados, aunque pudo reconocer una sonrisa satisfecha en sus labios abiertos.

Después de otro momento deleitándose en su piel, se levantó y le besó en la base de la garganta. Esperó a que él abriera los ojos.

Aquellos seductores ojos marrones le observaron con una nueva mirada, y ella asintió ligeramente como respuesta. Pasando la punta de un dedo sobre sus gruesos labios, se inclinó de nuevo hacia delante para murmurar en su oreja.

“Una chica más que tener en cuenta,” respiró suavemente, haciéndole estremecerse. “Yo.”

Se levantó y le recorrió con sus manos una última vez antes de agacharse a recoger su ropa. Mientras se vestía, el parecía satisfecho con observarla, probablemente incluso considerando su ofrecimiento. Cuando se

subió en los tacones y se giró para marcharse, él se aclaró la garganta.

Cuando se dio la vuelta y le miró, tenía una ceja levantada con una expresión similar a la de antes, pero su mirada parecía indulgentemente divertida. “Creo que ha olvidado desatarme, señorita Westmoreland.”

Carla le sonrió dulcemente. “¿No tiene gente que se encargue de eso?” Él levantó la otra ceja con divertida incredulidad por su osadía. Ella le guiñó el ojo y se marchó contoneándose.

Al día siguiente, Carla estaba más que destrozada. ¿Qué había hecho? Sin duda el señor Sands iba a llamarla para informarle de que tenía suerte de que su empleador no presentara cargos contra ella. No sólo no le iban a pagar, sino que seguramente el jeque emplearía su influencia para asegurarse de que nunca más trabajara como intermediadora nunca más. Sería muy sencillo para él.

Cuando el teléfono sonó, se le paró el corazón. Descolgó el teléfono con una mano temblorosa.

La voz del señor Sands casi le hizo asfixiarse. Por suerte, él no la mantuvo en suspense.

“Mi empleador ya ha tomado una decisión,” dijo el asistente. “Necesito que venga tan pronto como sea posible para firmar el contrato de confidencialidad y un contrato de seis meses”.

Si hubiera sido capaz de respirar, Carla habría dado un grito de alegría poco refinado. En su lugar, forzó en una voz perfectamente calmada: “Por supuesto. Puedo estar en su oficina dentro de una hora.”

“Muy bien,” dijo el señor Sands. “Él espera que comience mañana.”

“Por supuesto,” contestó. Pero incluso en aquella única palabra ya no había una fachada de tranquilidad, y ella sabía que él podía escuchar la excitación y el triunfo en ella.

Para cuando llegó a la oficina, se había tenido que obligar para recuperar algo de calma. Las manos sólo le temblaron un poco cuando firmó los documentos, y no gritó de placer cuando el señor Sands repasó los últimos detalles. Tenía un día para organizar sus asuntos para los próximos seis meses. Se le esperaba en un aeródromo privado para unirse al jeque en su jet. Sólo podía llevar consigo aquellas cosas que no pudiera reemplazar, ya que todo lo demás le sería proporcionado. El jeque iba a seleccionar su armario en su totalidad.

El resto del día fue un borrón mientras preparaba a su asistente para

que se ocupara de sus asuntos de negocios mientras estaba fuera, y notificó a su casero que iba a estar fuera durante los próximos seis meses. Casi no hubiera necesitado un taxi al día siguiente; sentía como si hubiera flotado todo el camino hasta el aeropuerto.

Al bajar por las escaleras, dándose cuenta de que el jeque, su jeque, estaba dentro esperando por ella le hizo humedecerse. Al entrar en el avión, sus ansias físicas eran tan intensas que dolían. Al verlo sentado con túnicas sedosas su corazón dio un vuelvo. Era exactamente como el príncipe del desierto con el que había soñado.

Sin pronunciar palabra se sentó a su lado, y él la miró fijamente mientras el avión aceleraba y despegaba. No necesitaban hablar; sus ojos comunicaban claramente su satisfacción.

Una vez que el jet alcanzó la altura y velocidad de crucero, el jeque se levantó y le extendió una mano. Carla se puso de pie y puso la mano sobre la suya. Aquel contacto fue necesario para provocar una oleada de humedad en su entrepierna. Con anticipación deseosa, le siguió a una escalera de caracol que llevaba a abajo.

En la parte inferior del avión había una habitación. La cama no era enorme como la que había en su casa, pero el lujo decadente era el mismo. Había juguetes sexuales en las mesillas de noche y colgando del cabecero de la cama.

Carla no era inocente, pero nunca había visto tantos instrumentos eróticos. Ni siquiera estaba segura de cómo funcionaban algunos de ellos. Otros parecían estar diseñados para dar dolor más que placer.

No dudó, sin embargo, y se entregó a la necesidad que tenía de él, que aumentaba de nuevo. Él la atrajo entre sus brazos, y supo que ella le daría con gusto todo lo que él quisiera.

Su beso le reclamaba por completo, como para formalizar o completar su unión. Como si ella necesitara algo más que el increíble poder de su presencia para hacer que su coño se humedeciera por él.

Él la desnudó lentamente, pero a diferencia de cómo lo había hecho en el bar, no acarició simplemente cada centímetro de su piel a medida que iba quedándose expuesta. Sus besos ansiosos se desplazaron desde su boca a su cuello, sus hombros, hasta encima de sus grandes pechos. Tirando su vestido a un lado, le acarició con las manos la espalda, el culo, los muslos, mientras pasaba la lengua por el escote hasta que ella tembló.

Le quitó el sujetador y movió la boca hasta sus pezones erectos,

primero uno y después el otro, jugueteando con ellos con la lengua mientras ella jadeaba y gemía. Deslizó la mano dentro de sus bragas para agarrarle el culo, estrujándole las nalgas con gozo posesivo antes de bajarle las bragas.

Cuando estuvo completamente desnuda, excepto por los tacones, su jeque la levantó y la llevó sin esfuerzo hasta la cama. Ella simplemente quería derretirse en él, pero su mirada la contuvo. Le acarició el brazo con su mano y le tomó de la muñeca con una sonrisa juguetona.

Su respiración se aceleró a medida que la aseguraba con deliberación seductora al cabecero de la cama, con las muñecas atadas en cintas de cuero gruesas que le permitían tirar de ellas tanto como ellas se lo evitaban. Sus tobillos estaban atados a los pies de la cama con esposas parecidas, así que estaba tumbada con las manos sobre la cabeza y las piernas abiertas.

“Tendré que complacerte durante los siguientes seis meses” le dijo suavemente, haciéndola temblar con placer mientras la acariciaba con delicadeza las piernas y las caderas.

Temblando, Carla solo podía observar mientras seleccionaba un artículo de la mesilla de noche. Cerró los ojos al ver cómo le acariciaba con un grueso vibrador. Jadeó cuando lo encendió en su cadera y la rápida vibración le atravesó tal y como lo había hecho con la mirada. Parecía que todas las terminaciones nerviosas echaban chispas en respuesta, haciendo que su acelerado corazón y su rápida respiración se detuvieran. Se había encendido un fuego salvaje, un deseo que la consumía con tanta fuerza que era una imperiosa necesidad.

No podía moverse, ni tocarle, sólo podía tirar de las ataduras y gemir mientras él hacía un suave sonido en respuesta. Él deslizaba la punta del vibrador por encima del clítoris con una lentitud angustiosa, haciendo que jadeara más rápido y gimiera más alto a medida que se iba acercando. Cuando finalmente tocó su clítoris, ella gimió de placer, arqueando la espalda, y presionando la cabeza fuertemente contra la cama.

Con una mano firme, dibujaba círculos sobre su clítoris con la punta del vibrador hasta que comenzó a sacudirse contra la cama, tiraba de las ataduras y suplicaba con jadeos de deseo. Ella no sabía lo que estaba pidiendo, pero él parecía saberlo. Ella no quería que parara, pero duraba que pudiera resistir la intensidad de esta tortura sexual.

Con un movimiento repentino pero suave, deslizó el juguete vibrador dentro de su coño, y el cuerpo de Carla se puso rígido, con las caderas elevadas para recibirlo al mismo tiempo que el orgasmo se liberaba. Ni

siquiera podía gritar, atrapada en la inundación de placer.

“Chica mala.” Su voz parecía difícilmente distante, por lo perdida que se encontraba entre una y otra ola de placer físico. “Aún no te he dado permiso para que te corras.”

Cuando Carla pudo abrir los ojos, su bello jeque estaba desnudo, de rodillas sobre la cama junto a ella. Ella se revolvió en las esposas, deseando tocar su magnífica polla, con la necesidad de lanzarse sobre él. Él le sonrió, y luego se inclinó sobre ella aún mirándola fijamente, para acariciar con la cabeza de su palpitante y grueso miembro su boca deseosa.

Ella gimió y la besó, pero cuando abrió la boca para alentarle, él simplemente se movió para acariciarla sobre una mejilla, y luego la otra, jugando con ella.

“Eres para mi disfrute,” le dijo.

“Sí,” gimió ella.

“Te usaré como quiera,” dijo, pasando de nuevo la cabeza de su polla por toda su boca temblorosa.

“Sí, por favor,” susurró ella.

Él se inclinó para besarle, con las manos en sus pechos, y las puntas de los dedos cerrándose sobre sus pezones con fuerza y control. Para su placer, Carla tembló bajo su caricia y luchó contra el creciente orgasmo.

“Aprenderás a esperar por mi permiso para correrte,” le dijo, y abriendo los ojos, Carla vio otro juguete sexual en su mano, un flagelador de piel.

Los ojos se le abrieron y su temblor se intensificó cuando lo elevó, y cuando le golpeó el costado, ella gimió, con una sensación entre el placer y el dolor. Las cintas de cuero escocían sobre su suave piel, pero aquel ultraje contra su piel se equilibraba con la abrumadora liberación de endorfinas.

Él la azotó de nuevo, y el látigo le rebotó en el otro flanco. Ella jadeó y gimió, removiéndose en las esposas. “Esperarás a que te de permiso,” reiteró, mirándole a los ojos con dominación.

“Sí,” dijo con voz quebrada, casi sin palabras. “Sí, mi jeque.”

“Buena chica,” murmuró. Ella cerró los ojos de nuevo en anticipación cuando él levantó la mano de nuevo, pero los abrió de nuevo con asombro cuando metió la polla dura y gorda dentro de su coño. Con la cara pegada sobre la suya, la penetró. Fuerte, rápido, y profundamente. Ella gimió, tirando de las esposas una vez más, con la imperiosa necesidad de tocarle.

Él comenzó a penetrarla, golpeando sus caderas con un ritmo

acelerado y sin movimientos perdidos. Carla no podía apartar la mirada de la suya, necesitando correrse ya, pero obedeciendo la directiva implícita en su mirada. Ella apenas podía pensar pero estaba segura de que su expresión permanecía inmutable mientras le metía la polla palpitante profundamente, con fuerza.

Su polla se volvía más dura y grande, palpitando más intensamente dentro de ella. Un sonido bajo escapó de su garganta, y cerró los ojos. Bajó la cabeza, y sintiendo su aliento caliente por un lado del cuello, ella levantó la cabeza para encontrar su boca.

Él la besó tal y como la estaba penetrando, fuerte y profundamente, y cuando sus brazos y hombros comenzaron a agitarse, tomó su labio inferior entre los dientes. Carla gimió, luchando contra su cuerpo con resolución, aunque temblorosa. Luego él se corrió, gimiendo, y le soltó los labios para acercar la boca a su oído.

“Ahora puedes correrte,” susurró con una voz ronca cuando empujó su polla palpitante tan profundamente dentro de ella como pudo.

Carla sólo necesitaba su permiso. Con los ojos cerrados, incapaz de moverse, sin apenas poder respirar mientras liberaba toda la tensión que él había creado. Un gemido suave se escapó de su garganta, y pudo sentir su sonrisa contra el cuello.

“Buena chica,” murmuró, inclinándose para tumbarse junto a ella. Acariciaba posesivamente sus pechos y barriga con las manos, y ella tembló con placer y excitación. Ronroneó como una gatita satisfecha, y él rió dulcemente antes de estirarse para desesposarle las muñecas. Estaba segura de que se lanzaría sobre él tan pronto como estuviera libre, pero como siempre, su potente mirada la contuvo, y simplemente se quedó quieta, embebida en su dominación.

Una vez que le abrió las esposas, la recogió en sus brazos y se reclinó hacia atrás, pasando las manos sobre su culo redondo.

Con Carla tumbada entre sus brazos, más feliz de lo que había estado nunca, le besó la cabeza.

“Un emparejamiento más que perfecto,” le susurró suavemente en el pelo.

Fuera lo que fuera que le esperaban los próximos seis meses, estaba ansiosa por descubrir qué aventuras había planeado el jeque para ella.

Fin.

Emparejada con el Jeque 2

Carla abrió los ojos de par en par y una ligera sonrisa se dibujó en las comisuras de sus labios. El palacio de su Jeque era digno de admirar. Superaba sus imaginaciones más frívolas. Se mordió el labio mientras se le llevaba en silencio hacia allí.

Hasta ahora, Catar había sido un ensueño clandestino. Estaba disfrutando de los desconocidos e increíbles paisajes, sonidos y aromas. Sus acompañantes eran un séquito de hombres uniformados. Estos habían sido su compañía desde que se había bajado del avión. Ahora la flanqueaban a ambos lados como si fuera parte de la realeza. Al principio había sido desconcertante, pero recordó que se le iba a tratar como una princesa durante los próximos seis meses. Se adaptó por el momento, suprimiendo su sentido de consciencia occidental. No estaba acostumbrada a ver personas inclinándose hacia delante para servirla. Cada vez que los veía asentir y hacer reverencias, tragaba para dejar a un lado la culpabilidad.

Si esto era lo que el Jeque quería para ella, pensó que aquello era lo que ella deseaba.

Entró en el castillo. Una mujer de mediana edad le colocó un fino pañuelo blanco alrededor de la cabeza. No le importó en absoluto. Mientras miraba alrededor, numerosos hombres y mujeres se colocaron de pie a los lados de su camino. Algunos llevaban atuendos tradicionales. No levantaron la cabeza para mirarla, excepto por un par de curiosos ojos verdes. Sin embargo, la chica, que no podía tener más de dieciocho años, se escondió detrás de un arco de ladrillo.

La grandeza del palacio pronto llevó su interés a otras cosas. Se abrieron enormes puertas talladas con una enérgica floritura y se encontró dentro de un dormitorio. Estaba decorado en granate oscuro y dorado, y Carla se sintió como una princesa. Una pequeña sonrisa apareció en su cara cuando se dio cuenta de que dos casas como la suya podrían caber fácilmente en aquella habitación. Había una puerta de cristal que llevaban al balcón y las vistas tras ellas eran increíbles. Las cortinas doradas se mecían con la brisa. Las apartó a los lados para poder salir.

Se quedó sin aliento. Sus ojos contemplaron la majestuosidad del país originario de su Jeque. Una variedad de residencias y zonas comerciales aparecía repartida ante ella. Las cúpulas de las mezquitas, colocadas estratégicamente, parecían decorar el paisaje.

“¿*Khatoon?*” le preguntó desde detrás una de sus acompañantes.

Carla tuvo que obligar a sus ojos a desviarse del paisaje. Suspiró e inspiró con fuerza antes de girarse. El séquito de hombres y mujeres que le habían acompañado se inclinaban constantemente ante ella. Uno de los hombres se movió hacia la enorme y lujosa cama. Carla se acercó y vio un vestido estirado sobre las sábanas de seda color perla.

Se acercó tímidamente. Era un vestido largo con un corpiño ajustado y una falda larga hasta las rodillas. Junto a él había una camisa de la seda más fina. La emoción corría por sus venas con ondas de excitación. Asumió que el Jeque se lo quitaría. Apenas podía esperar.

Diez minutos después, su emoción se había convertido en temor. La falda vaporosa no le favorecía en absoluto a sus caderas redondas y rellenas. Se sintió enorme y poco atractiva. Recorrió con la mente las chicas preciosas, pequeñas y delgadas que llenaban el palacio. Seguramente el magnífico Jeque podía encontrar algo mejor que a aquella mujer redonda que veía en el espejo.

Sintiendo presión en el pecho, apartó los pensamientos nocivos a un lado. El Jeque la había elegido. Ella era especial.

Levantó la mirada cuando un repentino frenesí de actividad la rodeó. Se llevaron bandejas enormes hacia el balcón y se colocaron sobre una mesa. Los sirvientes retiraron las tapas con incrustaciones de oro, y Carla se dio cuenta de que se trataba de un festín.

Se sentó en la silla con aprensión. Las mangas largas y completas se ajustaban perfectamente a sus brazos. El escote daba una tentadora visión de sus pechos redondos. De repente, se sintió guapa y femenina es aquel vestido.

El sirviente, un joven digno de aparecer en la portada de una revista, señaló hacia los platos inquisitivamente. A Carla le gustaba especialmente el pollo asado, así que gesticuló en dirección hacia él. Se le sirvió en el plato con rapidez. Se preparó para comer pero el sirviente siguió señalando. Carla asintió y en seguida tuvo la mitad de los platos de la mesa frente a ella.

Tan pronto como tuvo el plato lleno, aquellas mujeres y hombres bellísimos y de piel clara retiraron lo sobrante. Estaba sola en el balcón con un plato lleno de comida deliciosa.

Había tomado sólo un par de bocados cuando un hombre y una mujer

volvieron. Sintió una ligera brisa desde la derecha y miró discretamente. El hombre sostenía un gran abanico de paja, decorado con joyas y seda. Movía el abanico de adelante hacia atrás y la mujer le ofreció instantáneamente una copa de agua.

Carla luchó contra la incomodidad. Sus valores arraigados forcejeaban para salir y decirles que dejaran de servirle; pero mantuvo la boca cerrada. Esa era la vida que el Jeque quería para ella y ella no quería nada más que complacerle.

Después de la comida, se tumbó en una butaca tapizada de terciopelo. El hombre del abanico continuó su tarea, y la mujer trajo un cuenco de uvas negras maduras. Carla estiró la mano para cogerlas pero la mujer se inclinó, ligeramente escandalizada. Al siguiente instante, era Carla quien estaba conmocionada. La mujer le iba dando las uvas, introduciéndoselas en la boca una detrás de otra.

Carla sonrió y cerró los ojos. La cautivadora dulzura de la carne de las uvas explotaba en su boca. Todo lo que tenía que hacer era separar los labios para comer otra. Se sintió como la realiza, justo como le había prometido su Jeque. Estaba en el paraíso.

Unos minutos mas tarde, Carla estaba atemorizada. Abrió los ojos y observó fijamente la escena. Paró a la mujer que le daba las uvas con un movimiento de la mano. Se miró a si misma y los pensamientos paralizantes volvieron. No pudo encontrar una razón coherente por la que el Jeque contrataría un servicio de búsqueda de pareja.

Las mujeres le rodeaban y él podía elegir a la que quisiera. Sabía que los Jeques eran conocidos por tener harenes llenos de mujeres. Entonces, ¿por qué ella? Si necesitaba compañía, podría haberla encontrado sin duda con un simple movimiento de cabeza. América era un viaje largo como para buscar algo que podías pedir recibir en tu propia habitación.

Un sonido continuo surgía del dormitorio. Carla vio a un grupo de mujeres entrando. Estaban haciendo su trabajo, ignorándola completamente. Carla volvió a sus pensamientos. Cuanto más pensaba en su aceptación como compañía del Jeque, más desconcertada estaba. Frunció el entrecejo.

Se concentró arduamente en una mezquita de cúpula dorada en la distancia cuando una mujer gesticuló hacia ella. “*Khatoon*,” dijo la mujer, señalando hacia la habitación.

Carla caminó hacia ella, y la vestidora la dirigió hacia el baño. Era un camino largo, y cuando pasaron las cuarenta pisadas, la mujer habló en un

inglés immaculado.

“Su respetable Jeque llegará dentro de una hora. Tiene que estar preparada”.

‘¿Preparada? ¡Estoy preparada!’ pensó Carla. Pero no tenía ni idea de lo que las vestidoras tenían planeado para ella. Le señalaron una enorme bañera blanca. Dentro del enorme baño de mármol con dibujos dorados, le retiraron el vestido y le pidieron que se sentara en las escaleras de las esquinas de la bañera.

De los pequeños agujeros salía vapor que recorría su cuerpo, y en seguida Carla se dejó envolver por el reconfortante calor. Dos mujeres le frotaban el cuerpo con esponjas suaves, y otras dos comenzaron a afeitarle las piernas. Carla sólo tenía que cerrar los ojos y relajarse mientras ellas la preparaban. Sintió unos dedos deslizándose entre su vello púbico, lo que le hizo sacudirse repentinamente. Una mujer estaba aplicando jabón en su zona púbica, antes de blandir una cuchilla de afeitar dorada para afeitarla.

Carla enrojeció con incomodidad, pero separó las piernas de todas formas. Las mujeres sabían lo que estaban haciendo. Observó cómo la mujer le afeitaba el pubis con precisión. Cuando le enjuagaron el jabón, todo lo que quedó fue un parche de vello con forma triangular.

Carla se sintió impresionante y sexy con el triángulo de vello. Deseaba quedarse en la bañera, pero no preguntó en caso de que el Jeque estuviera de camino. Se le pidió que se levantara, y le secaron el cuerpo con suaves toallas de color granate. Las botellas de perfume antiguas la envolvían en esencias que eran tan maravillosas que rozaban lo irreal.

Cuando volvió al dormitorio, todos los hombres se habían marchado. Carla se quedó sin aliento cuando las mujeres le quitaron la bata del baño y deslizaron una cuerda alrededor de su cuerpo. Se la ajustaron en su sitio y Carla se mordió el labio, dándose cuenta de que se trataba simplemente de una formalidad.

Unos estrechos triángulos de gasa transparente le cubrían los pezones como una especie de bikini. Una cinta a juego se le ató alrededor de las caderas. El triángulo de vello púbico era perfectamente visible, causando que Carla se estremeciera con una deliciosa impaciencia. No podía esperar a que su Jeque llegara y la viera así. Todo aquello era para él.

“Tumbese, por favor” pidió la mujer respetuosamente. Carla se deslizó en la cama de espaldas. Cruzó los tobillos y levantó los brazos, relajándose sobre las almohadas. Lo único que faltaba ahora en su paraíso era la

dominación y virilidad de su Jeque cubriendo su cuerpo casi desnudo.

Carla sonrió al recordar cómo había pensado que el Jeque le quitaría el vestido. También tenía gente para eso.

Antes de darse cuenta, estaba sola en su lujosa habitación. Se acurrucó cómodamente en la cama. Cuando abrió los ojos la siguiente vez, él estaba allí.

Carlo abrió los labios y levantó el pecho con impaciencia.

“Hola Carla.” Su voz era aterciopelada y fuerte al mismo tiempo. Envolvía sus sentidos como un torbellino en su grandeza.

“Hola,” susurró Carla como respuesta. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Carla con ansiedad. La túnica blanca y larga acentuaba a la perfección sus anchos hombros.

“¿Te ha gustado mi país por ahora?” Sonrió con picardía, lo que tuvo un efecto devastador en su coño, que se contrajo ante las expectativas. Ella inspiró con fuerza para reprimir aquella furiosa excitación.

“Es magnífico. Te queda perfecto.”

Sus ojos ardieron con una necesidad descarada. El Jeque dio un paso para acercarse al borde de la cama. Dejó caer la mirada hacia su voluptuoso cuerpo, casi desnudo. Los pezones rosas se le había endurecido y se transparentaban con descaro a través de la suave gasa. Carla se retorció sobre la cama, apretándose con fuerza el sexo. Los dedos del Jeque le apretaban firmemente el cuello y Carla dejó caer la cabeza hacia atrás.

Un gemido escapó de sus labios, pero el Jeque no respondió. Sus ojos se perdieron admirando sus pechos. Estos se habían separado y se derramaban hacia los lados en todo su magnífico esplendor. Deslizó los dedos hacia abajo por su torso, recorriendo el lateral de su pecho completo. Levantó uno con sus fuertes dedos.

El corazón le latía velozmente y bombeaba en la garganta. Los dedos del Jeque se pararon y Carla abrió los ojos.

“¿Tienes alguna curiosidad acerca de tus tareas aquí, quizás?” dijo de manera inquisitiva. Le llevó un momento a Carla resurgir de la confusión de floreciente deseo. Asintió, deseando saber qué se esperaba de ella para que pudiera satisfacer a su exigente Jeque. “Tengo ciertos intereses sexuales... curiosidades concretas que tienen que realizarse. Las mujeres en mi harén y otras son demasiado modestas para ni siquiera pensar en ellas.” He pinched her nipple playfully and she moaned. “Una mujer americana es más receptiva.” Sus dedos se deslizaron por debajo de la gasa en su pezón, presionando el

pico tentadoramente.

Carla asintió rápidamente. Levantó las caderas, separándolas de la cama precipitadamente para ofrecerle sus recovecos más íntimos. La curiosidad de él, sin embarho, estaba impresa en neón en su mente. Emergiendo de la neblina de desconcierto y deseo, se lamió los labios. “¿Qué curiosidades?”

Inmediatamente, el Jeque se marchó y ella le miró la espalda con horror. ¿Le había ofendido? Presionó sobre los paneles de madera y éste se abrió, revelando un armario oculto.

Carla tragó cuando las luces amarillas iluminaron el interior. Estaba lleno de una variedad de juguetes sexuales. Había algunos que ella ni siquiera podía identificar. El corazón le dio un vuelco. El miedo recorrió sus miembros en espiral, tensándolos de indecisión. Sin embargo, el calor que emanaba de su coño era demasiado como para ignorarlo. Superaba el escalofrío de terror, y la curiosidad la absorbía.

Él caminó hacia ella y Carla se sentó sobre la cama. Las sábanas sedosas le acariciaban el coño y se mordió el labio. Él la agarró y atrapó sus brazos entre los suyos. Un gemido fue el único sonido que escapó de su cuerpo tembloroso. Deslizó una seda dorada brillante en una de sus muñecas. Carla miraba al Jeque a los ojos mientras él la ataba al cabecero de la cama, antes de caminar hacia el otro lado de la cama. Aseguró también su otra muñeca hasta que ambos brazos estuvieron inmóviles y separados el uno del otro.

Arrodillándose en la cama junto a ella, colocó ambas manos en sus hombros y las deslizó hacia abajo. Le acarició el pecho jadeante y el estómago hasta que llegó a su ombligo.

“¡Oh!” gimió, levantando el culo. No le había tocado aún el coño palpitante. En su lugar, acariciaba con las manos sus muslos para hacerla retorcerse de ansias. Le ató más seda dorada alrededor de un tobillo, y esta a su vez a los estribos de la cama.

Respirando con intensidad, observó con incredulidad cómo la ataba hasta que quedó boca arriba, con los brazos y las piernas completamente separadas. Estaba atada y totalmente inmóvil.

El Jeque estaba inexpresivo y tenía la mandíbula tensa. Carla jadeó cuando vio que la abandonaba de nuevo para acercarse al armario. Cuando volvió esta vez, llevaba numerosos juguetes. Lanzándolos a la cama detrás de ella, se quitó la larga túnica árabe.

“¡Oh, Dios mío!” Carla se estremeció de asombro cuando vio a su

Jeque en toda su gloria. Tenía la polla completamente erecta, apuntando hacia ella.

Carla se retorció y él se arrodilló entre sus piernas, doblándose para soplar suavemente sobre su coño húmedo. Tenía la boca tan cerca, que sintió chispas de intenso deseo por todo su cuerpo.

“¿En qué estás pensando?” le susurró. Desatando la cuerda que le rodeaba las caderas, liberó las bragas casi transparentes. Estas cayeron a un lado, lejos de los dedos de él y del cuerpo de ella. Él apretó con fuerza su clítoris con el pulgar.

“¡Uhh!” fue lo único que Carla pudo contestar. Era incapaz de pensar. Se estaba hundiendo en un inmenso océano de sensaciones gratificantes. No existía nada más que el Jeque y la seda que la mantenía atada.

Él le liberó los pechos de la cuerda y la gasa que los cubría. Carla vio cómo sus tetas se desparramaban hacia los lados voluptuosamente. Él le agarró los pezones entre los dedos, apretándolos con fiereza antes de que ella se diera la vuelta. Mantenía los ojos cerrados, esperando algo fantástico. Un metal frío le recorrió ambos pezones a la vez. Abrió los párpados de golpe, pero el dolor ya recorría ambos picos rosas.

“¡Oh!” dijo separando los labios en forma de O. Las pinzas para pezones le pellizcaban ambos pezones y buena parte de la aureola. Eran muy apretadas. Dolían. Podía sentir cada latido de su corazón en los pezones, con la sangre luchando por pasar hacia la carne trillada.

El Jeque le acariciaba el cuerpo, estrujando cada centímetro. Parecía que estaba probando todas y cada una de las curvas que poseía. La timidez y la incomodidad de Carla se evaporaron en un instante. Él estaba allí. Deseaba su cuerpo y se sintió atractiva y exótica.

“¡Por favor!” La súplica se escapó de su boca y el Jeque gruñó antes de agarrarla por la cabeza. Los ojos de Carla se abrieron cuando este le introdujo en la boca una bola roja. Ella la lamió con ansia, enloquecida por el deseo.

Su rostro se tensó cuando él deslizó la correa elástica alrededor de su cabeza. “¡Ugh!” Estaba horrorizada, pero el Jeque parecía increíblemente satisfecho con su obra. Sus fosas nasales se dilataron y la mandíbula le dolía al estar tan abierta. Pero mirando el hombre seguro de sí mismo que la miraba fijamente, su terror de repente desapareció.

Él la miró con unos ojos marrones que brillaban con lujuria desvergonzada. Con destreza, su boca descendió para cubrir el triángulo de

vello que adornaba su coño. Deslizó la lengua sobre su clítoris, y Carla dejó caer la cabeza hacia atrás. Lo único que podía hacer era gemir. Se había quedado sin habla. Sonidos ininteligibles salían del centro de su pecho cuando él cubrió con los labios su deseoso agujero. Él continuó chupando y presionando su coño, introduciendo dentro de la raja el pulgar. Cuando le tocó el agujero del culo, estaba empapado en sus jugos.

Carla dudó, pero no podía negarse a sí misma el placer. El pulgar del Jeque presionó con determinación hacia el agujero de color rosa, que se abrió para él con entusiasmo. “¡Mmm!” Carla levantó su culo aún más, apretando las nalgas en un desesperado intento de atrapar el pulgar en su acogedor agujero. Jugaba con la boca al mismo tiempo que chupaba. Rozaba con afilados dientes los labios de su coño.

Incapaz de contenerse, rompió contra el tormento de sus labios insistentes. En su mente, maldecía y gritaba obscenidades, mientras que sus labios se humedecían alrededor de la bola. Se estremeció sintiendo ola tras ola de placer eufórico que enviaba ondas de placer a través de ella. La vaciaba y energizaba al mismo tiempo.

Cuando el Jeque alcanzó su voluptuoso torso, ella aún estaba temblando tras el glorioso paso de su deseo turbulento. Deslizó los labios sobre su boca abierta y le sacó la bolsa. Carla suspiró y él la besó intensamente. Su polla la reclamaba con posesiva urgencia, deslizándose dentro de ella.

Su gruesa polla palpitante abrió un camino a través de sus adentros temblorosos. Tiró de los tobillos y las muñecas. Quería atraerlo hasta lo más profundo pero no necesitó intentarlo. Él penetró su coño mojado con embestidas dominantes. Con su peso la hundió en el colchón, y le metió la lengua en la boca de la misma forma que penetraba su coño.

Un gruñido animal escapó de él y se contrajo. El líquido escapó de su polla para llenarle las entrañas y un repentino orgasmo se desató dentro de ella. Ella gimió, estirando los dedos de los pies al sentir que el semen se encontraban con sus propios jugos.

Carla aún estaba temblando cuando la polla del Jeque abandonó su cuerpo. Carla sintió como si le hubieran arrancado una parte de ella. Él se puso su túnica blanca y se marchó sin mirarla.

Aún tumbada sobre la cama, necesitó un momento para que su cerebro se diera cuenta de la situación. El Jeque la había dejado atada. La incredulidad le hizo congelarse. Se dio cuenta de que podía estar allí atada

durante días e incluso semanas. ¿Y si el Jeque pretendía dejarla así durante seis meses?

Un resoplido de agradecimiento escapó de sus labios hinchados cuando oyó la puerta abrirse. Unos ojos verdes curiosos se asomaron tras ella. Los ojos de largas pestañas se abrieron ante la visión de Carla desnuda y atada a la cama. Se retiró hacia atrás en el mismo momento en el que Carla gritó.

“¡Por favor! ¡Desátame! ¡Por favor!” gritó. Carla consiguió respirar cuando los ojos volvieron. La jovencita era la misma que había observado a Carla desde el arco cuando había llegado al palacio. La chica se acercó y su cuerpo estaba envuelto en seda verde esmeralda. El escote era modesto. Un fino velo le cubría el cabello caoba.

“¡Gracias a Dios que has venido!” Carla sonrió tímidamente, avergonzada de la situación.

La chica le desató rápidamente y se giró para que Carla pudiera vestirse. Su modestia sorprendió a Carla. “Te lo agradezco muchísimo”, murmuró Carla con gratitud. “¿Cómo te llamas?” Carla pensó que sería inteligente tener una amiga en el enorme palacio.

“Salma.” Miraba inquisitivamente a Carla. “¿Por qué estabas atada?” se apresuró a decir, haciendo enrojecer a Carla.

“El Jeque tiene ciertas fantasías, Salma. Me esfuerzo por complacerle.” La chica se puso pálida como el papel, y Carla se apresuró a defender a su Jeque. “No es para tanto. En realidad me gusta...muchísimo.”

La insistencia de Carla solo consiguió asustar más a la chica. Salma se escurrió y huyó de la habitación.

Durante los siguientes días, Carla siguió esperando a que la chica volviera, pero nunca regresó. En lugar de ello, Carla pasaba los días llenándolos con masajes y mimándose en el spa. Sus noches, sin embargo, pasaban llenas de anhelos.

Cuando había pasado una semana sin que el Jeque volviera, Carla empezó a preocuparse pensando en que no hubiera podido saciar sus necesidades, sus curiosidades. Los temores desaparecieron al octavo día, cuando las vestidoras volvieron, pidiéndole que se bañara para el Jeque.

Se le afeitó y restregó como se le había hecho anteriormente. Una de las mujeres volvió de nuevo a trabajar en su vello púbico. Afeitó alrededor del triángulo, dejándolo perfecto y femenino.

Para cuando la mujer había terminado, su coño estaba goteando

profusamente por la anticipación. Casi no podía esperar a que él llegara y reclamara su cuerpo como quisiera. Esta vez las vestidoras le entregaron un camisón transparente de color rojo que apenas cubría la parte superior de sus muslos. Estaba tumbada en la cama, esperando a su magnánimo Jeque.

La puerta de la habitación se abrió. Sonrió al Jeque como saludo pero él la ignoró, dirigiéndose directamente al armario oculto. Carla vió que llevaba una pala suave que se había pulido hasta brillar. Casi sin poder respirar, se colocó a cuatro patas, balanceando las caderas de forma instintiva.

Estiró los dedos sobre su nalga. Se contrajo antes de darse cuenta de que no se trataba de la pala. Sus pechos se sacudieron dentro del camisón de gasa. La fría pala de madera se deslizó dentro de su partidura. Carla abrió los labios pero no se atrevió a decir ni una palabra. No quería romper el encanto de aquel maravilloso éxtasis. Su Jeque tenía una pala en la mano y tenía un aspecto siniestro y amenazador.

Ella frunció los labios cuando el Jeque frotó la pala en su raja, una y otra vez, casi tocando su coño. Le acarició el culo hasta que su clítoris estaba a punto de explotar. Entonces, sin previo aviso, la pala aterrizó con un fuerte golpe en su nalga derecha.

“¡Ahh!” gritó Carla, saltando hacia delante automáticamente. La piel y la carne le quemaban. El dolor se filtraba a través de sus miembros, paralizándole con su intensidad. La enorme mano del Jeque la agarró de la cintura para tirar de ella, antes de que la pala aterrizara sobre el mismo lugar. Gritó pero esta vez no se quitó. El culo le había comenzado a palpitar de necesidad. Quería más golpes porque era revitalizante.

Su Jeque dejó escapar un gruñido al golpearla con fuerza, y el agudo sonido se mezcló con el dolor resultante, que le hizo gritar. El orgasmo estalló en sus adentros como una explosión. Sus jugos se escaparon hacia fuera, derramándose sobre la cama.

La pala cayó a su lado sobre el colchón y Carla la miró. La polla del Jeque se deslizó por su raja, ella empujó sus caderas hacia atrás, deseando que la llenaran. Él la penetró profundamente y ella gimió suavemente. De repente la sacó. Carla gimió ante la pérdida y sintió la dura cabeza presionada sobre el agujero de su culo.

“¡Oh!” dijo gritando.

Quería correr, pero su culo volvía atrás instintivamente, alzándose para saborear su polla. Él deslizó la cabeza dentro de ella sin advertencia. Carla cerró los ojos cuando sintió ráfagas de dolor al abrirse paso en su

agujero de atrás. Él la sacó, y volvió a presionar hacia dentro lentamente, para abrirse con su polla innegablemente gruesa.

Ella deseaba que le dijera algo para animarla, pero él se mantuvo firmemente en silencio. Su polla se deslizó hasta la mitad en el culo, y el escozor y el dolor hacía que las piernas le dolieran. Al final, empujó con firmeza y sintió como la generosa cabeza abría camino en su culo virgen.

Carla chilló mientras el Sheikh le penetraba el culo. Las lágrimas le rodaban por las mejillas y su rostro enrojeció al sentir la pelvis azotarle las nalgas con vehemencia.

Su respiración acelerada le hizo contraerse de deseo. El coño de Carla se tensó alrededor de la nada, anticipando un orgasmo a pesar de que ni siquiera le estaba tocando. Se desbordó y empujó las caderas hacia atrás, elevándose sobre sus rodillas. El Jeque gruó ante el movimiento inesperado y se enganchó a su cuerpo. Agarrándole las tetas para mantener el equilibrio entre los dos cuerpos calientes, continuó penetrándole su voluptuoso culo. Sus labios se cerraron sobre la oreja de Carla y sintió cómo el orgasmo estallaba con renovado vigor.

Sintiéndolo cómo ella se tensaba, él se dejó llevar uniéndose a su orgasmo. Sacudiéndose y temblando, presionó hacia su abertura cavernosa cuando su polla se estremeció, sintiéndola en sus adentros. Su semen la llenó por detrás.

“¡Uhh!” gimió el Jeque esta vez con indulgencia.

Carla sonrió excitada y él la liberó. Cayó sobre la cama sobre la cara y su polla se deslizó fuera de ella. Carla se retorció pero, jadeando y resollando, no tenía energía para mirar hacia arriba. Sabía que el Jeque no se quedaría allí y tuvo razón. En un momento, se había marchado.

Carla abrió los ojos cuando escuchó movimiento. De alguna forma, supo que sería Salma. Moviò la cabeza para mirar hacia arriba, y allí estaba ella.

Salma estaba clavada en el sitio. Tenía los ojos fijos en el culo enrojecido de Carla. Carla gimió y luchó por levantarse con el estómago y Salma avanzó hacia ella para ayudarla.

“¡Oh, dios mío! ¿Carla? ¿Estás bien?”

Carla lanzó una carcajada ronca. “Estoy bien. Solo un poco delicada... como puedes ver.” Su voz era un gemido ahogado.

“¡Ahora vengo!” Salma gritó inesperadamente y salió corriendo. Carla saltó en el colchón. Una sonrisa mortificada se dibujó en las comisuras de sus

labios.

Los sonidos del roce de las babuchas de Salma sobre la alfombra le hicieron girar la cabeza. Salma estaba junto a la cama con un tarro de cristal azul en la mano.

“¡Toma!” Empujó el tarro en la dirección de Carla.

Carla dibujó una mueca. “¿Te importaría hacerlo?” Se levantó para acercarse el culo enrojecido y palpitante a Salma.

Salma paró y abrió los labios con sorpresa. Vacilante, se arrodilló junto a Carla y abrió el tarro. El gel frío sobre dedos calientes tocaron el culo dolorido de Carla, y esta se relajó entre las almohadas esponjosas. Su culo se elevó por iniciativa propia, disfrutando el calor del gel calentándose en su piel. Un gemido escapó espontáneamente de los labios de Carla. Las manos de Salma se detuvieron de golpe sobre la piel suave y blanca. Hundiendo los dedos en el colchón, Carla levantó el culo y sintió su coño tensarse.

El corazón de Salma le latía con violencia contra el pecho. Algo muy inocente había pasado a ser un masaje excitante y estremecedor. Sus dedos dibujaron movimientos más sensuales, acariciando las nalgas de Carla mientras recorría las curvas redondas de sus caderas con la mirada.

Todo aquello intrigaba a Salma. Los sentimientos sensacionales que corrían a través de su torrente sanguíneo la confundían y excitaban al mismo tiempo. No estaba preparada para comprender aquellas sensaciones, pero continuó frotándole el culo redondo con impaciencia. Su placer se disparó al escuchar cómo Carla gemía y se retorció bajo sus manos.

Con el pecho subiendo y bajando de las respiraciones, Salma consiguió reunir el coraje para decir lo que estaba pensando. “¿Por qué... por qué dejas que te haga eso?” balbuceó.

Carla se rió y se movió hasta sus brazos. “¿Que me azotara el culo hasta que quemara?” dijo con una risita burlona. Salma dejó caer las manos y Carla miró a los ojos a su amiga. “Era placentero. Dios, era tan placen-”

“¿Cómo puede ser placentero? ¡Es doloroso! ¡Parece doloroso!” dijo Salma, interrumpiendo a Carla en sus añoranzas.

“¡No lo es! En ese momento, los latigazos aumentan el placer. Me hace sentir viva y sensual... y salvaje.”

Salma sacudió la cabeza, desconcertada. “No entiendo nada de esto”.

Carla observó la perplejidad y el interés en los ojos de Salma. Una sonrisa apareció en las comisuras de su boca.

“Ven aquí” susurró Carla.

Salma siguió con la mirada a Carla, que salió de la cama y se dirigió hacia la pared con paneles de madera. Presionó firmemente en uno de los extremos y la abrió como lo había hecho para el Jeque.

Salma abrió la boca al examinar el despliegue de herramientas varias. No tenía ni idea de lo que eran.

“Estas son tuyas,” dijo Carla con nostalgia. “Vamos. ¡Elige una!”

Salma se rio tímidamente y señaló hacia una fusta de piel gris.

“¡Métete en la cama!” Carla susurró, y Salma paró por un momento antes de hacer lo que se le ordenaba.

Salma se puso a cuatro patas, con el vestido enrollado sobre ella. El pecho de Carla se tensaba y estremecía al colocarse junto a Salma. Carla levantó el dobladillo del majestuoso vestido de Salma, incapaz de levantar la parte delantera más allá de sus rodillas. Lo que observó desde atrás era el cuerpo de la niña vestida con unas braguitas.

“Voy a quitarte esto...”

Salma no dejó que Carla terminara la frase. En su lugar, gimió y levantó las rodillas permitiendo que Carla le levantara el vestido hasta la espalda espalda.

El vestido de Salma estaba enrollado por encima de sus cintura. Los labios de Carla se secaron ante la visión de aquellas piernas largas y fuertes, y del culo. Se inclinó hacia delante y le acarició las nalgas.

“¿Estás preparada?”

Carla se quedó sin respiración al ver el culo de Salma tensarse en anticipación del dolor. Parecía que todo su cuerpo se estaba ruborizando. La piel de la chica estaba enrojecida y excitada. La mano de Carla tembló ligeramente al levantar la fusta y dejarla caer.

No había utilizado uno nunca, así que Carla no sabía qué esperar. La fusta de cuero golpeó sobre el culo de la chica provocando un grito. Las nalgas de Salma se apretaron y relajaron con un movimiento delicioso.

“¿Te ha gustado?” Carla suspiró, acariciando las nalgas de Salma con las tiras de cuero gris.

“No estaba mal,” contestó Salma con una voz suave y temblorosa.

Carla apretó la mandíbula para combatir la presión en su sexo. La fusta aterrizó sobre el culo de la joven, aún más fuerte. Salma saltó y se movió hacia delante, dejando escapar una risita temblorosa.

Carla gruñó y se lazó la fusta sobre las dos mejillas tan fuerte como pudo. El grito de Salma le hizo brillar. Carla se relajó y los labios de su coño

se tensaron el uno contra el otro en reacción.

Salma ya no se rió, y Carla pudo sentir la tensión sexual en la habitación. Carla estaba tan excitada que los jugos de su coño se deslizaban por la parte interior de su muslo. Sus ojos se paralizaron frente a los labios osas de la vulva en la pantalla. Eran una preciosa imagen. Carla deseaba tocarlos pero estaba petrificada por sus anhelos.

Los labios de Salma estaban hinchados, con jugos transparentes sobre ellos.

Carla sabía que había excitado a la chica. Para su absoluta felicidad, Salma gimió y movió el culo. Carla se mordió el labio y le golpeó con fuerza de nuevo. Salma gimoteó en silencio cuando apretó el culo en respuesta.

Carla disfrutó de la visión de su carne magullada y enrojecida. Las tiras de piel de color rosa le hicieron sentir chispas en los labios y la lengua. Respirando con intensidad, Carla lanzó la fusta a un lado y apoyó las manos sobre sus pequeñas nalgas. Salma gimió y de repente salió de la cama, tambaleándose. Mirando fijamente a Carla, los ojos de la chica se abrieron con temor.

Carla se ruborizó con un color brillante tono de rojo y Salma parecía avergonzada. Devolviendo la mirada a la Carla, balbuceó, “No... No. No es malo. Es sólo que... ¡no lo entiendo!”

Lo que la chica exclamó no tenía ningún sentido para Carla. Carla se sentó. Su cuerpo estaba desnudo, voluptuoso, y Salma tiró de su propio vestido para cubrirse de nuevo los tobillos. “No pasa nada, Salma”, Carla comenzó, intentando confortar su angustia.

“No, ¡sí que pasa!” Salma se retiró. Su cara estaba tensa.

“Ven aquí.”

Carla se acercó a ella de nuevo, saliendo de la cama y dando dos pasos hacia ella. Sus pechos se estremecieron y Salma gimió antes de salir corriendo. Carla miró hacia la puerta de madera, que se cerró detrás de Salma. Sus pechos subían y bajaban en jadeos confusos. Lentamente, se vistió con una bata de seda y se ajustó el cinturón alrededor de su cuerpo. Tenía los ojos cerrados de arrepentimiento y añoranza al recordar el culo enrojecido de Salma. Los preciosos labios del coño de la chica se habían asomado entre medio.

Carla se reclinó en una suave tumbona y se abrazó a si misma. El coño le dolía y el culo le palpitaba. No había esperado tal excitación del joven cuerpo de Salma. Pero por mucho que lo intentara, no podía apartar aquellos

pensamientos.

Durante los siguientes días Carla vivió en el lujoso palacio, ahogada en sufrimiento. Ni el Jeque ni su joven amiga habían vuelto para verla y la soledad le envolvía. Comenzó a soñar con su Jeque. En otros momentos, era el cuerpo desnudo de Salma tumbado frente a ella el que invadía sus sueños.

En su soledad, Carla comenzó a pensar que el Jeque ya se había cansado de ella. Después de dos semanas, sus esperanzas de ver al Jeque o a Salma se habían desvanecido. Sin embargo, una noche, perdida de nuevo pensando en su soledad, Carla abrió los ojos y se encontró con un milagro: las vestidoras estaban entrando a su habitación. Se incorporó de un salto sin poder contener su excitación.

Llegada a este punto, no era ajena a la rutina. Las vestidoras estaban ahí para prepararla para el Jeque. Caminó hacia el baño y se desnudó antes de que se lo pidieran. Esta vez sus ganas y entusiasmo suprimieron toda la aprehensión e inhibiciones. Separó las piernas y dejó caer la cabeza hacia atrás, dejando que las mujeres le frotaran y lavaran la piel con esponjas. Le arreglaron el triángulo de vello púbico, que se afeitó y acicaló para el magnánime Jeque.

Su coño se tensaba mientras fantaseaba acerca de lo que vendría después. Se imaginó a sí misma, desnuda, esperando sus caricias. Y para cuando se hubo tumbado sobre la cama con un camisón blanco abierto por delante, su cuerpo temblaba. El coño le dolía y le ardía. Se sintió como si hubiera soportado una sesión de una hora de tentadores juegos previos.

El sonido de la puerta abriéndose hizo que Carla gimiera y que arqueara la espalda. El Jeque se acercó al borde de la cama. Recorrió el voluptuoso cuerpo con ojos descarados y posesivos.

“¿Qué quieres que saque del armario?” preguntó él con una ligera sonrisa.

Los ojos de Carla ardieron. “¡La fusta! ¡Por favor!”

Vio una pizca de diversión en los ojos del Jeque. Eran ojos llenos de conocimiento, ojos emocionados. Aquella expresión perturbadora sólo hizo que Carla se excitara aún más.

Cuando el Jeque volvió a la cama, Carla se colocó a cuatro patas y levantó el culo hacia arriba. Su mente recordó el hecho de que estaba en una posición idéntica a la que había estado Salma. Carla recordó el vestido muchacha enredado alrededor de su cintura y cómo había levantado el culo en

la anticipación. Aquello hizo que el coño de Carla se tensara con fuerza.

El Jeque no esperó ni persistió en su progresión. De rodillas en la cama junto a ella, dejó caer la fusta con una fuerza inmensa. Carla gimió al igual que había hecho Salma. Sus gemidos sonaban apagados y apretó las nalgas con fuerza. Jadeante, se dio cuenta de que estaba temiendo y esperando el golpe a la vez.

La fusta continuó su increíble asalto y ella gimió. Sus pensamientos estaban llenos de visiones de Salma y el sonido de sus gemidos inocentes e inexpertos. Salma estaba tan excitada y aterrorizada de sus sentimientos. El pensamiento y los besos hacían que el sexo de Carla ardiera con fuego. Apretó los labios de su coño intentando contenerse.

El Jeque azotó su trasero una y otra vez hasta que estaba retorciéndose y su coño se estremecía. Sucumbiendo a la presión que le inmovilizaba los dedos de los pies y le hacía arquear la espalda, los jugos se derramaron de entre sus labios por el interior de su muslo.

El Jeque se agarró el paquete. Su mano poderosa frotó los jugos por todos los labios y sobre su clítoris. Acercándose a su culo, el orgasmo de Carla surgió con renovado vigor. Ella empujó el culo contra la áspera mano, acariciándose el coño. Él le pellizcó el clítoris y ella gritó, antes de sentir la dura cabeza caliente de su polla tanteando el agujero de su culo.

Metió solamente unos centímetros en su agujero de atrás, estirando y abriendo el pasaje. Carla levantó más las caderas para presionarlas contra su pelvis, que lo necesitaban. El Jeque gruñó y quiso agarrarle las tetas. Sus manos se deslizaron hacia abajo para agarrar aquella carne redonda. La penetró con la polla, empujando su coño con una fuerza sorprendente para llegar hasta sus adentros.

La boca de su vientre palpitaba de dolor. Ella gritó cuando el Jeque le agarró las tetas, golpeando sus caderas contra su pelvis. Su cuerpo se sacudía contra el suyo. Las grandes bolas chocaban contra su clítoris. Estaban empapadas en sus jugos y por más que lo intentaba, Carla no podía mantener el equilibrio. En seguida no fue más que una muñeca de trapo sin vida. El Jeque la penetraba una y otra vez y ella le agarró las manos, que tenía sobre sus tetas. Gruñendo, le mordió el cuello, a la vez que agarraba su cuerpo desnudo cerca de su pecho.

Con un estremecimiento, su polla se hinchó al máximo de su circunferencia y explotó en sus profundidades. Sus entrañas se llenaron con el líquido espeso. Se derramó y escapó alrededor de su sexo. El sonido del

líquido chocando resonó en la habitación, junto con los gemidos de Carla.

Carla sintió el insistente pulso palpitante de su polla en sus entrañas húmedas. La urgencia y la rapidez de aquel polvo la había dejado ligeramente mareado. Su Jeque siempre había alargado los juegos; le gustaba toCarla y excitarla. Sin embargo, esa vez había sido rápido. Como si reclamar a Carla hubiera sido su único propósito. Su orgasmo había sido escandaloso y potente. Carla no se quejaba.

Tenía las rodillas débiles tras los dos orgasmos y cayó de lado sobre la cama cuando el Jeque la soltó. Suavemente, el Jeque recuperó su túnica y comenzó a meter los brazos. Carla se sentó, agarrándose sensualmente ambos pechos con las manos. “¿Estás satisfecho conmigo, mi Jeque?” susurró.

El Jeque se giró. Sus ojos cayeron sobre sus pequeñas manos, que cubrían la carne voluptuosa de sus tetas. “Sí, Carla.”

Carla sonrió y se mordió el labio. Tenía un pensamiento insistente y se preguntó si sería una buena idea decirlo en alto. Ella era solo una acompañante. Su tarea era complacer y obedecer órdenes. Luchó contra el miedo y abrió los labios cuando se dio la vuelta de nuevo para marcharse.

“Yo querría... Me gustaría verte fuera de estas puertas; fuera de esta habitación.”

El Jeque levantó una ceja inquisitivamente. Era una expresión casi sarcástica y Carla se ruborizó mientras esperaba por su respuesta. Dejó caer las manos y el Jeque le miró fijamente a los redondos pechos culminados con rosa.

“Creo que tendría que haber esperado esto. Tu petición es típica de una americana”, dijo sonriendo.

Carla no sabía si debería haberse ofendido. “Viniste buscando una americana. Eso es lo que tienes, mi Jeque”.

Los rasgos faciales se le endurecieron y la mandíbula se le tensó de excitación ante su confianza. “Te sacaré por el palacio y luego quizás por Catar” dijo, marchándose. Tenía una sonrisa dibujada en la cara de satisfacción cuando vio lo contenta que estaba y se fue.

Carla se dejó caer sobre la cama, cerró los ojos y subió los brazos por detrás de su cabeza. Sus pechos se derramaron hacia los lados y brilló con felicidad por la expectativa. El Jeque la sacaría de allí. Estaba desesperada por su compañía.

Carla abrió los ojos y se incorporó de un salto cuando escuchó el sonido familiar de unos pasos ligeros. Avistó la preciosa figura que se había

quedado quieta a los pies de la cama, enfadada.

“¿Qué estás haciendo aquí?” exclamó enfadada a Salma.

La joven protestó. “Vine a verte.”

“Pues claro que sí. ¡Por fin!”

Aunque no se había dado cuenta de ello hasta ahora, Carla estaba enfadada por la forma en la que Salma había salido de la habitación dos semanas antes. El recuerdo hacía que su cara brillara de la furia. “¿Eres algún tipo de criada enferma para después del sexo? ¿Por qué vienes siempre aquí después de que el Jeque haya estado conmigo?”

Salma se mordió el labio inferior y Carla no pudo evitar sentir una sacudida en su sexo.

“Solo vine a verte,” murmuró Salma.

Carla ladeó la cabeza. “¿Es que te pone fantasear con lo que pasa en esta habitación?”

Cuando Salma le miró sin comprender, Carla se dio cuenta de que era demasiado inocente para entender la pregunta. “¿Te excita lo que el Jeque y yo hacemos aquí?” preguntó asombrada.

“Yo...No lo se. Al principio no estaba segura, pero ahora creo que sí.” Levantó los ojos para mirar a los de Carla, y lo que Carla vio en aquellos ojos verdes hizo que temblaran sus entrañas.

“¿Vienes para unos azotes más?”

Salma enrojeció y bajó la mirada. Se apartó con un gesto los suaves rizos marrones que le caían sobre la cara. “Si eso es lo que quieres hacer...”

“¡Pues vete a por la fusta!” ordenó Carla, interrumpiéndola. Carla también había estado soñando con esto.

Con la respiración temblorosa, Salma recogió la fusta del suelo, donde el Jeque la había dejado. Carla miró fijamente los tímidos ojos de Salma y alcanzó los diminutos botones en la parte delantera de su vestido. Retiró el carísimo corpiño de seda y gasa con sus hábiles dedos. Una suave combinación cubría los pechos de la chica, que Carla levantó por encima de su cabeza.

Salma se detuvo frente a ella en toda su magnífica desnudez. Sus curvas eran de adulta. Tenía unos pechos redondos y femeninos, unas caderas estrechas y proporcionadas con su minúscula cintura. Salma se arrodilló sobre la cama y luego se tumbó de espalda, sin estar segura de qué hacer. Avergonzada, se cubrió los pechos con los brazos. Carla sintió su pecho oprimirse con un sorprendente deseo.

Carla se tumbó junto a Salma y la atrajo hacia si. Sus senos se rozaron y Carla escuchó a la chica suspirar suavemente entre sus brazos. Apretándose más juntas, sus pieles se calentaron instantáneamente. Salma deslizó las manos desde la espalda desnuda de Carla hasta su culo redondo. Carla gimió e hizo lo mismo, bajando las manos y agarrando las pequeñas nalgas de Salma.

Carla esperaba que Salma huyera y que se librara de ella pero no lo hizo. En su lugar, la preciosa chica gimió como respuesta y se apretó contra ella. Frotaban los pezones acaloradamente unos contra otros y Carla deslizó su muslo desnudo entre las piernas de Salma.

Salma gemía al contacto de su sexo con el muslo de Carla, y esta a su vez se deleitaba con los jugos que se esparcían sobre su piel. Carla clavó sus uñas cortas en la cadera de Salma y levantó la fusta para azotarle un lado del culo. Ella gemía y se frotaba con el coño humedecido sobre el muslo. Salma miraba maravillada la cara de Carla. No podía creer la forma en la que su cuerpo respondía a sus contundentes caricias.

“¡Uhhh!” gimió sobre la mejilla de Carla, apretándola contra si.

Carla le pegó de nuevo. La humedad en su muslo, que se filtraba del sexo de la chica, hizo que Carla lanzara la fusta a un lado. Bajó la mano entre los cuerpos para encontrar su clítoris.

Salma apretó la cara contra la hendidura entre los pechos de Carla, abriendo los labios entre la carne. Su cara mostraba una placentera mueca de deseo. Carla estaba sorprendida y excitada al ver cómo la chica experimentaba tales deseos sexuales por primera vez.

Carla empujó los dedos a través de la curvatura del coño de Salma. Encontró el hinchado clítoris y deslizó los dedos a lo largo de los labios. Se había humedecido los dedos con los jugos. Siguiendo un impulso, Carla introdujo la punta del dedo en su vagina y suspiró cuando tocó la pequeñísima abertura.

‘Es virgen,’ pensó Carla.

Salma era virgen y no había duda alguna sobre ello en la mente de Carla. Dejó de jugar con su vagina y en su lugar le frotó el clítoris con feroz urgencia. Meneando el cuerpo hacia atrás, Carla apretó a Salma contra su espalda y le separó completamente los muslos. Salma gimió y dejó caer la cabeza hacia atrás, al tiempo que levantaba sus estrechas caderas para encontrarse con los tentadores dedos de Carla. Carla respiró y jadeó con las expresiones que veía en el inocente rostro de Salma.

Los ojos de Salma se cerraron y un grito escapó de sus labios rojos

cuando se corrió sobre los dedos de Carla, que gemía con intensidad. Entre sus dedos se escurrían los jugos del primer orgasmo de la chica, que había surgido con fuerza. Carla no pudo evitarlo y volvió a acariciarle la vagina una vez más. Se deleitaba con su estrechez pero no se atrevió a penetrar el sexo de la virgen con los dedos.

El cuerpo de la joven Salma aún temblaba tras el paso de su repentino orgasmo cuando Carla se tumbó sobre ella. Apretó sus pechos sobre los de ella. Salma rodeó con los brazos a su fuente de realización sexual y se mantuvieron tumbadas. Ambas se acariciaban las espaldas con una intimidad que ni Salma ni Carla habían experimentado antes.

La cálida sensación de erotismo sensual les había hecho abrazarse fuertemente la una a la otra. Los únicos sonidos eran sus respiraciones contenidas. Inhalando la esencia de la joven, la curiosidad se apoderó de Carla.

“¿Quién eres, Salma? ¿Qué estás haciendo aquí en palacio?”

A pesar de su primera suposición, Carla estaba segura de que Salma no era una sirvienta o una criada. Tenía un aura diferente. Tenía la confianza asegurada que procede sólo de una infancia privilegiada.

Suspirando, Salma levantó los ojos para mirar a los de Carla. “Soy la princesa Salma bin Ahad.”

“Prin-” Los ojos de Carla se abrieron con la revelación. En aquel momento, estaba sosteniendo en sus brazos a una princesa desnuda después de mostrarle las maravillas del orgasmo.

Su sorpresa, sin embargo, fue demasiado prematura. La sorpresa de la vida de Carla aún estaba por llegar.

“Estoy prometida con el Jeque Hassan,” dijo dócilmente, mirando con curiosidad los ojos de Carla.

“¿Con el Jeque Hassan?” Carla estaba confundida.

“Sí. El Jeque. Voy a ser su esposa.”

Carla se quedó boquiabierta cuando entendió lo que Salma quería decir. Su Jeque iba a ser el marido de Salma. Sintió la presión en el pecho a medida que la confusión se desvanecía. Le consumía únicamente el saber que le había mostrado a la futura esposa del Jeque, una belleza de diecinueve años, los placeres del sexo con el Jeque. Su Jeque. El Jeque Hassan.

Carla dejó que el nombre se deslizara por su lengua respetuosamente. Él era de Salma. El corazón de Carla se tensó con punzadas de dolor cuando se dio cuenta de la verdadera magnitud de lo que había hecho. Su corazón se

cerró aún más cuando se dio cuenta de lo que sentía por el Jeque. Mirando a los ojos de su princesa, Carla supo lo que tenía que hacer ahora.

Fin.

Consigue 5 libros gratis al inscribirse para la lista de correo del autor en: AlexAndersBooks.com

Los personajes y sucesos descritos en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es coincidencia y sin intención por parte del autor. La persona o personas retratadas en la cubierta son modelos y de ninguna forma están asociadas con la creación, el contenido o el tema principal de este libro.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá reproducirse de forma alguna y por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo sistemas de almacenamiento de información o de recuperación, sin el permiso escrito de la editorial, excepto por un revisor que pueda citar pasajes breves en una revisión. Para obtener información, póngase en contacto con la editorial en: Alex@AlexAndersBooks.com